



PONTIFICIA
**UNIVERSIDAD
CATÓLICA**
DEL PERÚ

ESCUELA DE POSGRADO

“EL *ENVU* EN LA TENTACIÓN DEL FRACASO. DIARIO PERSONAL
(1950 - 1978) DE JULIO RAMÓN RIBEYRO”

Tesis para optar el grado de Magíster en
Literatura Hispanoamericana

AUTOR

JULIA ANGÉLICA SALINAS CASTAÑEDA

ASESOR

EDUARDO FRANCISCO HOPKINS RODRÍGUEZ

MIEMBROS DEL JURADO

MARÍA CECILIA ESPARZA ARANA
EDUARDO FRANCISCO HOPKINS RODRÍGUEZ
GIOVANNA ROSA POLLAROLLO GIGLIO

LIMA – PERÚ
2014

RESUMEN

Este trabajo realiza un estudio de La Tentación del Fracaso Diario Personal de Julio Ramón Ribeyro, a partir de la aplicación del tópico del *ennui* como factor de análisis e interpretación en el mundo interior, exterior y artístico del escritor peruano. Después de definir al *ennui* como una enfermedad del espíritu y el cuerpo, que afecta a las personas con una sensibilidad muy especial, se examina el ánimo apesadumbrado, triste, apático e inactivo, víctima de una depresión crónica en el escritor. Este registra cómo se enfrenta al mundo exterior que le resulta adverso y difícil debido a la falta de salud, carencias económicas, desorden y caos causados por su vida bohemia y ausencia de inspiración para su creación literaria, todas situaciones que lo limitan, entristecen y deprimen. El desánimo y la frustración se hacen evidentes en su vida artística, afectando la producción literaria ficcional al pasar por períodos de parálisis creativa, los que se tornan en productivos respecto de la escritura de los diarios en los que confiesa su desolación y angustia.

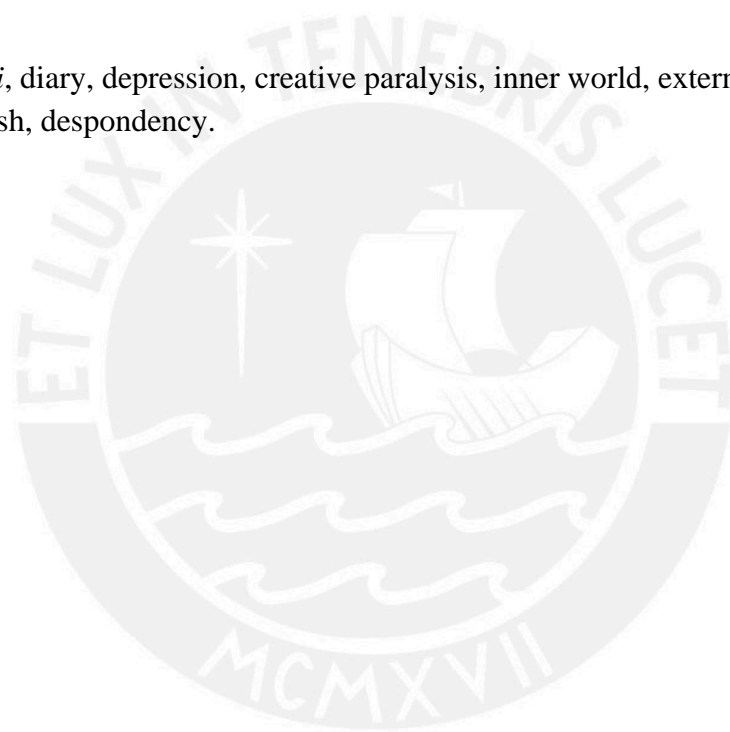
Palabras clave: fracaso, *ennui*, diario, depresión, parálisis creativa, mundo interior, mundo exterior, desolación, angustia.

ABSTRACT

This study examines La Tentación del Fracaso Diario Personal written by Julio Ramón Ribeyro, a peruvian writer. The analysis focuses on the influence of *ennui* in the diarist's inner, external and artistic world. After defining *ennui* as an illness of soul and body that affects people with special sensitivity, we find the writer's inner world analysis that reveals his sad, apathetic and inactive mood suffering from chronic depression. The writer tells us

how he struggles with the external world full of adversity and difficulties due to bad health, economic problems, disorder and chaos caused by his bohemian lifestyle and lack of inspiration for his literary work, situations that limit, discourage and depress his dejected spirit. Despondency and frustration are evident in the writers's artistic life affecting his fictional literary production during periods of creative paralysis, that turn to be productive for La Tentación del Fracaso when the diarist writes in his diary confessing his bleakness and anguish.

Keywords: *ennui*, diary, depression, creative paralysis, inner world, external world, bleakness, anguish, despondency.



AGRADECIMIENTO

Quiero expresar mi agradecimiento a mi asesor Eduardo Hopkins por su generoso apoyo durante la elaboración de la tesis, a Cecilia Esparza quien con su aliento me motivó a perseverar en el estudio y a mi esposo e hijos por su cariño y la confianza puesta en mi desempeño.



ÍNDICE

Resumen / Abstract.....	2
Introducción.....	7
Primer capítulo: El <i>Ennui</i>	9
Segundo capítulo: La Tentación del Fracaso como Diario Intimo.....	18
Tercer capítulo: El <i>Ennui</i> en el Mundo Interior de Julio Ramón Ribeyro	40
Cuarto capítulo: El <i>Ennui</i> en el Mundo Exterior de Julio Ramón Ribeyro.....	69
Quinto capítulo: El <i>Ennui</i> en el Mundo Artístico de Julio Ramón Ribeyro.....	100
Conclusiones.....	114
Bibliografía.....	117

- escepticismo estéril, esa dejadez y abandono
- tiempo malgastado
- impaciencia, esa vehemencia, esa incapacidad de concentración, esa desconfianza en las apariencias y el feroz deseo de descubrir lo oculto y enmascarado de las cosas, unido a la ligereza para asociar y concluir, son típicamente míos
- pérdida progresiva de mis energías, como si mis fuerzas fueran implacablemente tragadas por un enemigo interior
- Me anquiloso
- Falta de ganas, de estímulos internos y externos.
- En mí hay una resistencia a asumir completamente la realidad o a responsabilizarme por mi conducta.
- Todo me parece estúpido, banal, trillado, sin interés, perecedero.
- llegado el momento, sufro una parálisis de mis recursos intelectuales.
- agobiado de pereza, de culpa, de una especie de agotamiento moral
- cierto tedio por la lectura, terror por la escritura y una resistencia feroz para emitir una opinión
- diríase que busco furiosamente la frustración, el aniquilamiento
- todo a causa de la ausencia de convicciones, de maestros espirituales y de un estilo de vida por elegir
- me aburro, me canso y, secretamente, sufro
- vida que recusamos porque nos parece chata, injusta, mediocre o absurda.
- y ya siento caer sobre mí esa especie de ansiedad, de fastidio, el traje mojado del aburrimiento.

(Julio Ramón Ribeyro, La Tentación del Fracaso)

EL *ENNUI* EN LA TENTACIÓN DEL FRACASO DE JULIO RAMÓN RIBEYRO

INTRODUCCION

El presente trabajo analiza algunos aspectos de la presencia del *ennui* en La Tentación del Fracaso [sic], diario personal de Julio Ramón Ribeyro, cuyo primer tomo abarca de 1950 a 1960, el que aparece publicado en 1992; el segundo tomo abarca de 1960 a 1974, publicado en 1993 y el tercero de 1975 a 1978, publicado después de su muerte en 1995.

El concepto de *ennui* no figura mencionado como tal en La Tentación del Fracaso. Se trata de un término que permite comprender la compleja situación personal planteada por Ribeyro en sus diarios con relación a su actividad literaria. Probablemente el autor no usa la palabra *ennui* para evitar ser encasillado dentro del contexto en que usualmente se emplea este concepto.

El tópico del *ennui* ha sido abordado únicamente por Cecilia Esparza en su libro El Perú en la Memoria. Sujeto y Nación en la Escritura Autobiográfica, en el capítulo IV “Julio Ramón Ribeyro. El diario como acompañante de un artista”, estudio en el cual muestra con claridad y exactitud detalles importantes que enfocan la vida personal y artística del escritor y su difícil existencia debido a la presencia permanente y nociva del *ennui* que le impedía dar el vuelco necesario para mirar hacia el futuro con optimismo y esperanza.

El primer capítulo de esta investigación lo dedicaré a explicar el tópico *ennui* encontrado en la literatura francesa del siglo XIX procedente del estado de ánimo llamado aburrimiento. Este tipo de aburrimiento era considerado una enfermedad. Según Healy (Patricia Meyer Spacks, Boredom The Literary History of a State of the Mind, 27) es un estado del alma desafiando al remedio, una percepción existencial de la futilidad de la vida, que posee más

dignidad que el aburrimiento simple entendido como sentimiento de respuesta derivado de circunstancias específicas.

En el segundo capítulo analizo el aspecto íntimo, evidente en sus anotaciones, las que revelan sus pensamientos, sentimientos y vivencias personales que hacen de su obra un diario personal.

A continuación, en el tercer capítulo analizo el mundo interior del escritor que se refleja en el diario, encontrando que él es víctima del *ennui* a lo largo de su vida.

El cuarto capítulo está dedicado a analizar el mundo exterior en el diario y la influencia que ejerce en el ánimo del escritor.

En el quinto capítulo se analiza la temática del mundo artístico en los diarios. Lo dedico a identificar las situaciones en las que el escritor se incomoda y deprime afectado por el *ennui*, debido a las dificultades que acontecen respecto a la edición y publicación de sus obras, incluyendo su sentir respecto a su reconocimiento o temor al fracaso al recibir la crítica de los literatos consagrados.

Es importante destacar que Julio Ramón Ribeyro, aunque no menciona el término, se describe en su diario como un personaje con *ennui*. Cuando se presenta en sus diarios como preso del *ennui* se acerca más al aburrimiento dignificado. Pero también habla de sí mismo como una persona impedida de establecer relaciones con los demás, lo que no es exactamente el tópico, pero se acerca al modelo del *ennui* del siglo XIX.

CAPÍTULO I: EL *ENNUI*

Este capítulo está dedicado a comprender los orígenes y evolución del aburrimiento que siembra en las personas el germen del descontento, el desaliento, el hastío, la tristeza y la desesperanza. Patricia Meyer Spacks en su estudio lo define de la siguiente manera:

Boredom has figured in literary and cultural history as a moral state, a psychic condition, a social ailment, a form of passive aggression, and a cause for active aggression (teenagers go out and shoot people, newspapers tell us, because they're bored). Although unlike its more dignified cousin *ennui* it is often considered a trivial emotion, boredom has at various moments provided a mode of speech and even a way of life for its practitioners. Repudiated, embraced, attributed, claimed, it turns up everywhere, changing shape with the times. (Spacks 1995: xi)

Este estado de apatía y aburrimiento aparece simultáneamente con la idea de la búsqueda de la felicidad perdida registrada en el descontento generado por el desarrollo de la civilización a fines del siglo XIX: “Conversely, in the eighteenth century almost no one spoke directly of boredom, and indirections sound more ambiguous: the concept was new; the word smacked of fashionable jargon; and the person who claimed to endure the condition thereby revealed moral insufficiency”. (Spacks 1995: ix)

El concepto de aburrimiento surge en Inglaterra en el siglo XVIII y crece en aceptación como constructo cultural, simultáneamente aparecen ideas de esparcimiento y búsqueda de felicidad y es así que sus funciones literarias y sociales evidencian la existencia generalizada de descontento:

Boredom's status as cultural construct becomes increasingly apparent as its verbal records multiply. It was born in the same era as the ideas of “leisure” and the pursuit of happiness, and its social and literary functions have charted the development of civilization's discontents. As a category of interpretation it shapes perceptions, but in different ways at different times. (Spacks 1995: x)

Se encuentra definiciones orientadas a aspectos psicológicos, sociológicos y teológicos, pero las expresiones de este estado de ánimo y actitud hacia la vida se manifiestan con mayor claridad en la segunda mitad del siglo XIX, especialmente en el discurso literario, en poesía y en los personajes de la novela de la burguesía.

Patricia Meyer Spacks cita la opinión del Dr. Johnson para explicar que el acto de escribir y el acto de leer pueden ser un remedio para combatir la enfermiza actitud característica del *ennui*: “ Dr. Johnson, characterizing his own writing of the periodical called *The Idler*, pointed out that the act of writing alleviates the boredom of the writer and the product of that act combats readers’ potencial boredom”. (Spacks 1995: xi).

Meyer Spacks explica que hacia fines del siglo XIX Nietzsche sugirió que los hombres de sensibilidad rara valoran el aburrimiento como ímpetu para grandes logros, exclusividad de naturalezas privilegiadas y superiores:

They do not fear boredom as much as work without pleasure; they actually require a lot of boredom if *their* work is to succeed. For thinkers and all sensitive spirits, boredom is that disagreeable “windless clam” of the soul that precedes a happy voyage and cheerful winds. They have to bear it and must wait for its effect on them. Precisely this is what lesser natures cannot achieve by any means. (Spacks 1995: 2)

El *ennui* o aburrimiento como enfermedad es un factor en el comportamiento humano y se manifiesta con el advenimiento de los tiempos modernos en que el hombre pierde la ilusión en verdades y en creencias religiosas que lo satisfacían y alimentaban su espíritu y que le daban sentido a su vida. Spacks anota que Otto Fenichel en su ensayo clásico “The Psychology of Boredom” (1934) señala que en este estado de la mente el sujeto siente un gran vacío de la vida, sufre soledad, depresión e intranquilidad, ya que algo esperado no

ocurre, y explica que el aburrimiento patológico y el aburrimiento normal comparten esta situación:

In pathological boredom it fails to occur because the subject represses his instinctual action out of anxiety, in normal boredom it fails to occur because the nature of the real situation does not permit of the expected de-tension.... It is difficult to predict, however, when a frustrating external world will mobilize aggressiveness in the subject, when it will be tolerated by him, and when it will be experienced as “boring.” One should not forget that we have *the right to expect* some “aid to discharge” from the external world. If this is not forthcoming, we are, so to speak, justifiably bored. (Spacks 1995: 5)

Por otro lado, especifica que la diferencia entre aburrimiento patológico y aburrimiento normal depende de cuán justificable se presenta. Añade que la causa del primero es interna y que la causa del segundo deriva de inadecuaciones del mundo externo.

Spacks refiere que el aburrimiento existió en los tiempos clásicos y lo prueba con la sátira de Horacio “The Bore”, que relata la historia de un hombre que deseaba deshacerse de una no deseada compañía que personifica al aburrimiento: “The stroller tries to get rid of his unwanted escort, but the other man, aware of being unwanted, announces (in the Loeb translation), “It’s no use, I’ll stick to you, I’ll stay with you to your journey’s end”. (Spacks 1995: 7)

En el medioevo el monje John Cassiano describe la vida monástica y sufre una no razonable confusión mental que lo hace imaginarse afectado de una condición incurable: el aburrimiento, que califica como el pecado de acedia que hace a la gente “ociosa e inútil para todo trabajo espiritual”: “A combination of what we call boredom and what we call sloth, it was understood as a dangerous form of spiritual alienation, a misery of the soul that could, like other sins, be avoided by effort or by grace”. (Spacks 1995: 11)

Meyer Spacks afirma que la palabra francesa *ennui* entró al uso de la lengua inglesa a fines del siglo XVII adelantándose en el tiempo y que se deriva del latín *inodiare*, asociado con odio a la vida misma. Precisa que el término francés en toda su dignidad metafísica pertenece al siglo XII. El *ennui* implica un juicio del universo; en cambio el aburrimiento es una respuesta a lo inmediato. Es notorio que el *ennui* pertenece a aquellos con un sentido de potencial sublime, a los que se sienten superiores a su entorno. Por ello, mucha gente preferiría sufrir el *ennui* ya que parece más digno, a pesar de su probable mayor miseria (14). Spacks observa que no hay una sola definición que pueda explicar los significados de un término tan culturalmente difícil: “No single definition can compass the meanings of so culture-bound a term, a word that in less than two and a half centuries has accrued multifarious ideological associations and complicated emotional import”. (Spacks 1995: 14)

Es recién en el siglo XIX que se conoce la palabra “boredom”. El verbo “to bore”, como término psicológico, se remonta a mediados del siglo XVIII. Spacks considera que si en los tiempos pre-modernos la vida nunca fue aburrida tampoco fue divertida en el sentido moderno y que, por lo tanto, la terminología anteriormente mencionada no era necesaria. La categoría de aburrimiento implica un conjunto de expectativas del mundo externo que no afligía a nuestros predecesores.

En el artículo “El gran *ennui* o la monotonía de lo insignificante”, de Sonia Núñez Puente, se encuentra una definición del término *ennui* de Reinhard Khun, como vacío psicológico, una oquedad existencial, una “nada” casi sartreana:

By reducing these multitudinous characteristics to their essential common factor, we can tentatively define *ennui* as the state of emptiness that the soul feels

when it is deprived of interest in action, life, and the world (be it this world or another), a condition that is the immediate consequence of the encounter with nothingness, and has an immediate effect a disaffection with reality. (Núñez 2000: 2)

Esta definición condensa los puntos más saltantes del estado enfermizo del alma, de la mente y del cuerpo cuando una persona es presa del *ennui*. Núñez siguiendo un orden estrictamente crítico explica que:

Khun acierta a compilar en cuatro características fundamentales el fenómeno del *ennui*, que Gide ya había determinado en 1911, recogiendo bien es cierto las definiciones burguesas del XIX. Así pues, de acuerdo con la estructura conformadora propuesta por Khun, éste es un estado psicosomático que se manifiesta de igual manera en la actividad corporal que en la del espíritu, que se trata, sin lugar a dudas, de un fenómeno endógeno, autónomo y ciertamente autogenerador de nuevas pulsiones; es independiente de la voluntad anulada del sujeto que lo experimenta y, finalmente, se trata de una condición totalizadora que determina un estado de extrañamiento, de disolución subjetiva con respecto a la estructura social de la que el individuo se aleja sin solución de continuidad. (Núñez 2000: 2)

Tales características modelan la aparición de un sentimiento agudizado de tedio, tanto en la vida real como en la imaginada, a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

Alan S. Rosenthal, en su estudio “The theory and poetry of *ennui*: Leopardi and Baudelaire”, afirma que de los muchos poetas que trataron el tema del *ennui* ellos fueron los que le prestaron más interés y dedicación. El tópico aparece extensamente en sus escritos, ya que estaban obsesionados con él. Se preocupan por sus orígenes y evolución, y consideran muy importante la manera como cada uno plasma sus experiencias personales en la poesía. Leopardi y Baudelaire sentían horror y fascinación por este intangible problema moral y psicológico admitiendo su presencia en sus vidas, reconociéndolo como una enfermedad de la era moderna.

Rosenthal opina que los dos poetas concordaban en que la época de oro del pasado era admirable ya que los hombres vivían libres sin las ataduras del *ennui* y lo reflejaban en su obra como un vago deseo de volver a la simpleza de tiempos pasados:

In attempting to explain the sources of the problem, as we shall see, they linked the concept of *ennui* with the entire question of antiquity versus modernity. Upon close scrutiny of their contemporary periods, they found that tedium pervaded all facets of life. However, the earlier eras appeared to be less melancholy in comparison. The works of Leopardi and Baudelaire show in varying degrees a certain admiration for this “golden” age of the past, where men were free from the bonds of *ennui*, and a vague desire to return to the simpler life of former times. It is in the slow march toward modernity that they perceive the initial development of *ennui*. (Rosenthal 1976: 342)

Baudelaire en el poema “Al lector”, de Las flores del mal, ve al *ennui* como un monstruo delicado capaz de tragarse al mundo en un bostezo.

Leopardi, de acuerdo con Rosenthal, pensaba que el primer paso del *ennui* fue la destrucción de las antiguas ilusiones de la humanidad con las que las personas eran felices, permaneciendo así oculta la verdad de que la vida no tiene valor ni esperanza. Agrega que la felicidad no sólo dependía de estas ilusiones, sino también de virtudes, como la magnanimidad y generosidad, que eran perpetuadas a través de los seres humanos, siendo como consecuencia más nobles que los modernos. Afirma Rosenthal que Baudelaire comparte estas ideas con Leopardi y que, a pesar de su modernidad, experimenta cierta nostalgia por la era pre-Cristiana, cuando el mundo era puro y armonioso. En la siguiente estrofa del quinto poema dentro de *Spleen e Ideal* de Las flores del mal se trata de esta nostalgia respecto del período clásico:

J'aime le souvenir de ces époques nues,
 Dont Phoebus se plaisait à dorer les statues.
 Alors l'homme et la femme en leur agilité
 Jouissaient sans mensonge et sans anxiété,
 Et, le ciel amoureux leur caressant l'échine,

Exerçaient la santé de leur noble machine. (Baudelaire 98) ¹

Rosenthal agrega que Leopardi, al igual que Baudelaire en sus poemas, transmite a sus contemporáneos la importancia de imitar los gloriosos ejemplos del pasado y no considerarlos vacíos de ideales, enfatizando la pureza de una era más natural y saludable. Leopardi y Baudelaire concuerdan en que el advenimiento del Cristianismo y el acelerado espíritu del progreso científico de la era moderna contribuyeron a la destrucción de la felicidad del hombre y a la emergencia del *ennui*. La más destacada conclusión de ambos era que la idea de progreso y perfectibilidad es absurda por ser un fenómeno inspirado en la vanidad del hombre y ser el origen de toda su desgracia. Rosenthal lo explica:

Man's quest for progress and knowledge ends in frustration and tragedy. All hope of happiness is erased; and all that is left is the anguish of seeing reality as it actually is - hopeless, vain, monotonous. Both poets knew the pain of discovering the emptiness of life. The realization that everything was meaningless, and that there was no hope for anything better, left Leopardi and Baudelaire in a desolate state. Rejecting everything around them, their minds turned inward; and they were engulfed by *ennui*, the malady which they felt to be synonymous with modernity. (Rosenthal 1976: 347)

El *ennui* de Leopardi y Baudelaire no era solamente aburrimiento, sino algo más profundo, un estado de ánimo paralizante enraizado en el sentimiento de la vanidad de la existencia. A esta condición Baudelaire la llamó *spleen* para describir su angustia, su frustración, su inacción, su indiferencia a todo y la más completa parálisis de su voluntad: "The *ennui* of Leopardi and Baudelaire was of course not just boredom, but just something more profound. It was a deeply-rooted, paralyzing affliction permeated with the sentiment of the

¹ Traducción:

Amo el recuerdo de esos bellos tiempos desnudos,
cuando gozaba Febo dorando las estatuas.
Entonces, siendo ágiles el hombre y la mujer
gozaban sin mentira y sin ansia, y, el cielo
acariciando amante su espalda, ejercitaban
la salud de su noble maquinaria. (Edición bilingüe de Alain Verjat y Luis Martínez de Merlo. Ediciones Cátedra, 99)

vanity of existence. Baudelaire gave this condition the name of *spleen*.” (Rosenthal 1976: 347)

Leopardi experimenta el mismo malestar, pero va más lejos que Baudelaire, expresa su desencanto de todo y su frustración al descubrir el vacío de la existencia en el Canto

XXVIII: A Sí Mismo:

Ya posarás por siempre,
cansado corazón. Murió el postrer engaño,
que eterno me creí. Murió. Bien siento:
en nos de engaños caros,
no la esperanza, hasta el deseo ha muerto.
Posa por siempre. Asaz
palpitaste. No hay cosa que merezca
tus latidos, ni es digna de suspiros
la tierra. Amargo y tedio
La vida, nada más; y es fango el mundo.
Te aquieta ya. Despera
la última vez. A nuestra especie el hado
no dio más que el morir. Ahora desprecia
a ti, natura, el torpe
poder que, oculto, en común daño impera,
y la infinita vanidad del todo. (Leopardi 1998: 239)

El *ennui* llena el espacio entre el dolor y el placer, cuando no estamos ni felices ni sufriendo. Tanto Baudelaire como Leopardi coinciden en que el sufrimiento o el dolor es preferible al *ennui*:

Although they were crushed by the paralyzing weariness of *ennui*, Leopardi and Baudelaire drew great poetry from their respective experiences. Remarkably, their perception was sharpened by their struggles with *ennui*; and they became even more fully aware of the true nature of existence through their efforts to comprehend the illness which was devouring their spirit. The thoughts and sentiments put forth in their works are indicative of a dilemma they shared in common. In tracing the various symptoms of *ennui* through their verse, we find that there are parallels, not only of sentiment and idea, but of style, imagery, and phraseology as well. (Rosenthal 1976: 349)

Concluye Rosenthal que la aparente monotonía de la vida es descubierta y analizada por los dos poetas, llegando a pensar que no hay esperanza para su existencia pese a los atractivos de la vida. Para ellos el *ennui* o spleen es más profundo y complejo que el tema del tedio, por la aparente imposibilidad de salir del entrapamiento de la crisis espiritual que los aprisiona.



SEGUNDO CAPÍTULO: LA TENTACIÓN DEL FRACASO COMO DIARIO ÍNTIMO

La Tentación del Fracaso, diario personal de Julio Ramón Ribeyro, es un conjunto de diarios publicado en tres momentos: en 1992, 1993 y 1995 por el editor Jaime Campodónico (en 2003 aparece una edición en un solo volumen, publicada por la editorial Seix Barral). El primer volumen corresponde a la etapa 1950-60, el segundo a 1960-1974 y el tercero a 1975-1978. Este diario surgió como una necesidad del autor, escrito con la intención de volcar en él reflexiones autobiográficas, crítica literaria, pensamientos, vivencias.

En "La Tentación de la Memoria" menciona su especial preferencia por Amiel, Victor Hugo, los hermanos Goncourt y Kafka, autores que le sirven de modelo, dándole seguridad para el registro de sus experiencias.

Una descripción elaborada por el novelista proporciona una acertada caracterización del contenido de los diarios publicados:

O uno relata actos, o, más profundamente, pensamientos e ideas, y, en lo más profundo, emociones y sentimientos. Cada diario mezcla planos, y es por eso que en mi diario ustedes encontrarán pasajes descriptivos y factuales, o momentos de reflexión sobre algo que me ocurrió o que leí, y también, en algunos pasajes más profundos, la expresión de sentimientos hondos. El diario está compuesto de una variedad muy grande de elementos y se da en tantos planos que es bastante difícil hacer un comentario global. Lo único que yo he percibido y que le da una cierta continuidad es justamente ese desasosiego, esa sensación de descontento, de duda, esa constante interrogación sobre si lo que estoy escribiendo tiene valor, y hasta una especie de deseo de no realizar una obra definitiva, pues quizá eso me condenaría a no hacer nada más. (Citado por Santiago Gamboa en Prólogo a La Tentación del Fracaso 2003, XVIII-XIX)

En el tomo I están consignadas las primeras inquietudes, la partida a Europa, la intensa vida bohemia, el deambular por diferentes ciudades. Trata de la búsqueda del momento preciso para entregarse a su obra creadora y de la tristeza y el desencanto que siente al estar alejado

de su patria. En el tomo II, encontramos al escritor nuevamente en París peregrinando en busca de la inspiración y del tiempo propicio para lograr escribir la obra que lo consagre. Nos enteramos que su salud no es buena, que abandona amores pasajeros para contraer matrimonio, suceso que le ordena la vida positivamente. Pero enferma gravemente y esta situación ahonda su tristeza y melancolía. En el tomo III, Ribeyro se ve como un escritor reconocido que viaja a Lima con regularidad, revela el fuerte sufrimiento que padece debido a su enfermedad incurable y su lucha por salir adelante a pesar de las dificultades. Los períodos de bloqueo literario son parte de sus análisis.

Oficialmente se tiene conocimiento de los diarios hasta este punto, pero según Diego Zúñiga,² Ribeyro permitió a Santiago Gamboa y a Guillermo Niño de Guzmán ver y constatar muchos cuadernos y archivadores con sus diarios en los años ochenta y que esto lo corrobora Alfredo Bryce, quien afirma que eran más de cincuenta cuadernos y carpetas. Agrega Zúñiga que Jaime Campodónico calculaba que había material para siete o nueve tomos más:

Es decir, muchas, pero muchas más páginas que las 704 que contiene La tentación del fracaso.

Esta historia es sobre esas páginas: las que quedaron inéditas, las que están guardadas en un banco en París, pues, como apuntan varios amigos y editores de Ribeyro, Alida Cordero –su viuda– no las ha querido publicar. Esas que van desde 1979 hasta 1994 –año en que fallece el peruano–, justo cuando había ganado el Premio Juan Rulfo y su obra comenzaba a ser conocida. (Zúñiga 2011: 1-2)

Estos últimos años del escritor son los que están registrados en los diarios inéditos, que en su gravedad los encarga a su hermano Juan Antonio. Su viuda los recupera y aún permanecen cautivos por privacidad y un excesivo celo familiar. Zúñiga resume estos momentos:

² En su artículo “En busca de los diarios perdidos de Julio Ramón Ribeyro” publicado en la *Revista de Libros de El Mercurio*, el 27 de Marzo de 2011.

[...] cuando se estaba muriendo, decidió que su hermano Juan Antonio los buscara y los guardara. "Le dijo a su hermano que se los llevara a su casa, porque no quería que los diarios quedaran a la deriva. Confiaba en que él pudiera publicarlos, pero a la muerte de Julio Ramón, Alida se dio cuenta de que faltaban los diarios y pidió que se los entregaran", cuenta Lucy Ipenza, viuda del hermano de Ribeyro, quien alcanzó a leer los diarios, mientras los tuvo, pero prefiere no hablar acerca de su contenido.

Luego de eso, los diarios regresaron a París -están en un banco-, donde vive actualmente Alida Cordero y en quien recae la responsabilidad, según los entrevistados de esta historia, de que aún esos diarios permanezcan inéditos. (Zúñiga 2011: 1-2)

Como resultado de una entrevista con la viuda y el hijo de Ribeyro, Zúñiga concluye:

[...] es Alida quien ha manejado las publicaciones después de la muerte del peruano. Al plantearle la pregunta de por qué no ha querido publicar los diarios inéditos, ella explica en primera instancia: "No sé si hay un gran interés de parte de las editoriales. A éstas les interesa que el autor esté vivo. El día que encuentre una gran editorial que me certifique una distribución íntegra, tendrán como premio el segundo tomo de *La tentación del fracaso*". Y Julio Ramón hijo, añade: "Es un trabajo muy delicado, porque mi padre corregía las cosas y no sé hasta qué punto las últimas partes del diario fueron revisadas. Sería un trabajo que habría que hacer con mucha seriedad y con mucho cuidado".

Además de este detalle de la corrección, Julio Ramón menciona otro: "No sé si una vez que se ha muerto un autor, haya que publicar todos sus borradores, porque supongo que había cosas que no le gustaban y las sacaba. Entonces no es una decisión cualquiera". Su madre concuerda con esta opinión, aunque confiesa que no cierra, completamente, la posibilidad de que se publiquen y así se cumpla, de alguna forma, con la dedicatoria que le escribió Ribeyro a Jaime Campodónico en la primera página de un ejemplar de *La tentación del fracaso*: "Este es el primer tomo y quiero que cumplas con editar los 10 siguientes. Un abrazo, Julio Ramón". (Zúñiga 2011: 1-2)

Estos son elementos a tomar en cuenta para una aproximación a la problemática alrededor de los diarios inéditos de Ribeyro.

El autor fecha el inicio de su diario el 11 de abril de 1950, cuando contaba con 21 años. Las razones que lo llevan a escribirlo podrían ser, en palabras que pronuncia Ribeyro al presentar el primer tomo de sus diarios en 1992: "la sensación de inseguridad frente a la

vida, los períodos de vacilación, la búsqueda de identidad y la necesidad de afirmar su personalidad” (Ribeyro 1996: 61). Aclara qué le atraía de los diarios íntimos de escritores:

En mi caso lo que me llevó a escribir diarios fue, en primer lugar, mi afición a los diarios. Desde que tenía trece o catorce años empecé a leer diarios íntimos. Me apasionó realmente el tono, la atmósfera, la sinceridad, la posibilidad de expresar una serie de problemas muy personales a través de un género literario muy diferente al de la novela, la poesía o el teatro. Había en mi caso, una especie de gusto por esa forma de expresión. (Ribeyro 1996a: 61)

Para Ribeyro el diario era su consciencia y un motivo de reflexión cotidiano:

Como yo era una persona un poco retraída en esa época, el diario me servía para solucionar o afrontar los problemas de la comunicación difícil con los demás. El diario era para mí una especie de sucedáneo de los demás. Yo me comunicaba con mi diario. Mi diario era mi confidente, mi interlocutor. Esa fue también, en una época, una de las razones que me forzó a escribir diarios íntimos. Luego, conforme pasaba el tiempo surgieron otros factores. Por ejemplo, cuando comencé a escribir obras de ficción, el diario servía para mí como una especie de depósito de reflexiones y de informaciones, de descripciones que podía utilizar en mis obras de ficción. (Ribeyro 1996a: 61-62)

En la entrada del 29 de enero de 1954 del Primer Diario Parisino del tomo I, reconoce su fragilidad en una de sus definiciones sobre qué es un diario y anota: “Todo diario íntimo es un síntoma de debilidad de carácter, debilidad en la que nace y a la que a su vez fortifica. El diario se convierte así en el derivativo de una serie de frustraciones, que por el solo hecho de ser registradas parecen adquirir un signo positivo”. (Ribeyro 1992: 41)

Al respecto, dice Guillermo Niño de Guzmán en su artículo “Un escritor al desnudo: Cuatro Décadas de Confesiones Escritas a Sangre y Fuego”:

Ribeyro es consciente de sus limitaciones pero, al examinar y volver a confrontar su vida en el diario, logra, paradójicamente, sacar fuerzas para sobreponerse e imponerse a las adversidades. Todas sus actividades y sentimientos deben pasar a través del filtro analítico de su diario; no es que no viva con intensidad, ocurre simplemente que sus experiencias cobran sentido al ser reordenadas en estas páginas. Allí el individuo puede exponer sus dudas y frustraciones, escudriñar sus acciones, lamentar sus errores, abrigar sueños e ideales, dar cuenta de sus deseos reprimidos, canalizar toda aquella energía que a menudo no puede volcar en la realidad cotidiana. (Niño de Guzmán 1996: 309)

Durante su estadía en Munich pasa de momentos febriles de inspiración y trabajo literario a momentos de crisis de infecundidad, desesperación, impaciencia y excesos en sus diversiones y esparcimientos. En la entrada del 11 de mayo de 1956 del Diario Muniquense del tomo I confiesa:

– Uno de los caracteres esenciales de mi temperamento es la avidez, la vehemencia, la voracidad. Me fumo en la mañana los cigarrillos de todo el día, antes de que el patrón se retire del cuarto ya me he engullido todo el plato de sopa. Lo mismo sucede con la lectura: en tres días he devorado los cuatro tomos del diario de Sthedhal, de modo que mañana domingo moriré de aburrimiento. Previsión, economía, método, son palabras que no tienen sentido para mí. Jamás he podido distribuir mis bienes en proporción a mis necesidades. Mis apetitos no tienen otro límite que la fatiga y no se extinguen si no con el abuso. Cuando bebo es para emborracharme, cuando hago el amor hasta quedarme dormido, cuando leo hasta que mis ojos inflamados no distinguen las letras. (Ribeyro 1992: 124)

Al hacer un autoanálisis de su personalidad reconoce con gran honestidad que la exageración toca todos los aspectos de su comportamiento. El escritor es consciente de que no poder organizarse lo daña y perjudica, ya que no logra el control de su voluntad para actuar serenamente y con equilibrio emocional debido a los desajustes que sufre. A propósito, dice Guillermo Niño de Guzmán: “Nunca he encontrado un testimonio personal de alguien tan implacable consigo mismo; un individuo que está en permanente autoconfrontación y que se cuestiona a sí mismo sin contemplaciones, reconociendo sus debilidades y torpezas, esforzándose por sacar a relucir una última fuerza en medio de esa marea de fracaso y escepticismo que parece haberlo atrapado”. (Niño de Guzmán 1996: 310)

En cuanto a la frecuencia sobre la escritura de su diario en una entrevista hecha por Jason Weiss el 15 de junio de 1994 en París, Ribeyro explica:

P. ¿Y lo escribía cada día?

R. Bueno, ha habido períodos en que hacía anotaciones diarias, otros períodos en que podía pasarme semanas sin anotar nada. Todo dependía un poco del interés que encontraba en mi propia vida. Y también, mientras más ficción escribía, menos escribía diario. Como una especie de balanza. Cuando estaba trabajando mucho en cuestiones puramente literarias, no escribía diarios. Y cuando escribía poco, era al revés. Había períodos de esterilidad total, entonces escribía más en el diario. (Weiss 1996: 106)

En el Diario Antuerpense del tomo I, imagina vivir una situación semejante a la que sus escritores modelo consignaban en sus diarios y describe poéticamente su sentir al pasear con Mimí en la entrada del 29 de junio de 1957:

Me parecía inverosímil tener de la mano a esa maravillosa criatura que desde mi ventana tantas veces admirara sin esperanza. Los pájaros volaban en silencio, se ponía el sol tardíamente en la planicie flamenca. Era un paseo irreal, una de esas pequeñas concesiones que la vida hace a veces a la literatura. Pensaba en Amiel paseando por la campiña de Zurich con una de sus discípulas. Pensaba en Rousseau, no sé por qué motivo. Hablábamos poco, sin mirarnos, un poco turbados quizás o temerosos. Mimí me recordó todas las veces que me había visto, ya sea en la calle, en la ventana, en los cafés. No creí nunca haber sido tan minuciosamente observado. Interiormente me preguntaba a qué obedecía ese interés, si soy diez años mayor que ella, si en mi aspecto físico no hay nada que pueda interesar a una mujer joven y bonita... La evidencia de su simpatía por mí, que yo reconocía en cada una de sus miradas, de sus temblores, me dejó anonadado.

Cuando oscureció regresamos al centro del distrito. Andábamos con mayor soltura, nos animamos a hacer proyectos. Se habló de un paseo al campo, de una visita a los museos. Me acosté después de medianoche, fatigado y feliz. (Ribeyro 1992: 163-4)

Ribeyro se presenta en el diario como el prototipo del bohemio aventurero y errante sin destino definido. Sebastián Andrés García Marengo³ opina que:

Para Ribeyro la literatura es el espacio de lo maravilloso o grandioso en oposición de una vida que tiende a ser anodina y hasta miserable. Por este motivo interpreta los sucesos agradables de su vida como parte de la literatura y hay que notar que en ningún otro diario de La tentación del fracaso, Ribeyro se compara a sí mismo con otros escritores con tanta frecuencia y de forma tan evidente como en el “Diario Antuerpense”. (García Marengo 2011: 17-8)

³ Entre la Bohemia y el Crimen: La Identidad Performativa en “El Diario Antuerpense” de Julio Ramón Ribeyro. Tesis para optar el título de Licenciado en Lingüística y Literatura, con mención en Literatura Hispánica presentada en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima, 2011.

En la entrada del 3 de agosto de 1957 del Diario Antuerpense, se muestra desanimado y reflexiona así sobre su labor literaria:

Me pregunto si mi carrera de escritor habrá ya terminado. En lo que va del año no he escrito absolutamente nada, si exceptuamos este diario. Los primeros meses del año los perdí proyectando y esbozando una colección de piezas representables, aconsejado por Hernando Cortés. En Amberes comencé algunos cuentos, que ahora duermen en ese folder devorador de ideas que lleva el título “Cuentos en preparación”. Eso es todo, creo, aparte de cartas, de articulitos para los diarios, de breves notas sobre libros. La verdad es que comienzo a preocuparme.

No es tanto la falta de tiempo, de ideas, ni de entusiasmo. Es una crisis de otro orden y donde veo una influencia hasta cierto punto nefasta de Valéry: la concepción de un estilo geométrico, transparente y precioso, la necesidad de decir cosas inteligentes y decirlas de la única manera como pueden ser dichas. En resumen: el sacrificio de la fuerza a la lucidez. (Ribeyro 1992: 170-1)

Le preocupa no lograr terminar los proyectos iniciados, y dejar inconclusas las piezas teatrales y algunos cuentos. En su diario íntimo compensa los momentos de parálisis creativa y parece sentirse bien, ya que en él va registrando su vivir cotidiano sin esfuerzo, su interioridad, pensamientos, sentimientos, reflexiones y emociones. Comparte con su compañero de vida, su diario, todas las vivencias que él considera importantes, en un diálogo imaginario que le sirve de desahogo espiritual y consuelo para su tristeza y frustración causada por el estado de ánimo que socaba generalmente su inicial buena disposición. En “Protagonistas: Julio Ramón Ribeyro”, una entrevista hecha por Lorena Ausejo en 1992 al escritor sobre este punto, responde:

-¿Sigue sintiendo el temor que lo atormenta en su primer diario de que tal vez pierda la capacidad de continuar escribiendo?

-Ésa es una constante, y tan constante que justamente mi diario se llama *La tentación del fracaso*. Y ése es el título que van a tener los diez ó 15 volúmenes de mi diario. Son sentimientos recurrentes, la dificultad de escribir, el sentir que nunca se aprende a escribir, que lo que escribo no tiene ningún valor, que no le interesa a nadie y que no estoy contento con lo que he hecho. Antes tenía el temor de hacer mal las cosas, el temor ahora es de no poder hacerlas siquiera mal. Sentarse y no poder empezar, o empezar 50 veces un relato y no pasar de las tres primeras líneas.

El sentimiento es ahora a veces de infecundidad, de impotencia, de esterilidad... no sé cómo llamarlo. (Ausejo 1998: 259)

Durante su estadía en Amberes escribe con ciertas pausas, pero con bastante regularidad, manteniendo una comunicación fiel y sincera con su diario en el que consigna que se dedica a la lectura de la correspondencia de Rilke-Merlin, a la del Marqués de Custine, cartas a La Granje y al diario de Eugene Dabit. Se alimenta continuamente de autores franceses a los que admira porque contribuyen a su formación literaria y que le permitirán descubrir el diario como un género en sí mismo. En la entrada del 12 de setiembre 1957 del Diario Antwerpense del tomo I, anota:

Terminé la correspondencia del Marqués de Custine (cartas a La Granje), libro curioso, escrito en el más puro estilo pregidiano. Es interesante notar en un grupo de escritores nacidos a fines del siglo XVIII y enraizados en la primera cincuentena del XIX, un estilo más cercano a nuestra época que el estilo de los románticos. Quiero decir que Constant, Stendhal, Custine están más cerca de Valéry por la exactitud, por la transparencia, que Balzac, por ejemplo, Hugo o Michelet. (Ribeyro 1992: 183)

Interrumpe su diario por un espacio de casi cuatro meses desde su llegada a Berlín a principios del mes de noviembre de 1957 y retoma su escritura el 22 ó 23 de febrero de 1958 y en esta primera entrada del Diario de Berlín del tomo I, registra:

Interrumpido este diario por cerca de cuatro meses. Interrupción voluntaria nacida en la idea curiosa de que la notación del diario absorbe mi vida activa. Esta creencia ha sido confirmada en algunos planos. Suspendido el diálogo conmigo mismo, mi contacto con el mundo se ha desarrollado con más facilidad. Uno que otro amorcillo pasajero, amistades, conversaciones, proyectos. Idos ahora mis amigos —Hernando Cortés hacia Italia, Luciano Herrera hacia Dinamarca—, desaparecidos aquellos que materializaron a mi interlocutor interno, quedo nuevamente a merced de mí mismo. Me veo cansado, aburrido, triste, sin ganas de hacer nada en este inmenso domingo berlinés nevado. Cuatro días bebiendo café luego de la bancarrota de los carnavales han descompuesto mis nervios. Mi comedia interrumpida, mis cigarrillos que se acaban, el gran minuterero del reloj de pared que apenas quiere andar y toda la tarde inútil por delante. (Ribeyro 1992: 195)

Explica que interrumpe voluntariamente su diario para vivir hacia el exterior. Al igual que lo hizo en la primera entrada del Primer Diario Parisino el 3 de Agosto de 1953, piensa que al haber suspendido el diálogo consigo mismo sus relaciones con las personas se han desarrollado con más facilidad. Se vuelca hacia sus amigos haciendo proyectos y disfrutando de conversaciones. Confiesa además tener amoríos sin importancia. Al irse sus amigos de Berlín queda sin compañía y esta situación permite que retome la escritura de su diario. Se deprime, se siente apático, aburrido, triste e incapacitado para la acción. Esta desubicación a su llegada a Berlín lo lleva nuevamente a las noches de bohemia y desenfreno que minan su estado anímico y su salud física.

En la entrada del 7 de setiembre de 1958 del Segundo Diario Limeño, revela sus planes y cuenta sus pesares:

Ironía de recibir el mismo día y con una semana de tardanza saludos de cumpleaños de las dos únicas mujeres que me interesan. Mimí me escribe del Viejo Dios y C. me llama por teléfono, rompiendo así la tregua concertada. Ambas se percataron de mi aniversario releendo mis cartas. ¡Qué de tiempo, qué de quietud perdidos en estas aventuras y qué poca esperanza de reavivar la llama extinguida! Ahora que he renunciado a mi trabajo y que me propongo vivir miserablemente preparando conferencias que no rentan un céntimo, me considero más que nunca al margen del amor, perdido en aquella triste vía donde sólo cabe esperar lo que Proust llama “los placeres de la inteligencia”.

Yo me digo: estas cosas no debía escribirlas. ¿Por qué no hablar de Gide, por ejemplo, que leo con avidez o de mis amigos que triunfan o de este complicado país o de lo que sucede en Asia? Pero de todo ello hablan personas sabias y perspicaces y lo hacen además con placer. Yo no puedo dar testimonio más que de mí mismo — al menos en este diario amarillo—, de mis andanzas, de mis 29 años cumplidos sin ninguna gloria, rico en virtudes, pero con las manos vacías, sin biblioteca, sin hijos, sin profesión, sin diplomas, sin títulos, sin porvenir... (Ribeyro 1992: 210-1)

Siente nostalgia al anotar que las dos únicas mujeres que le interesan lo recuerdan en su cumpleaños transmitiendo a su diario la desesperanza de las dos relaciones amorosas.

Abandona temporalmente su labor literaria para dedicarse a dar conferencias, trabajo con el

cual seguirá igual de pobre y con menos probabilidades de conquistar a la mujer amada. Sabe que no es un personaje destacado, ni siquiera un hombre común con una vida organizada y muy lejos de ser un triunfador. Cierra la entrada lamentando su vida sin importancia, sin nada por la cual sentirse orgulloso y con las manos vacías de logros. Se percibe una gran tristeza y frustración al reflexionar sobre sí mismo y no poder decidir salir de su marasmo crónico.

La entrada del 8 de enero de 1960 del Segundo Diario Limeño del tomo I, es muy significativa ya que hace una relectura de sus diarios y por primera vez los valora dentro de su obra literaria:

Relectura de mi diario, un poco a vuelo de pájaro, deteniéndome aquí y allá. Empecé por el cuaderno más viejo: el del año 1950. Hace algún tiempo destruí los de los años 47, 48 y 49 que estaban dedicados en su mayor parte a comentar los libros que leía. El cuaderno del 50 es casi ilegible, salvo cuatro o cinco páginas que no he tarjado. El cuaderno verde de París es interesante, pero tiene mucha basura. El cuaderno verde de Munich es flojo. Las páginas de Mortsel están mejor. Solo entonces comencé a darme cuenta de que el diario formaba parte de mi obra y no solamente de mi vida. Los mejores son los diarios de Berlín y de Lima a mi regreso. En ellos creo haber encontrado el estilo del diario íntimo: un estilo apretado, expresivo que interesa no solamente como testimonio sino también como literatura. Si continúo por el mismo camino creo que mi diario, de aquí a algunos años, será probablemente la más importante de mis obras. Esto no me alegra, ciertamente. (Ribeyro 1992: 234)

Relee su diario, lo corrige y selecciona partes de él sopesando su contenido. Lo valora en toda su dimensión, descubriendo que también es parte de su obra literaria. Analiza que su diario íntimo tiene un estilo propio y calcula que con el pasar de los años pueda ser quizá la más importante de sus obras. Muchos años después en 1992 en el discurso de presentación del primer tomo de su diario declara:

Posteriormente el diario se fue convirtiendo en una compañía. Casi en una especie de vicio; en la necesidad ya de consignar cada día lo que había hecho. Una especie de balance para someterlo a una rigurosa crítica: ¿Había aprovechado bien el día? ¿Qué había hecho de bueno y qué de malo? Conforme pasaba el tiempo —

puesto que las razones que mueven a escribir un diario, una obra, van transformándose y cambiando con el transcurso de los años—, me di cuenta de que era una obra literaria lo que estaba haciendo. Y eso lo fui confirmando a medida que leía más diarios. Me convertí en una especie de coleccionista de diarios íntimos: llegué a tener cerca de 500. Y de las más variadas especies: diarios de políticos, escritores, pintores, músicos, bandoleros, asesinos. (Ribeyro 1996a: 62)

A su regreso a París a fines de 1960 se reencuentra con Mimí, como habían acordado, en la puerta de la iglesia de Notre Dame. Conoce una sincera entrega de amor que le renueva las ganas de vivir, sintiéndose un hombre nuevo, pero esta etapa llena de entusiasmo se desmorona cuando vuelve a su rutina de leer e intentar escribir. Al no sentirse inspirado, se deprime y busca amigos, sin éxito. La soledad que siente la expresa literariamente asociándola a sus escritores modelo en la entrada del 20 de diciembre de 1960 del tomo II:

Varias llamadas telefónicas en busca de algún amigo.

Depresión nocturna, como hace varios días. Deseo de conversar con alguien. Solo el contacto humano puede reconfortarme. Mis lecturas, mis escrituras, mis siestas, mis sueños, taladrados, implacablemente, por el recuerdo de Mimí. Enajenado. Vieja enfermedad contra la cual no puedo nada. ¿Por qué seré tan vulnerable a sentimientos como este? Me detesto a veces. ¿A qué raza pertenezco? Pariente pobre y tardío de Constant, de Stendhal, no tengo derecho a vivir en este siglo, salvo que me resigne a ser marcado, consumido por amores que no duran a veces ni lo que vive una mariposa. ¡Ah, debíamos hacer solo las cosas que nos embellecen! Amar, por ejemplo, o estar contentos. Pero yo me siento envejecer en los espejos de París, como he envejecido frente a tantos otros espejos. Las “páginas de oro” de mi vida, de que hablaba hace días, están allí, es verdad, pero el libro se encuentra lejos, en una parte inaccesible de mi pasado. (Ribeyro 1993: 13-4)

Es un hombre que a menudo experimenta soledad, pero no la disfruta; sufre por la ausencia de sus amigos y de sus amores, a los que no sabe retener por no querer comprometerse.

Como consecuencia, el desconuelo desequilibra su ánimo. Debido a este malestar, concluye que “no tiene derecho a vivir en este siglo,” identificándose así con Constant y Stendhal. También lamenta no haber ya escrito el libro que lo consagre como un escritor aplaudido por la crítica.

Es importante considerar la entrada del 21 de abril de 1961 en la que registra, dentro del marco internacional, la invasión de Cuba y el triunfo de Fidel Castro y, en lo personal, su incorporación al equipo de redactores de France Press, donde trabajan Vargas Llosa y Luis Loayza. Esta vida ordenada y “decorosamente pagada”, la describe así:

Todo esto me ha sacado un poco de mí mismo y me ha sumergido en este tipo de vida activa donde no caben reflexiones finas de amor. Ahora Fidel Castro ha triunfado y estoy más habituado al trabajo, vuelvo a encontrar horas libres de fatiga o de acción, puro ocio donde el dolor florece. Por el momento lo ocupo con la lectura de libros —Pavese, Musil, Jünger, Carpentier— que al fin puedo comprar. Hago también proyectos vagos, basados en mi próxima prosperidad, y en todos ellos veo, a pesar de no declarármelo, todo un montaje encaminado a la reconquista de la ocasión perdida. Pero esta vez es también posible que todo lo que necesité hace poco —dinero, departamento, automóvil— llegue demasiado tarde. (Ribeyro 1993: 22-3)

Se adapta a esta nueva vida, con un trabajo estable, asunto muy duro para su temperamento bohemio, y valora la oportunidad de poder comprar y leer libros que considera imprescindibles para ampliar su formación literaria. Piensa que encontrará la iluminación adecuada para escribir con el nivel que él aspira.

En el tomo II, el año 1962 sólo cuenta con once entradas. Escribe poco, pero pone al lector al tanto de lo que acontece en su vida. El 14 de marzo:

El bienestar es mudo y la angustia es locuaz. Mi diario interrumpido desde que AC me acompaña. Si ahora lo abro es para consignar una amenaza imprevista contra mi paz al fin alcanzada: el próximo mes debo dejar mi departamento de Saint Severin. Dejarlo cuando ya estaba acostumbrado a él, cuando le guardaba gratitud y cuando el sol, después de haber girado por todo el cielo, vuelve a entrar por el mismo sitio —dorando antes las gárgolas— por donde entraba la primavera pasada. (Ribeyro 1993: 52-3)

Ya no padece soledad, está acompañado por Alida Cordero, quien al convertirse en su novia recibe del escritor sus confidencias, sentimientos y pensamientos, razón por la cual el diario queda interrumpido. Siente un temor inexplicable y consigna que existe una amenaza

imprevista que hace peligrar su paz al fin alcanzada, aparentemente refiriéndose a que debe dejar el departamento de Saint Severin, pero además esta situación lo angustia porque está enamorado y le preocupa que cualquier cambio derrumbe sus ilusiones y se eche todo a perder.

En una entrada del mes de mayo de 1966, sin fechar del tomo II, anota en su diario su sentir e inquietud por su creación literaria:

En estos dos meses se está resolviendo, lo sé profundamente, mi destino como escritor. Por un lado siento una especie de hastío, de agotamiento, de pereza, de decepción, por momentos de angustia ante el solo hecho de empezar a escribir algo. Por otro siento, presiento, en mí posibilidades que sobrepasan con largueza todo lo que he hecho hasta ahora, una especie de ímpetu, breve es verdad, pero surcado de imágenes, de asociaciones, de fragmentos que me llevarían al acto de escribir instantáneamente, si dispusiera del tiempo, de la holgura para seguir adelante. En realidad, como me he dado cuenta desde hace meses, lo que necesito es sintonizar ese flujo verbal que sobrevive soterradamente en mí, pero que constantemente se pierde o es interferido por ondas parásitas. Se trata de una voz, de un tono fundamental, que es el que dará a todo lo mío su coloración definitiva. Ese tono se acerca un poco a lo subjetivo, lo arbitrario, lo personal, algo dentro de la música de “Los Eucaliptos”, “Páginas de un diario”, “Por las azoteas”, y algunos relatos en primera persona (salvo los cuentos europeos). Quizás esa sea mi verdadera voz. (Ribeyro 1993: 123-4)

Al autoanalizarse, descubre el hastío, agotamiento, pereza, decepción y angustia que lo paralizan, elementos característicos del *ennui*. Simultáneamente es consciente de que es capaz de lograr crear obras mejores que las que ha hecho, con lo que contrarresta a la fuerza negativa que vive en él. Descubre que hay en él una faceta que lo lleva por el camino de la evocación de recuerdos, donde siempre se sintió muy cómodo y con la misma libertad que al escribir en su diario íntimo. Continúa la cita anterior explicando esta reflexión:

¡Pero también hay otras! Es como si existiera en mí no uno sino varios escritores que pugnarán por expresarse, que quieren hacerlo todos al mismo tiempo, pero que no logran a la postre más que asomar un brazo, una pierna, la nariz o la oreja, alternativamente, en desorden, abigarrados y un poco grotescos. Por eso, actualmente, me mantengo un poco a la expectativa, sin querer tomar parte en esta

lucha, con la esperanza de que algunos de estos homúnculos se sobrepongan, sacrificando a los demás, salvo que en la pelea todos perezcan y no me quede otro partido que el silencio. (Ribeyro 1993: 124)

Ha presentado diferentes facetas, ya que ha incursionado en varios campos literarios, pero sin perseverancia, sin atreverse a tomar un solo camino, porque prefiere dejar fluir lo que produzca su inspiración mientras pueda seguir escribiendo, sean mejores o peores los resultados.

Reflexiona sobre la falta de consciencia de su propia identidad en la entrada del 26 de noviembre de 1969:

Un problema que evidentemente me preocupa es el de mi propia identidad, el de reconocermelo como el mismo en el tiempo. Yo no tengo conciencia de mi identidad y si en una época llevé un diario casi cotidiano creo que fue para salvar mi identidad de los avatares de una vida morosa, dispersa y vagabunda. Para ser más explícito, yo me niego a reconocer como mi persona al señor que llevaba mi nombre y que vivió un año en Amberes ocupado en asuntos de fotografía o al que años más tarde vivió en Berlín en una pensión siniestra. Me parece que eran otras personas, unos usurpadores de mi apariencia. (Ribeyro 1993: 154)

Revela en esta entrada otra de las razones positivas para llevar un diario y que en esa época fue para seguir reconociéndose a sí mismo, al adaptarse a las situaciones que se le presentaban en la vida.

Hay escasas anotaciones en el diario el año 1970, sin fechar en el tomo II, y en ellas consigna reflexiones sobre la literatura del Perú, destacando algunas ausencias en cuanto a géneros:

La literatura peruana se mueve en un campo de acción extremadamente reducido. Ello se debe a que los autores peruanos utilizan escasos géneros literarios: novela, cuento, poesía, teatro. Es decir los más antiguos, los que se cultivaban en Grecia. Nos falta esa extensión que le da a la literatura géneros más tardíos o géneros ancilares: ensayo, memorias, autobiografías, diarios, correspondencia, y los subgéneros como la novela rosa, la policial, el *roman noir*, de espionaje, ciencia ficción, novela histórica. (Ribeyro 1993: 159)

Parece estar ubicando la escritura de sus diarios en la literatura peruana, como mirando a su futuro desarrollo en este contexto. Al respecto, Cecilia Esparza dice:

En la “Introducción” al primer tomo, Ribeyro se presenta como un conocedor del género, un coleccionista de diarios, un erudito en la materia. Explica que comenzó a escribir sus diarios para imitar a los diaristas que admiraba, desde que era un adolescente. Ribeyro se considera “el inaugurador de una forma de expresión literaria nunca antes utilizada en nuestro medio, al menos bajo la forma específica del diario del escritor” (1992a:9-10), que percibe como ajena a la tradición española y consagrada como un género en la tradición francesa, alemana o anglosajona. El texto se presenta explícitamente como una incitación —en negativo— dirigida a los escritores peruanos para redactar y publicar sus diarios: “No me arriesgaría a decir que, al publicar mi diario, quisiera incitar a los escritores de mi país a redactar y publicar el suyo”. (Esparza 2006: 99)

En “La Tentación de la Memoria” Ribeyro señala que en el Perú un diario íntimo es un hecho poco frecuente y menciona los de Alberto Jochamowitz y el de José García Calderón en el siglo XX y el de Pareja Paz Soldán en XIX.⁴

Refiriéndose al caso de las escritoras peruanas del siglo XIX, Francesca Denegri llama la atención sobre la ausencia de “una tradición diarística entre las escritoras ilustradas” (14) y propone algunas posibles respuestas sobre el particular:

A lo mejor porque sentirían el temor de que esa privacidad —usualmente garantizada por el diario que es el género privado por excelencia— fuese violada por lectores irrespetuosos, o quizá porque no sentían la necesidad de una literatura confesional. El hecho es que esta ausencia resulta intrigante entre mujeres que parecían tener la compulsión de escribir de todo sin distinción de géneros, sobre todo si tenemos en cuenta que el diario ha sido tradicionalmente el espacio escritural predilecto de las mujeres. (Denegri.2004: 14)

Ribeyro, por su parte, en su ensayo publicado en 1953 “En torno a los diarios íntimos”⁵, al observar que en el siglo XX la literatura peruana no ha incorporado formas genéricas confesionales, asume una hipótesis:

⁴ En Ribeyro 1996a: 59.

⁵ En *La caza sutil y otros textos*, 2012, 27-30.

En lo referente al contexto histórico, se ha pretendido relacionar la aparición de este género con el fenómeno del protestantismo, en la medida en que este movimiento religioso, con su teoría del libre examen, favoreció la técnica de la introspección y el nacimiento de la noción de persona. Hipótesis interesante y que explica tal vez en parte por qué motivo en Hispanoamérica, donde el protestantismo no llegó a arraigarse, no se han escrito casi diarios íntimos. (Ribeyro 2012: 30)

Lo que hace es llamar la atención en torno a la necesidad de que esta literatura amplifique su capacidad de incorporar géneros contemporáneos. El mismo Ribeyro tiene un amplio margen de lecturas correspondientes a cartas, confesiones, diarios, de distintas épocas, concentrándose especialmente y con voracidad en escritores del siglo XX como Anais Nin, André Gide, Paul Leautaud.

En la entrada del 16 de octubre de 1973 del diario, reflexiona sobre su esterilidad literaria:

Miles de hojas en blanco esperan desde hace meses en los cajones de mi escritorio Regencia ese resplandor, ese golpe de azar, ese desgarramiento, no sé cómo llamarlo, ese impulso, que me permita comenzar el libro largo que anhelo escribir y del cual no sé aún nada, en el mundo de brumas, de esterilidad y de cansancio en el que vivo desde comienzos de año, libro que probablemente nunca escribiré. Como le decía ayer a Bryce, escribir es como tejer, es necesario saber en qué “punto” se hará la obra. [...] Pero aparte del punto [...] es necesario conocer de antemano el molde: saber si uno quiere tejer un calcetín o una bata.[...] Y como no tengo ni el punto ni el molde, las hojas, mis tantas hojas immaculadas, se van llenando de fragmentos como este, que se yuxtaponen para formar lo inorgánico, lo discontinuo, la negación de lo que quiero hacer, en suma, el testimonio de la no obra, de la sequedad y la pequeñez. (Ribeyro 1993: 188-9)

Abatido porque no escribe, lo cierto es que, simultáneamente y desde una perspectiva negativa, expone cómo es su diario en ciertos elementos: fragmentario, inorgánico, discontinuo.

Precisamente, bajo una mirada más positiva, aunque poco esperanzada, deja constancia de las conexiones entre ciertos relatos y la escritura de su diario en la entrada del 26 de setiembre de 1974 en el II diario:

Pasé hoy en limpio mi cuento “El polvo del saber”, el segundo que escribo en el curso del año, después de “Tristes querellas en la vieja quinta”. Por oposición al anterior, cuento breve, más que cuento relato autobiográfico, sin intriga, dentro de la línea de “El ropero, los viejos y la muerte”. Cada vez más me oriento por esta vía, cuyos antecedentes son “Los eucaliptos”, “Página de un diario”, “Por las azoteas”. Relatos tal vez demasiado personales, que mis críticos no aprecian, pero que para mí tienen un encanto particular. Ellos quizás son los fragmentos de las memorias que nunca escribiré. (Ribeyro 1993: 219-20)

En esta vena literaria, los temas le fluyen más naturalmente y disfruta el relatar historias propias, vividas en su patria. Pero se autocompadece y subestima. Anticipadamente lamenta y teme no ser capaz de lograr materializar la obra diarística.

En la entrada del 9 de diciembre de 1975, le preocupa sobremanera pensar que su diario, quizá algún día publicado, pueda convertirse en un libro formativo, ya que él solamente lo considera informativo y aclara este punto:

Lo que me aterroriza es que mi diario, si alguna vez se llega a publicar (incluyendo en él las Prosas apátridas en el momento en que fueron escritas, si es posible fecharlas), pueda convertirse en un libro “formativo” en el sentido en que se encuentre en él algo de ejemplar o recomendable, cuando se trata por lo general de una serie de fragmentos “informativos”, que no pretenden sino dar cuenta esporádicamente de mi vida activa o reflexiva. Yo temería que alguien se parezca a mí, pues no tengo nada que enseñar, salvo por oposición o negación. (Ribeyro 1995: 54)

Adoptando un punto de vista analítico sobre sus diarios, aclara a sus lectores que su diario no tiene ninguna intención moralista ni pedagógica, pues se limita a registrar sus vivencias para compartir reflexiones y actividades. Tampoco pretende servir de modelo en ningún aspecto de su difícil y azarosa vida íntima y profesional. Surge aquí la conciencia de una característica del tipo de escritura que se ha propuesto realizar: informativa, por oposición a formativa o ejemplar.

En la entrada del 17 de abril de 1977 Ribeyro escribe nuevamente sobre su soledad ya que su familia vacaciona:

Alida y Julito en Túnez, hace unos quince días. Vacaciones pascuales, en busca de un poco de sol y de exotismo. Yo en casa, solo, como tantas otras veces. Salí una vez al cine y otra a cenar en casa de Bryce con Arturo Azuela. Luego encerrado, leyendo, escribiendo. Terminé las memorias de Casanova, avancé en el diario de Léautaud, fabriqué un artículo de periódico, leí cantidades de diarios y revistas, incomprensibles artículos sobre astronomía, biología, etc. Me cortaron el gas por falta de pago y tuve que pasar dos días sin calefacción, sin quitarme el abrigo y sin poder cocinar, comiendo sanguches. Rechacé invitaciones a cenar, para ir al café, al cine, sólo por no tener que afeitarme. Decididamente me voy convirtiendo en el personaje de uno de mis cuentos. (Ribeyro 1995: 103)

Cuenta detalles de su vida cotidiana enfatizando su soledad y la dedicación a la lectura y escritura. Es importante notar su aplicación a la lectura de diarios y memorias de figuras reconocidas. Hace notar sus penurias económicas y las incomodidades que tiene que pasar, en forma humorística. Todas estas ocurrencias son síntoma de que el *ennui* está activo en su ánimo, reconociéndose e identificándose él mismo con el personaje de uno de sus cuentos, caracterizado por su tristeza, desánimo y al borde del fracaso.

En la entrada del 21 de abril de 1977, detalla impresiones en torno a la lectura del diario de Anais Nin:

Mientras hago tiempo en casa esperando la hora de ir al cine cojo por azar el diario de Anais Nin, que no pensaba leer hasta terminar con el de Léautaud y me embalo con la lectura, al punto que me olvido del cine y me devoro casi la mitad del primer volumen. Excelentes retratos y análisis de Miller y Artaud. Recuerdo de pronto que el escultor peruano Gonzalo More fue amigo de ella y en el segundo tomo de su diario encuentro referencias a él bajo el nombre de Rango y de su esposa Elba Huara bajo el nombre de Zara. Leí muchos párrafos al respecto. (Ribeyro 1995: 107-8)

El gusto y la pasión que siente el escritor por la lectura de diarios son evidentes. Le interesan mucho las vivencias y todo el entorno de estos escritores que comparten su interioridad con lectores como él, que también escribe sobre su vida, sus problemas, sus sueños, sus sufrimientos, sus amigos, su familia y sus amores.

La entrada del 17 de Mayo de 1977, consigna que ya ha terminado de leer el diario de Léautaud y que comienza el de Jünger y hace el comentario respectivo:

Jünger es el prototipo del humanista germano, conocimiento de lenguas, curiosidad insaciable, pasión por la lectura, formación filosófica y tendencia a la abstracción, todo ello reforzado por un gusto por los viajes, la aventura y el riesgo (Legión Extranjera, dos guerras como soldado y oficial, etc.) y un esfuerzo tenaz por comprender su época y su mundo a través de la acción y la reflexión. A Léautaud no le interesaba nada, ni el arte, ni la lectura, ni la política, ni la sociedad, ni la ciencia, ni la filosofía, todo lo que no fuera su propia y pequeña vida de escritor pobre y segundón y los avatares del mundillo literario en el que vivía. Superioridad de Jünger. (Ribeyro 1995: 115)

Evalúa estos diarios y los compara unos con otros, concluyendo en la superioridad de Junger por su enciclopedismo, la amplitud de intereses, su capacidad de acción y comprensión. El juicio respecto a Léautaud es sumamente despectivo.

En la primera entrada el 14 de agosto de 1977, afectado por el mal clima, se recluye en su departamento y anota:

Siniestro domingo, que me niego a recibir. A pesar de que estamos en el corazón del verano, humedad, niebla, frío. Estoy tentado de encender la calefacción. En todo caso no saldré ni a la esquina, ni me quitaré el pijama, ni me afeitaré: esa será mi venganza. Mi única aventura, llamada telefónica a Capri para conversar largo rato con mi familia. Luego lectura de la biografía de Virginia W. Conmovido y aterrado por el proceso de su locura. Me digo que, después de todo, los males de que sufro son más soportables, a pesar de su brutal aspecto físico, que los que afectan el espíritu, la mente, el sistema nervioso. Debo de congratularme de tener un indestructible equilibrio psíquico. Hace días escribí que mi predilección por la soledad y el encierro constituían quizás un germen de locura, pero es evidente que exageraba. Puedo estar nervioso, a veces deprimido, inquieto, preocupado, pero ello no pasa de los límites de lo tolerable y de lo controlable. (Ribeyro 1995: 157-8)

Es lúcido al evaluarse, frente al caso de Virginia Wolf, reconociendo su tendencia a la soledad y al encierro. Orientación superada por lo que llama su “indestructible equilibrio psíquico”, que lo hace levantarse de las frecuentes caídas.

En la entrada del 10 de enero de 1978, da una opinión personal sobre su diario:

Estos primeros días del año compilando y ordenando las cartas de mi hermano, diecisiete años de epístolas casi semanales. Luego haciendo lo mismo con mi diario, del mismo período. Este último tendría que pasarlo en limpio, sobre todo las páginas que van del 60 al 70, muchas de ellas no fechadas o escritas en el inmundo papel de la agencia France-Press. [...] En cuanto a mi diario, no sé aún qué valor tiene, ni si alguien tendrá el coraje de leerlo. No por su extensión —pues hasta ahora no pasaría de mil páginas impresas— sino porque contiene menos referencias a lo exterior de mí de lo que yo creía. Y lo referente a mí elude cada vez más los hechos para limitarse a reflexiones o alusiones a los hechos. De todos modos pienso proponerle a Thorndike la publicación de mi diario 50-60 a manera de ensayo. (Ribeyro 1995: 192)

El escritor está poniendo orden en su diario con el ánimo de publicarlo a pesar de saber que corre un riesgo importante. Una consideración interesante que asume tiene que ver con la caracterización del diario por su concentración en reflexiones personales y por reemplazar el tratamiento de los hechos mediante alusiones a ellos.

En la entrada del 5 de julio de 1978, explica por qué interrumpe durante un mes la escritura de su diario:

Interrumpido este diario a máquina durante exactamente un mes, a raíz de un decaimiento de salud, producto de una gripe, lo que me obligó a suprimir tabaco y vino y ponerme a régimen vitamínico. Intenté reemplazarlo por un diario manual, pero sólo anoté vaguedades, esporádicamente, sin ganas ni brío. Estaba realmente amolado, deprimido, distraído, incapaz de concentrarme y sin fuerzas para sobreponerme. Ahora he recommenzado a fumar, pero moderadamente y reencuentro mi equilibrio. Mi equilibrio espiritual, no el bienestar físico, pues la gripe ha dejado secuelas graves, ha abierto una fisura en mi resistencia al mal zodiacal, que tiende a manifestar más acentuadamente sus síntomas: fatiga, acidez, malestar nocturno, etc. (Ribeyro 1995: 215)

Julio Ramón Ribeyro es totalmente responsable de la escritura de su diario y no quiere fallar para mantener una continuidad con sus futuros lectores. Su frágil salud lo hace sufrir y esta situación produce en él un desánimo muy grande haciéndose evidente la presencia del *ennui*, ya que se siente postrado, desalentado y en completo estado de lasitud.

Asimismo anota que empieza a recuperar su equilibrio espiritual, más no aún el bienestar físico.

Casi al terminar el año 1978 y el tercer tomo de La Tentación del Fracaso, en la entrada del 18 de diciembre el autor declara que es consciente de lo poco que ha producido últimamente:

De más en más se va convirtiendo mi diario, en especial este año, en el cuaderno de las lamentaciones. Testimonio de la sequedad, de la no obra. En vano he tratado en estos últimos días de escribir algunos cuentos para arrancarle a 1978, in extremis, algún fruto. Pero nada. Pataleo ahora, luego de mi “cuento mínimo”, en un cuento “medio”, diálogo idiota de varios idiotas sobre un autor invisible que debe ser también un idiota, aunque en realidad soy yo, pues lo que hacen los personajes es comentar muy ligeramente una novela mía. “Té literario”. La verdad es que cuando se vive como yo tan encerrado, con tan poco desgaste y riesgo (y no falta de ganas sino por preservar mi salud mellada) nada podemos recibir del exterior y nos vemos condenados a escribir nimiedades: el gato que se vuelve a mear, el libro que compré, el auto que se malogró por falta de uso, lo caro que se pone todo, etc. Espero que mi viaje a Lima dentro de quince días, si bien es viaje ritual, me abra algunas ventanas o aunque sea un respiradero sobre otra cosa que el paisaje gris de mi vida incolora. (Ribeyro 1995: 263-4)

Se muestra responsable de la escritura del diario y no quiere dejar de mantener la continuidad. La escritura de los diarios, aunque se queja de que no tiene inspiración para escribir su obra literaria ficcional, es en sí misma una importante parte de su creación literaria, la cual hacia el año 1978, cuando tiene proyectado publicar sus diarios se hace más extensa y más frecuente como ocurre en el tomo III de La Tentación del Fracaso.

Irene Cabrejos anota:

Ribeyro, muy acertado siempre en los títulos que elige, deja muy clara la lucha que debe librar cualquier escritor contra el desánimo y el abandono de su trabajo, al usar este hermoso título: *La tentación del fracaso*. Escribir la historia de esas tentaciones a lo largo de décadas le valdrá, justamente, el no cejar: seguirá anotando en su diario su descontento y la necesidad interna de un cambio que claramente se inclina hacia la memoria, hacia lo autobiográfico; “Creo que debo concentrarme en la autobiografía, libro libre, [...] en el cual la invención apenas interviene.” (Cabrejos 2005: 176)

Escribir su diario significaba encontrarse a sí mismo y autoanalizar sus más profundos pensamientos, sentimientos e intenciones, unas veces sobre las ocurrencias cotidianas y

otras reflexionando sobre temas e inquietudes propias de la etapa que estaba viviendo. Los primeros diarios de Ribeyro son aquellos escritos cuando es aún muy joven. El escritor los desecha por consistir en comentarios de lecturas de libros, conservando los escritos personales que contenían un enfoque interiorizante. Al escribir el diario y sincerarse abriendo su interioridad compensa su carácter retraído y hermético, tendiente hacia la melancolía y la tristeza, porque así llena el vacío de la soledad, del destierro y de la necesidad de escribir el gran libro que era su más preciada ambición.



TERCER CAPÍTULO: EL *ENNUI* EN EL MUNDO INTERIOR DE JULIO RAMÓN RIBEYRO

Ribeyro en La Tentación del Fracaso revela su mundo interior y así permite encontrar sus sentimientos, pensamientos, reflexiones, sufrimientos y angustias descritos con una sinceridad y honestidad inigualables, dejando al descubierto cómo enfoca la vida y su percepción de ella. Estas confesiones son el testimonio valiente de un escritor que decide compartir al final de su vida toda su intimidad y los más profundos y significativos momentos de su existencia. En este legado es posible descubrir el ánimo apesadumbrado y decaído que el escritor no disimula:

¿Por qué estaré hoy tan decepcionado? Sin dinero, sin éxitos, sin amores, mis días van cayendo como las hojas secas de un árbol. Rodeado de oscuridad, de cenizas. Hoy me siento incapaz de todo. Una pereza moral irresistible. Sólo ansío viajar. Cambiar de panorama. Irme donde nadie me conozca. Aquí ya soy definitivamente como han querido que sea. Conforme me aleje irán cayendo mis vestiduras, mis etiquetas y quedaré limpio, desnudo, para empezar a ser distinto, como yo quisiera ser. Pero, ¿a dónde ir? Si llevo dentro de mí el germen de todo mi destino, ¿para qué hacer rodar por todos los paisajes, como un circo ambulante, el espectáculo de mi vida equivocada? (Ribeyro 1992: 14)

Se interroga sobre su estado de ánimo y se afirma en el hecho de que no tiene éxito, no tiene amor, es consciente de que la vida pasa y nada motivador alumbra su existencia. Experimenta la pereza, el deseo de aislamiento y de aburrimiento de sí mismo deseando ser otro y adquirir una nueva identidad para quedar limpio y libre de convencionalismos y de apariencias. Esta contrariedad hace evidente la presencia del enfermizo *ennui* que le arrebató la alegría de vivir con esperanza. Este punto lo examina Peter Elmore en el capítulo VI de El perfil de la palabra:

El tedio es la emoción que con más constancia tiñe las anotaciones en los diarios, y acaso no sea impertinente recordar que la idea de *Prosas apátridas* germinó luego de la lectura *Le spleen de París*, de Baudelaire: el mal del siglo hizo

estragos sobre todo en el XIX, pero no se volvió inocuo en el XX. La ironía de Ribeyro, que se expresa en la tendencia a distanciarse —cáustica o melancólicamente— del objeto de su discurso, está envuelta en esa neblina interior. Hay una suerte de extrañamiento en la mirada y la actitud del escritor, un repliegue frente a aquello que lo rodea: desde ese lugar, a la vez intelectual y afectivo, se realizan el análisis y el registro de los hechos. La íntima desubicación del escritor alcanza, sobre todo en los años juveniles, el límite de la atonía, de un hastío comparable al de los antihéroes de la novela existencialista, como el Meursault de *El extranjero*, de Camus, o el Roquetín de *La náusea* de Jean Paul Sartre: [...] (Elmore 2002: 139-40)

A fines de 1952 adelanta sus exámenes de derecho y decide partir para Barcelona el 20 de octubre. Es recién nueve meses después de su llegada a París que reinicia la escritura de su diario llamado Primer Diario Parisino, el 3 de agosto de 1953 explicando que la pausa es debida a “una vida un poco más expansiva y volcada al exterior” (Ribeyro 1992: 31). El mismo día que retoma la escritura del diario recupera los sentimientos de angustia, tristeza y desgano:

No soy sin embargo un hombre feliz, lo reconozco. En estos seis o siete días que llevo en París he tenido momentos de depresión comparables a los que sufrí en Madrid en los días más bellos o en el barco ante los paisajes más encantadores. Hay algo que anda mal en mí y que me hace inepto para la felicidad. Mis goces más puros están repartidos entre mis recuerdos y mis proyectos. El presente me fastidia, porque no lo siento. Me fortalece pensar en mis días en Salamanca o en mi próximo viaje a Inglaterra. Pero el momento actual, el segundo en que escribo esta palabra, es para mí un momento anodino que sólo el tiempo coloreará o cargará de sentido. Será por ello tal vez que en mis cuentos hay un tono sombrío, que precipita los desenlaces o pide prestada ayuda, a veces, a la exageración. (Ribeyro 1992: 32)

Ribeyro siente un vacío en su vida, desea que ocurran situaciones que lo saquen espiritualmente y físicamente de su letargo, de ese sentimiento que le hace ver la vida insípida y sin aliciente para disfrutarla. Es el desánimo y aburrimiento que se producen como una enfermedad de la mente, semejante a la que padecían los personajes del siglo XIX poseídos por el *ennui*. Patricia Meyer Spacks describe el caso:

The defining aspect of boredom —“a complex stalemate between fantasy, impulse, and threat” (M. Waugh 548) — is the incapacity to engage fully: with

people, with action (one may act, but without complete emotional participation), with one's own ideas. Psychosis, for different reasons, generates the same incapacity. Boredom's characteristic condition of inhibition and dissatisfaction frustrates action, thought, even emotion beyond the unsatisfying emotion of boredom itself. Like the psychotic, less tragically only because less permanently, the victim of boredom finds all outlets mysteriously blocked. (Spacks 1995: 165)

En la entrada del 20 de noviembre de 1953 del Primer Diario Parisino se observa la actitud característica del comportamiento de Ribeyro. Registra lo central de su conversación con el pintor Eduardo Gutiérrez y acepta su negligencia y pasividad:

El pintor Eduardo Gutiérrez tiene razón: lo que yo tengo enfermo es la voluntad. Ha observado cómo sistemáticamente voy aplazando las cosas, hasta que una hecatombe cercana me hace despertar. ¿Qué hago en París? ¿Qué espero para ir a La Sorbona? ¿Por qué no recibo clases de francés? ¿Cuándo buscaré un alojamiento que no sea un cuarto de hotel? Todas las noches digo: mañana será. Ha pasado casi un mes y nada ha cambiado. Estoy enfermo, además, y esto me quita fuerzas para la acción. Enfermo de los nervios, del corazón, del estómago o qué sé yo. Y además de la voluntad. Tengo que empezar por creer en la voluntad si quiero sanarme. (Ribeyro 1992: 38-9)

El autor admite como cierta la opinión de su amigo, parece considerarla como una corrección fraterna. En realidad está tratando su actitud como un caso de procrastinación.⁶ A continuación él se interroga a sí mismo sobre cada punto en el que está fallando, por desidia, pereza o falta de entusiasmo o motivación. Concluye racionalmente con un propósito de acción condicionado y nada definido. Hay coincidentes características del *ennui* en la actitud de Ribeyro frente a la vida.

⁶“Procrastinación en el idioma inglés es un término que describe la postergación para realizar actividades (Merriam-Wester, 2004). En ambientes clínicos, el estudio de las conductas de postergación desde 1977 ha dado lugar a que se diferencie conductas de postergación y de procrastinación (Ellis & Knaus, 1977). Las primeras refieren el común aplazamiento de una tarea con el fin de darle prioridad a otra más productiva en ese momento y que no constituye un perjuicio para la persona. Las segundas hacen referencia más bien a un desorden clínico caracterizado por la intención de hacer una tarea y una falta de diligencia ya sea para empezarla, para desarrollarla o para finalizarla, cuyo proceso generalmente se acompaña de sentimientos de nerviosismo o inquietud y abatimiento (Ferrari, Johnson & Mc Cown, 1995; Steel, 2003)”. En: Doris Argumedo Bustinza, Kareem Diaz Cerna, Arturo Calderón García, Juan Francisco Díaz-Morales, Universidad Complutense de Madrid, y Joseph R. Ferrari, Universidad DePaul. “Evaluación de la confiabilidad y la estructura factorial de tres escalas de procrastinación crónica”. Revista de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Vol. XXIII, I, 2005, p. 115.

En la entrada del 9 de mayo de 1955 del Diario Madrileño anota detalladamente un amanecer inimaginable en su espíritu de artista que normalmente en su quehacer literario no impone disciplina ni horarios para su inspiración. Resulta humorístico el cuadro que pinta:

Hacía probablemente tres meses que no me levantaba tan temprano como hoy día. Esto ha venido a alterar todos mis hábitos. Son las ocho de la mañana y estoy ya desayunado, peinado, sentado ante mi mesa de trabajo. Como era de esperar, a esta hora padezco de una absoluta falta de lucidez. He tratado en vano de escribir algunas páginas de mi novela, luego, de terminar una carta. Ausencia total de ideas. El asunto de mi novela me preocupa, sobre todo. Veo con pavor que día a día pierdo el entusiasmo. No puedo añadir una línea si previamente no releo todo lo escrito, si no me someto a un proceso de autoexcitación intelectual. Todo esto requiere paciencia y reflexión, cualidades cada vez más extrañas en un espíritu vehemente e intuitivo como el mío. (Ribeyro 1992: 76)

Describe con toda la sinceridad que le es característica los pasos estudiados y precisos que pone en el esfuerzo inútil de organizarse y ponerse en acción para reiniciar su actividad literaria.

En la entrada del 7 de diciembre de 1955 del Diario Muniquense lo encontramos haciendo una retrospectiva hasta sus años escolares y las etapas siguientes. Al analizar sus logros va cayendo en cuenta de que en su vida no hay un ideal preciso, viéndose a sí mismo por diferentes lugares, pero sin reconocerse, y se pregunta:

¿Qué cosa es lo que persigo, qué cosa es lo que espero? A la postre, todo me resulta igual, regresar o no regresar al Perú, llegar a ser o no un gran escritor, casarme o permanecer soltero. Soy incapaz de tomar una decisión porque me es imposible establecer una jerarquía entre mis deseos. Me gusta improvisar tanto mis ideas como mis sentimientos y mis aspiraciones. Hoy por ejemplo había resuelto quedarme en casa, embriagado de soledad, con un furor enfermizo por el trabajo. De pronto he cambiado de opinión: salir, comer, beber litros de cerveza, llegar borracho donde un amigo que tal vez me encuentre original y no me comprenda... ¿Por qué estos cambios repentinos? Creí por un momento que me estaba acostumbrando a la disciplina y ahora hasta el orden que hay en el cuarto, hasta su brutal comodidad — sillones, lámparas, alfombras— me resulta intolerable. Abulia, desilusión, pereza, todo esto unido a una invencible necesidad de ser golpeado, estrellado contra el

mundo. No es la amenaza, es sólo el dolor o el daño lo único que puede arrancarme de mi estado de infusorio. La pasión es para mí palabra muerta. (Ribeyro 1992: 108)

Carece de aptitud para encontrar el mundo interesante debido al aburrimiento o *ennui* que le agudiza su estado de ánimo inestable. Parece dispuesto al orden y a trabajar disciplinadamente, pero súbitamente cambia de opinión y sucumbe a la tentación de la abulia, la desilusión, la pereza, cambiando de ánimo repentinamente.

En la entrada del 25 de Agosto de 1956, una de las últimas del Diario Muniquense, denota exasperación por su temperamento indeciso al no lograr los cometidos que se propone y se expresa con dureza sobre sí mismo:

Tara incurable: debilidad de mis aspiraciones. Mis entusiasmos no duran jamás más de cinco minutos, mis proyectos se desvanecen ante la sola idea de llevarlos a la práctica. Desde hace un mes me repito que debo terminar mi novela, que es un crimen abandonar tanto trabajo acumulado, tantas horas de desvelo. Todas las mañanas me levanto pleno de energía, abro el cuaderno, releo las últimas páginas, añado una palabra y caigo abatido por un invencible aburrimiento. (Ribeyro 1992: 132)

Sufre al reconocer la poca fuerza y empeño que pone a las metas que se traza; es consciente de que se desanima en el mismo momento que debiera empezar a trabajar con ahínco. Esta situación de vivir postergando el trabajo pendiente se ha convertido en una manía que lo perjudica y aleja definitivamente del éxito con el que él sueña, sumiéndolo en un verdadero estado de desolación al no poder realizar lo que se propone. El *ennui* en la forma de tedio aprisiona el espíritu del escritor inmovilizándolo inexplicablemente y éste ya sin fuerza de voluntad abandona sus proyectos literarios.

La personalidad de Ribeyro casi siempre evidencia una conducta huraña y retraída. Estos rasgos no facilitan el acercamiento a las personas y le impiden recibir de ellas la calidez de

la amistad y la compañía. En la entrada del 23 de mayo de 1957 del Diario Antwerpense el escritor analiza este aspecto de su carácter:

Algún día analizaré con calma los orígenes de mi incapacidad para la vida social. Me gustaría determinar la época exacta en que comienzo a sentirme incómodo entre mis semejantes, a sufrir su presencia como agresión, a buscar soledad y el silencio. Si me remonto a los años de mi infancia descubro aterrado que mi reserva y mi hermetismo son tan antiguos como mi uso de razón. Ya en el colegio, a la edad de ocho años, huí de los grupos, los profesores, los condiscípulos, las mujeres. Recuerdo que cuando regresábamos del colegio por la avenida Pardo yo no veía las horas de llegar a la avenida Espinar porque allí podría separarme del resto de mis camaradas. Mientras todos hablaban y reían yo miraba hacia adelante buscando la pila aquella donde nos despedíamos. ¡Qué alivio cuando faltaban sólo cien metros! Mi hermano, en cambio, se comunicaba mejor con los demás muchachos. Yo había delegado tácitamente en él mis derechos en la conversación y en su presencia jamás abría la boca. (Ribeyro 1992: 156-7)

Continúa rememorando una experiencia determinante relativa a sus limitadas capacidades de comunicación social:

Recuerdo también otro incidente curioso cuyas consecuencias fueron gravísimas en la formación de mi carácter. Fue cuando regresé a Lima luego de haber pasado unas largas y extraordinarias vacaciones en Tulpo. Yo debía tener doce o trece años. La misma tarde de mi llegada me encuentro con un amigo que me pregunta: “¿Y qué tal te ha ido?”. Yo no supe qué responderle. Desde aquel día perdí toda confianza en mis condiciones de narrador oral. Creo que nunca en mi vida conté más una historia. (Ribeyro 1992: 156-7)

Experimenta desde niño tendencia al aislamiento, lo que no beneficia en nada el desarrollo de su capacidad para relacionarse y amar a las personas de su entorno a través de todas las etapas de su vida. Este comportamiento antisocial no es natural ni normal, más bien acusa una incapacidad para disfrutar de la proximidad de personas con las que tendrá trato a lo largo de su vida. Al convertirse en adolescente el escritor sufre al volverse retraído y solitario refugiándose en la escritura de su diario íntimo y el resultado es que su soledad y desconsuelo se hacen más intensos, porque en realidad solo dialoga consigo mismo. El escritor contenía en sí mismo, desde siempre, el germen del *ennui* que creció con él y que

se acentuó en las diferentes y difíciles situaciones de su vida convirtiéndolo en la persona enigmática y triste que se retrata en su diario. Las palabras del mismo Julio Ramón Ribeyro explican este rasgo de su personalidad y las razones que lo llevan a escribir el diario a tan temprana edad:

En consecuencia dejé de lado estas especulaciones muy académicas e inflexibles y comencé a preguntarme qué podía llevar a las personas a escribir diarios. Y concluí que tres o cuatro razones llevan a escribirlos. Una de ellas es la sensación de inseguridad, los períodos de vacilación, la búsqueda de identidad y la necesidad de afirmar su personalidad. Estas razones son las que, en esos períodos de transición, mueven a escribir muchos diarios a los adolescentes. (Ribeyro 1996a: 61)

Como es frecuente, surge el comentario alrededor del género. Esta vez se trata de los motivos que impulsan a la escritura de diarios.

En la entrada del 14 de junio de 1957 del Diario Antwerpense admite que es diferente a sus amigos y que reacciona sin llegar a emociones intensas:

Nunca he conocido esos estados de alegría activa que por momentos admiro en mis amigos y por momentos aborrezco. Solamente conozco una alegría contemplativa que no se manifiesta por ningún signo exterior y se confunde más bien con el ensimismamiento. Es por eso que cuando estoy triste alcanzo una zona fronteriza con el idiotismo. Ahora he deambulado por las calles de Mortsel sin saber cuántas cervezas he bebido y sin guardar memoria del camino: pensaba en otras cosas terriblemente concretas, como por ejemplo, en que nunca podré formar un hogar porque nadie soportará mi silencio. (Ribeyro 1992: 158-9)

Manifiesta la tristeza crónica que no le permite ser feliz, que le hace creer que no está dotado para dar amor y ser amado.

El escritor tiene el proyecto de ir a Berlín y esa posibilidad lo mantiene inquieto y simultáneamente está ilusionado por recomenzar su “affaire” amoroso con Mimí. Vive una etapa buena sin depresión, disfrutando de la lectura de Chejov, la cual le interesa e inspira

porque proyecta un volumen de cuentos. En la entrada del 29 de setiembre de 1957 del

Diario Antuerpense el autor anota:

La lectura de Chejov, de sus deliciosos cuentos, ha despertado en mí una vieja veta creadora que creía agotada: la del relato lineal, vivo, vívido sobre todo, rico en diálogo, exento de frases y de análisis. Este fin de semana he sido invadido por un torrente de ideas que me poseen y me fatigan. Temas para los que no veía solución literaria me han parecido más que nunca fácilmente gobernables. He trazado una lista de una docena de relatos simples y he puesto hoy la primera piedra de un volumen que llevará el título modesto de *Cuentos para leer en el ómnibus*. No me propongo otra cosa. Lo que en estos últimos meses me ha paralizado es mi obsesión de escribir cuentos de antología. Pero en fin, ya tendré tiempo y ocasión de escribir ese tipo de cuentos. Lo que quiero solamente ahora es desembarazarme de esta docena de argumentos y de pequeños personajes que me hostigan. La tónica del conjunto la daría “El profesor suplente”, relato en el que ahora trabajo. (Ribeyro 1992: 184-5)

Pasa por un momento en que su estado anímico es positivo, hace proyectos, se entusiasma al tener un sinnúmero de ideas y de posibilidades e inmediatamente pone manos a la obra. En medio de este entusiasmo da paso a la constatación del enorme esfuerzo que implica su trabajo como escritor:

-Comprobación interesante: hasta qué punto la labor creadora implica la autodestrucción del creador. Escribir es como hacer el amor: una cosa brutal, fatigante, en la cual morimos y renacemos. Luego de escribir una página caigo extenuado en la cama, los ojos ardientes, la náusea del tabaco y la sensación de la consumisión física. Y ello es el precio de veinte líneas, ni buenas ni malas, que serán probablemente corregidas o eliminadas, pero en cuya elaboración hemos puesto lo mejor de nosotros mismos. (Ribeyro 1992: 185)

Pareciera que en él hubiera dos fuerzas que luchan dentro de sí, una de ellas mueve su aspecto racional que lo lleva hacia la acción y la otra fuerza le hace resistencia invisible en su espíritu impidiendo, en la forma de cansancio, fatiga o tedio, generar la energía suficiente para dominar el aburrimiento o *ennui* tan difícil de combatir.

A punto de partir para Berlín para hacer un “stage” de tres meses en la fábrica Rotaprint se siente conmovido, ya que su estancia en Amberes ha calado hondo en él. En la entrada del 1º de noviembre de 1957 en el Diario Antwerpense declara:

Día de los muertos, día soleado y ventoso que me hace recordar mis primeras semanas en Mortsel. Desde mi ventana veo pasar a la gente que viene de la iglesia. Sentimiento de soledad, de vejez. A los seis meses y medio termina mi aventura flamenca, el ciclo se cierra sobre mi pobre alma vencida. Deseos de llorar sin motivo alguno, porque cada cierto tiempo es conveniente hacerlo. Hombre débil soy, no me reconozco.

--Ayer, confidencias de Tony, el hermano de Mimí, hasta las seis de la mañana. ¿Por qué haber esperado hasta mi partida para hablar de estas cosas? Ahora sé cuándo Mimí ha estado enamorada de mí, cómo ha evolucionado su amor, cómo lo he perdido, recuperado, vuelto a perder... en fin, todo se vuelve transparente. Una vez más he equivocado mi política. Cosa terrible: saber conquistar a una mujer pero no poder conservarla.

En fin, pronto olvidaré como he olvidado tantas cosas. Mi naturaleza desencadenará sus reflejos saludables. La memoria sólo conservará lo bueno. De Berlín pensaré en Mortsel como en una pequeña ciudad donde fui feliz algunas horas. Suficiente. (Ribeyro 1992: 191-2)

El tono de esta entrada es melancólico y triste. Asocia la conmemoración del día de los muertos y la gente que regresa de la iglesia consolada por su fe, con la soledad de su vida. Estas reflexiones le producen una tristeza extrema. Su actitud de conformismo denota que actúa con un espíritu triste ensombrecido por el *ennui* que en su interior frena su legítimo impulso de luchar por su felicidad.

En la entrada de 2 de agosto de 1958 del Segundo Diario Limeño se aprecia que pasa por un mal momento, todo lo estima absurdo y opuesto a sus criterios y escribe: “Los que no sienten a la mujer como una potencia extranjera, ingobernable y maléfica; los que no consideran a la sociedad como un círculo erizado de espadas; los que no ven en las cosas simples —una piedra, un boleto de ómnibus, una mancha del pantalón— el signo de la adversidad, esos, no sé cómo pueden vivir, pero son sin duda, los triunfadores”. (Ribeyro

1992: 209) Advierte detalles que otras personas, las triunfadoras, no toman en cuenta pero él sí y provocan reflexiones que lo estancan y no le permiten decidir ser feliz como la mayoría de sus semejantes lo intenta. Sus observaciones son negativas y pesimistas, el escritor no hace el esfuerzo de adaptarse al mundo en el cual, cambiando su actitud de *ennuyé*, podría mirar su existencia como valiosa y lograr el éxito en todos los aspectos de su vida.

En la entrada del 9 de agosto de 1958 del Segundo Diario Limeño escribe que pasa el tiempo vagando por su casa vacía, pero llena de recuerdos, con el mismo sentimiento de tedio y deseo de partir para Europa de hace más de cinco años:

Si partí para Europa fue quizás para evitar esos vagares solitarios por mi casa vacía, esas mañanas enormes rodando de una habitación a otra, tocando los muebles, mirando las fotografías y los candelabros. Ahora, como hace años, ando de nuevo entre mis cosas, las reconozco, pero trato en vano de encontrar un indicio. El gran ropero paternal con sus tres cuerpos guarda los mismos álbumes, conserva su olor a polilla muerta. Su espejo me devuelve mi cara, la misma, que se ha conservado no sé cómo luego de mil peripecias. El tedio difuso de estas mañanas, el sabor del cigarro... todo permanece idéntico. También mi deseo de partir, sin lucha alguna, vencido. (Ribeyro 1992: 210)

Las añoranzas y evocaciones lo transportan a la época de su infancia y juventud y lo deprimen. La sensación de inmovilidad y quietud interminable agudizan el mismo tedio y hastío que experimentó años antes cuando decidió buscar otros mundos e influencias para su obra literaria. Alexander Lowen en su estudio La depresión y el cuerpo explica:

La irrealidad de la persona deprimida se manifiesta claramente en el grado en que se ha perdido contacto con su cuerpo. Hay una carencia de autopercepción; no se ve a sí mismo tal como es, ya que su mente está centrada en una imagen irreal. No se da cuenta de las limitaciones impuestas por sus rigideces musculares, pero estas limitaciones son las responsables de que no pueda realizarse como persona en el presente. No siente las perturbaciones en su funcionamiento corporal, ni su menor motilidad y respiración inhibida, ya que se identifica con su ego, su voluntad y su imaginación. La vida de su cuerpo, que es la vida en el presente, se descarta como

irrelevante porque sus ojos están fijos en una meta futura que considera la única importante. (Lowen 2010: 19-20)

En el mes de febrero de 1959 en el Segundo Diario Limeño no escribe cotidianamente lo acaecido en el plano personal, sólo registra a principios de mes la visita que hace a su trastornado amigo Perucho y a mediados del mes anota una reflexión sobre su barrio de Santa Cruz, encontrando sus calles sin el encanto y la poesía de sus recuerdos. La atmósfera triste y negativa a la que se refiere es un preludeo a la entrada del 21 de febrero de 1959, llena de frustración, que cito a continuación:

Quisiera explicarme los orígenes y los alcances de mi pereza mental. Hace días que no hago absolutamente nada, a no ser releer algunos libros de poemas. Escribir esta página me exige ya un esfuerzo tan serio que siento contracciones en el estómago y un ansia infinita de beber líquidos turbadores y estimulantes. Trato de imputar esta molición al calor estival, pero veo aquí una coartada dispuesta por mi amor propio. Mi estado de ánimo debe tener raíces morales, sentimentales. Como siempre, el sentimiento de culpa y de frustración. Todo aquello solo puede ser abolido escribiendo una obra apreciable. Pero me siento incapaz del menor esfuerzo espiritual. Presiento una crisis y deseo casi precipitarla. Algo debe suceder. No puedo seguir más tiempo en mi pantano de Miraflores, viviendo entre libros, papeles y recuerdos a los cuales he chupado toda la savia. (Ribeyro 1992: 219-20)

Ribeyro no entiende el origen de su temperamento, admite que está pasando por un estado de astenia generalizado y es consciente que el desinterés por su trabajo lo tiene estancado, repercutiendo en su salud física, espiritual y mental, deseando ingerir estimulantes para levantar su estado de ánimo. El escritor sabe que escribir alguna obra importante lo sacaría de este abatimiento, pero no reúne la fuerza para tomar el impulso necesario y romper con el estado anímico del *ennui* dentro de sí, el que lo ha llevado a la desesperación extrema y al tedio. Patricia Meyer Spacks apunta que la gente ansiosa por obtener algún entretenimiento está lista para aceptar cualquier cosa ofrecida a falta de otra mejor, así toman lo que pueden conseguir sin poner inconveniente y cita a Anton Zijderveld: “it can be observed that speech becomes gross and hiperbolic, music loud and nervous, ideas giddy

and fantastic, emotions limitless and shameless, actions bizarre and foolish, whenever boredom reigns. A bored individual needs these irritants of body, psyche and mind because he is not behaviourally stimulated in any other way. (Spacks 1995: 19)

La entrada del 24 de febrero de 1959 del Segundo Diario Limeño consigna un párrafo muy íntimo en el cual se siente derrotado en la vida: “Je ne conçois ma vie que comme un enchainement de morts succésives. Je traîne derrière moi les cadavres de toutes mes illusions, de tous mes vocations perdues. Il y a un avocat sans titre, un professeur sans chaire, un journaliste tari, un bohémien médiocre, un imprimeur obscur et, presque, un écrivain raté. Soirée de grand pessimisme”. (Ribeyro 1992: 221) ⁷.

Pasa por una etapa de depresión que lo hace ver la vida con una óptica desesperanzada, lleno de angustia y desolación, decepcionado de sí mismo y de su obra literaria, la que percibe estancada y mediocre.

La estadía en Ayacucho no resulta ser muy de su agrado en la entrada del 28 de octubre de 1959 del Segundo Diario Limeño:

Gran noche huamanguina de tristeza. Detalles adversos que a veces se acumulan y, de pronto, nos han rebasado. Parte de mala salud, parte de mal tiempo - ¡esos cielos nebulosos de tormenta seca!- pero sobre todo la espada, la eterna espada de la incertidumbre. ¿Qué haré cuando parta de Huamanga? Ya en Lima no tengo casa. Me digo: ir a París, gastar en el pasaje mis ahorros y luego morir allá de olvido o quizás en un último y gran amor que me consuma. Pero eso no es vida, dios mío, al garete voy, sigo viajando. (Ribeyro 1992: 230)

La radical incertidumbre frente al futuro, rutina de su vida cotidiana, lo lleva a evaluar su condición de individuo sin rumbo definido.

⁷ Versión libre en español del autor:

No concibo mi vida más que como un encadenamiento de muertes sucesivas. Arrastro tras de mí los cadáveres de todas mis ilusiones, de todas mis vocaciones perdidas. Un abogado inconcluso, un profesor sin cátedra, un periodista mudo, un bohemio mediocre, un impresor oscuro y, casi, un escritor fracasado. Noche de gran pesimismo. (Ribeyro 1992: 247)

En la entrada del 25 de agosto de 1960 del Segundo Diario Limeño, dedica las siguientes líneas a la remembranza de todo lo vivido en Lima, a recuerdos muy antiguos y llenos de nostalgia:

¿Cómo explicar estas mañanas lentas de mi tierra, esta pereza del tiempo, las palmeras, el grito del frutero, la paz de los gatos en las enredaderas, las sirvientas que regresan con sus bolsas de fruta, nuestro cielo plumizo de invierno, el canto de una cuculí, el jardinero arrancando una plantita, perros que ladran en las grandes mansiones, la tristeza de la quinta, los árboles que se mueren con tanta servidumbre y de pronto una perla de agua y otra y otra más y la garúa que llega sobre nuestros ojos fatigados? (Ribeyro 1992: 238-9)

Busca una respuesta ante el desarraigo y la extrañeza que experimenta frente al ambiente miraflorentino, reconstruido en una serie de elementos típicos del entorno.

En el año 1961 recién retoma la escritura de su diario el 14 de febrero, registrando nostálgicamente recuerdos de C. al recorrer en París el bulevar Saint Michel. Este melancólico estado de ánimo lo acompaña hasta la entrada del 3 de marzo de 1961 del tomo II del diario, en que reflexiona sobre su vida que siente como mediocre y fracasada:

La sensación de fracaso en la que permanentemente me encuentro reside en haber querido establecer un compromiso entre los “placeres de la inteligencia” y los “placeres de la vida”. He querido llevar una existencia intelectual, pero sin renunciar a las perspectivas de una vida holgada, cuando teniendo en cuenta mi escasa capacidad de acción, la obtención de uno de estos objetivos apareja el sacrificio del otro. De este modo, careciendo de fortuna y no poseyendo un gran talento, estoy condenado a ser un mediocre vividor y un escritor mediocre. (Ribeyro 1993: 18)

Al autoanalizarse, reconoce que la opción entre los “placeres de la inteligencia” y los “placeres de la vida” no constituye una salida, el fracaso es inminente.

Tiene realmente un dolor muy grande cada vez que, ilusionado, se encamina hacia su cuarto de hotel para escribir y lo registra en la entrada del 3 de abril de 1961 del tomo II del diario:

Mis grandes citas de amor no han sido con las mujeres —si exceptuamos la de la Plaza de la Inquisición y la más reciente frente a Notre Dame— sino con un

cuarto de hotel, por lo general sombrío, donde no me esperaba otra cosa que una máquina de escribir y una página en blanco. Quienes me han visto pasar, raudo, obsedido, habrán tal vez imaginado un caluroso abrazo al final de tanta prisa. No saben que todo terminaría en una carilla, en una frase, a veces ni siquiera en eso, pues en estas citas también hay frustraciones. (Ribeyro 1993: 20)

Las citas amorosas y las que lo esperan para reiniciar su labor literaria presentan el mismo impulso esperanzado y la misma decepción.

En la entrada del 14 de abril de 1961 relata su decaimiento y tristeza:

Complacencia morbosa por las situaciones límite, como la que vivo actualmente. A pesar de estar enfermo (úlcera), sin dinero, abandonado por la mujer que me ocupó durante cuatro años, sin noticias del Perú, en una habitación horrible, encuentro fuerzas para arrastrar mi carcaza por la primavera de París. Miro el sol, las alegres parejas, los automóviles descubiertos, los pájaros que anidan en árboles y grietas y me digo: “algo tiene que resultar de tanta adversidad”. Y en verdad espero, porque solo tocando el fondo del dolor uno puede darse impulso para salir a flote. (Ribeyro 1993: 22)

Una fina ironía encubre el heroísmo con que enfrenta las calamidades de su vida. Al observar la armonía que lo rodea aquilata la distancia enorme que lo aleja de la felicidad de la que goza el resto del mundo. Reacciona positivamente y se llena de esperanza para librarse de esa relación agónica con la escritura.

Finaliza el año 1961 cargado de nostalgia y añoranza familiar por la proximidad de las fiestas navideñas, pero la soledad de su alma no la llena así, tampoco mediante las desordenadas tertulias con sus amigos. En la entrada del 23 de diciembre de 1961 se aprecia también su lado humorístico:

Hoy, absurda depresión prenavideña. Esos momentos en que uno no sabe si beber un trago, tragar una pastilla contra los nervios, tomar un laxante, darse un baño caliente o simplemente echarse a dormir como un cerdo. De un lado a otro en mi chambre coqueta, sin poder leer, ni escribir, ni siquiera ordenar las ruinas de la tertulia de anoche. De pronto, idea salvadora: escuchar música. Música de mis momentos felices. Carrera hasta la tienda de la Place Saint Germain-des-Pres. Regresé con Vivaldis, Bach y Armstrongs. Total, toda mi indemnización de

Navidad gastada en discos y bebidas. ¿Adónde voy?, me pregunto. Pero gracias a esto, leí un excelente cuento de Salinger, y escribí la primera página del tercer cuento de “Tres historias sublevantes”. (Ribeyro 1993: 40-1)

Por lo menos, algo de éxito le salvó la noche.

En la entrada del 7 de enero de 1963 encontramos un poema que refleja su arraigado *ennui*:

La fina hoja del puñal del tiempo
me traspasa
Ocioso, mustio, de pie ante la ventana
de la casa
Miro la plaza vieja que un sol tardío
abrasa
El bus vacío, verde y gris,
repara
Con un pichón imberbe una paloma azul
se casa
Sólo mi tedio a mi ilusión
rebasa
¿Qué hacer Dios mío, con la tarde que
se envasa?
Solo sentir el tiempo que indolente
pasa. (Ribeyro 1993: 61)

Algo de humor sombrío enlazado por la rima fácil en *asa*, destacando la resignación por inactividad y el tedio personal.

En la entrada del 28 de abril de 1963 anota remembranzas sobre su vida e imágenes de sí mismo:

Así, como quien da cuerda de un viejo fonógrafo, cuantas veces, acodado en un mostrador, un vaso de vino o un café cargado ponen en funcionamiento la relojería de mi memoria y empieza la procesión de imágenes... imágenes de ciudades, de mujeres, de cuartos de hotel, de ferrocarriles, de libros, de puertos. Imágenes que se repiten, pero nunca iguales. Y yo, en medio de ellas, o más bien al margen, testigo más que actor de antiguas historias que apenas me conciernen. Por ellas me paseo como por un museo de figuras de cera y me reconozco con cierto estupor bajo disfraces banales: estudiante en Munich, bohemio en Madrid. ¿Qué hay de cierto en todo esto? ¿En qué medida mi imagen actual es el producto de la superposición de todas estas imágenes? (Ribeyro 1993: 63)

El recuento analítico de las identidades aparentes que ha ido tomando a través de los años, le permite interrogarse acerca del sentido de esas imágenes para comprender su presente.

En el año 1963 anota ocho entradas en el diario con sus impresiones y algunas ocurrencias externas, no incurre en autoanálisis ni exterioriza sentimientos íntimos.

El 22 de julio de 1964 retrata los vaivenes de su espíritu voluble:

Nuestros estados de ánimo son tan frágiles. Qué poco basta (que se nuble el cielo, que veamos pasar a una mujer bonita o simplemente encendamos un cigarrillo o permitamos aflorar un recuerdo) para pasar del desaliento al optimismo o viceversa. Toda la coloración de la vida cambia. Toda la mañana y gran parte de la tarde estuve mustio, meditabundo, hojeando mi novela, encontrando solo defectos no sólo en ella sino en mi vida, diciéndome: “empezó la decrepitud”. Incluso le escribí a mi hermano, comunicándole algunas reflexiones al respecto. Al atardecer me asomé a la ventana que da a la rue de Bagnolet y pensé algo, algo impreciso que ahora no podría recordar, pero cuando regresé a mi mesa de trabajo estaba contento, más seguro de mí mismo, diciéndome “no soy cualquier cosa”, “tengo algún valor”, “hago las cosas bien, pero con retraso”. Ahora, mientras escribo esto, mi entusiasmo —palabra muy pomposa, algo menos que entusiasmo— continúa y afronto este anochecer y, por consiguiente, todos los que vendrán con confianza. Pero, ¿quién me garantiza que esto durará? (Ribeyro 1993: 76-7)

Consciente de lo inestable de su temperamento, parece consolarse al generalizar sobre la fragilidad de los estados de ánimo. Es una forma de justificar y racionalizar su comportamiento cuando está con el ánimo apagado, al borde del pesimismo y la depresión.

El 11 de marzo de 1965 anota una reflexión sobre sí mismo y confiesa:

A veces pienso que la literatura es para mí sólo una coartada de la que me valgo para librarme del proceso de la vida. Lo que yo llamo mis “sacrificios” (no ser abogado, ni profesor de la universidad, ni político, ni agregado cultural) son tal vez fracasos simulados, imposibilidades. Mi excusa: soy escritor. Mi relativo éxito en este terreno excusa mis torpezas en los otros. Siempre he huido de toda prueba, de toda confrontación, de toda responsabilidad. Menos de la de escribir. Diríase que llevo la vida a mi terreno, allí donde no puedo darme ninguna sorpresa. Protegido del mundo, de la gente, solo frente a mi máquina de escribir, sin coerciones ni apremios, sin jueces, ni público, ni ovaciones ni rechiflas, en la arena solitaria de mi página en blanco, procedo a la *mise á mort* de la vida. (Ribeyro 1993: 94-5)

Evalúa su comportamiento en el proceso de su vida y duda sobre la honestidad de su dedicación a la literatura. Llega a considerar estas decisiones como pretextos y disculpas para sus evasiones, para sus imposibilidades y torpezas. Estas reflexiones le permiten definir rasgos de su inclinación hacia la soledad.

Al iniciar la escritura de su diario el año 1966, en la primera entrada del mes de enero, sin fechar, registra la siguiente desesperanzada conclusión: “Seres imperfectos viviendo en un mundo imperfecto, estamos condenados a encontrar solo migajas de felicidad”. (Ribeyro 1993: 113). Contrariamente al estado de ánimo que caracteriza a los seres humanos al comienzo de un año nuevo, la amargura y el pesimismo envuelven el espíritu del escritor, su interioridad está tan decepcionada de la vida que no puede ver ni la bondad de los seres que lo rodean ni las bellezas de este mundo y da por verdad el enunciado citado.

En la única entrada de mes de setiembre de 1966, sin fechar, extenuado por la rutina describe su sufrimiento:

El hombre que se sienta a las seis de la tarde ante la máquina de escribir, en esta casa, no es sino el saldo, el excremento del que, a las diez de la mañana, estuvo en la oficina. Fresco, despejado, todos los días entrego para poder vivir las siete mejores horas de mi vida. Durante ese tiempo uso y abuso de mi inteligencia, pulverizo mi resistencia física, me fumo el paquete de cigarrillos que luego en casa me hace tanta falta y que ya no podré consumir ni soportar. De este modo el que trabaja aquí es un hombre marginal, una subpersona mía, una sombra agotada, casi un pordiosero de las letras, que se afana, puja, se echa un par de tragos para recobrar un poco de fuerza o de entusiasmo y a la hora de penurias solo aspira a comer y dormir. ¿Qué puedo dar de mí? (Ribeyro 1993: 117-8)

Culpa a su trabajo como burócrata de la falta de energía que experimenta al momento de dedicarse a escribir. Así explica el desaliento, la impotencia, el agotamiento y el desánimo en el presente.

Ribeyro escribe sólo en nueve oportunidades en el diario en 1966, anotando impresiones personales y literarias interesantes de las cuales permite deducir la vida ocupada y bastante ordenada que ha adoptado y que con mucho esfuerzo lleva adelante con valentía y perseverancia.

Al final de las entradas correspondientes al año 1968, agrega un conjunto de anotaciones sin fechar en el que inserta una reflexión bastante elocuente y dolorosa: “Raza de las cigarras, que ni siquiera silbas, pero dilapidas tu tiempo y tu vida, viviendo al lado de las hormigas, echando por las ventanas tu casa y tu salud, sin pensar en que el invierno es cada vez más cercano”. (Ribeyro 1993: 142). Al incorporarse en el conjunto de escritores (“raza de cigarras”), generaliza su situación. De esta manera, evita enfrentarse individualmente a sus problemas. Esta declaración es bastante triste y profunda, ya que piensa que su vida ha sido desperdiciada en todo sentido sin haberse detenido a mirar el ejemplo de las hormigas, aludiendo a las personas de su entorno que prosperan y miran al futuro.

En la entrada del 31 de agosto de 1969, comenta nuevamente sentimientos íntimos referidos a la soledad y tristeza que experimenta:

Recibo mis cuarenta años solo, en mi casa vacía. La Place Falguière desierta. Silencio. Como sólo una vez se cumple esta edad y como me siento leve, muy levemente deprimido (no por envejecer, sino por envejecer de cierta manera) compré, a pesar de mi pobreza, una botella de whisky y dos paquetes de cigarrillos rubios. [...]

Lo único que he hecho hoy por la casa ha sido cambiar sábanas y tender la cama y lo único que he hecho por mí, escribir una carta y leer *Diálogos de exilados* de Brecht. Luego nada, aparte de mis siete horas en la AFP. Me gustaría estar con Alida y con mi gordo, ambos en Lima, haber comido con ellos, conversado, reído, peleado incluso. Fea soledad, cuando la imaginación se mella y uno no puede ya ni siquiera conversar consigo mismo. (Ribeyro 1993: 149)

Nuevamente luchando contra el *ennui* decide celebrar su cumpleaños sin compañía. Intenta llenar el vacío cumpliendo con su trabajo, realizando quehaceres domésticos y leyendo.

Acostumbrado a su nueva vida en compañía, se le hace muy doloroso estar separado de su familia. La soledad se le hace insoportable porque, además de no aprovechar esta situación para trabajar en su obra literaria, es consciente de que el tiempo pasa y los años se acumulan implacablemente.

En el año 1972, sin fechar, registra una entrada en la que se interroga y analiza su difícil existencia, siempre al borde del fracaso y sabotada por el *ennui*:

Vaga idea de una opera [sic] magna, repertorio de una búsqueda estéril, no de la felicidad o del triunfo, sino de la paz y la armonía, de la concordancia entre yo y mi prójimo. Las etapas podrían ser la amistad, el concubinato, el matrimonio, la adhesión a un partido político, la vida en una colonia de *hippies*, la reclusión en un monasterio, el intento de integración en una comunidad indígena (o minoría racial o cultural, como los canchas de Lamas) sin encontrar en ninguna parte lo buscado. En todas aquellas experiencias hay siempre una persona, llamémosla Juan o Pedro, que hace fracasar, que sabotea el intento. Persona misteriosa, huidiza, maligna, multiforme, demoníaca. Comprobación de que esa persona soy yo mismo, o, mejor dicho, otra parte de mi yo, que convive conmigo y me dobla y a veces me suplanta y me impide en definitiva alcanzar la UNIDAD. (Ribeyro 1993: 173-4)

El escritor encarna en una persona ficticia al enfermizo *ennui* que lo divide, que lo hace actuar diferente y que lo lleva hacia donde él no desea ir, arrastrándolo al error con ideas nefastas e induciéndolo a tomar decisiones equivocadas. Como consecuencia, concluye que esta doble faceta en la que se percibe escindido le hace más difícil la vida y su camino hacia el logro de su carrera literaria.

El 11 de julio de 1972, reconoce que su hábito de procrastinar perjudica su labor literaria: “Ahora, al releer fragmentos de historias o relatos jamás concluidos, inconcluibles además porque se ha roto la atmósfera espiritual en la cual fueron comenzados, descubro en mí cualidades de narrador que no me eran entonces perceptibles y que es prácticamente imposible ahora reflatar. Todo un mundo se ha ido a pique durante estos años de silencio y abandono”. (Ribeyro 1993: 170). Consciente de haber fallado al no poner el debido

empeño, acepta que tiene el talento necesario, pero que lleva en su espíritu y en su naturaleza el enemigo principal que cuando emerge arruina su actividad literaria. Este estado de desolación le hace exclamar: “¡Cómo hacer Dios mío para quererme un poco más y no seguir empleando toda mi vehemencia y mi talento en destruirme!” (Ribeyro 1993: 173).

El 5 de marzo de 1974 del II diario, revela cómo es su comportamiento cuando está pleno de inspiración durante su creación literaria:

En las temporadas de verdadero trabajo creativo, como la que ahora atravieso, llego a un estado de completa desencarnación y todo lo que me rodea me es absolutamente indiferente. Mis relaciones con las personas y las cosas se vuelven difusas, fantasmales. Deambulo en un espacio de niebla, inconsistente. Respondo maquinalmente a lo que se me dice, como sin saber lo que como, el mundo se convierte en una acumulación de objetos privados de toda realidad, los problemas que habitualmente me atormentan, como las deudas, la salud, pierden toda vigencia, hay como una ruptura o más bien una transferencia de mi persona de un universo a otro, un universo que probablemente no existe, pero que mi imaginación ha construido, y en el cual me instalo, solamente atento a sus exigencias, dejando para el otro solo la presencia de mis reflejos. En este sentido la actividad creadora tiene analogía con las experiencias de la embriaguez o la droga. (Ribeyro 1993: 199)

Estos momentos de inspiración deben haber sido indudablemente los más felices de su vida, momentos de plenitud y abstracción total, en los que alcanza un nivel mental semejante a los místicos en actitud de beatitud. Las temporadas de trabajo creativo son triunfos del escritor sobre la influencia del *ennui* que con frecuencia anula toda voluntad de trabajo y de inspiración artística a lo largo de su vida.

El 21 de marzo de 1974 deja notar una lasitud que lo intranquiliza al sentirse muy desanimado:

Necesidad de encontrar lo que aquí se llama un *second souffle*, un nuevo impulso que me permita afrontar con energía y optimismo esta segunda parte que me queda por vivir, sin caer en ese escepticismo estéril, ese dejadez y abandono que

se refleja en la mayoría de mis *Prosas apátridas*. Una ocupación que me absorba y me rejuvenezca, una pasión por algo inédito u olvidado, como creí hace días que sería la música sacra, un trabajo de investigación que me vuelva implacable con el tiempo malgastado. (Ribeyro 1993: 201)

Sin fuerzas, sabe que necesita una motivación extraordinaria para seguir viviendo sin la tentación de abandonar la lucha por sus ideales en esta segunda parte de su vida, que él vislumbra tan difícil. Desea fervientemente encontrar un camino por el cual pueda recuperar el tiempo perdido.

Lo escrito el 22 de marzo de 1974, permite apreciar esa tendencia al pesimismo con que él mira la vida:

Me temo que mi hijo haya heredado casi todos mis defectos, unidos a los de mi mujer, lo que ya sería demasiado. Con los míos hubiera sido suficiente para hacer de él un inteligente desgraciado. Esa impaciencia, esa vehemencia, esa incapacidad de concentración, esa desconfianza en las apariencias y el feroz deseo de descubrir lo oculto y enmascarado de las cosas, unido a la ligereza para asociar y concluir, son típicamente míos y en parte de Alida, pero de ella tiene además el gusto no disimulado por ganar el afecto y si es posible la admiración de las personas, el apetito por acumular cosas que no podrá disfrutar, solo por saber que están al alcance de su mano, la falta de noción del tiempo y tantas cosas más. (Ribeyro 1993: 202-3)

El cristal a través del cual enfoca la vida real es el *ennui* que no ilumina de esperanza sino que nubla de pesimismo las observaciones y conclusiones que da a conocer sobre la posible suerte futura de su hijo. De manera fatalista parece ya haber condenado a Julito a cargar con todo lo negativo que ellos aportan como la peor herencia, presagiando para su hijo todas las desdichas imaginables al enumerar los defectos y rasgos interiores de ambos, pronosticando que resultaría ser “un inteligente desgraciado”.

El 20 de abril de 1974 del II diario, muestra malestar y desaliento dejando ver cómo el *ennui* en la forma de abulia y apatía invade su ánimo:

Muchos días sin escribir una línea, quizás a causa del relativo desorden en que vivo, ausente mi familia, quizás debido a un decaimiento en mi estado de salud, una pérdida progresiva de mis energías, como si mis fuerzas fueran implacablemente tragadas por un enemigo interior. Lo noto porque cada día me parecen más largas las distancias, más altas las escaleras, más pesados los paquetes, más dañina la comida, menos reparador el sueño, más vana e inútil, en definitiva, la vida. Esos deseos de no levantarse de la cama, de no despertar, que son para mí el signo de la renunciación. Confío en que supere esta crisis, como he superado otras peores y que pueda mirar el mundo con un poco de interés y de amor. (Ribeyro 1993: 205)

El *ennui* como enemigo interno genera crisis cíclicas. Por experiencia sabe que las superará.

El 8 de mayo de 1974, descubre que tiene mucho trabajo pendiente que lo abruma:

Trabajo creativo suspendido. Cuentos por pasar en limpio, por corregir o por terminar. Obras de teatro que debo mecanografiar para que las publique el INC. Prólogo interrumpido a los poemas de Chariarse. Vano intento de encontrar un tema para el concurso de obras televisables convocado en Lima, con premio de 100,000 soles. En fin, un desastre. Paso las tardes encerrado en casa, fumando y tomando café, pues he decidido privarme hasta del vino, única bebida alcohólica que me permitía desde hace dos años. Apenas escribo cartas y por las mañanas, en la UNESCO, oficios o informes. En realidad, atollado, a la espera de un incierto “segundo aliento”, como decía hace unas semanas. Pasan los días y el aliento no llega. Leo poco, más ensayos e historia que literatura. Veo estúpidos programas de televisión. Converso con mi hijo. Me anquiloso. (Ribeyro 1993: 206)

El ánimo se desequilibra al caer en cuenta de que no podrá cumplir con los compromisos pactados. Lleno de angustia y desaliento busca refugios diversos esperando el retorno de su capacidad de trabajo.

El 1° de julio de 1974 del II diario, hace un recuento de cuatro o cinco novelas inconclusas y reflexiona sobre este recurrente hecho: “El terreno está aún ocupado y si quiero escribir una nueva novela debo empezar por limpiarlo. Lo que significa publicar lo inédito, concluir lo digno de ser concluido, arrojar lo incorregible. Pero esta tarea exige ya una rigurosa disciplina, un sentido de las prioridades y una confianza en el tiempo de los que carezco”.

(Ribeyro 1993: 209). Los avances narrativos en las novelas inconclusas que no prosperan preocupan al escritor que elabora un plan de acción ideal, el cual teme no observar por su falta de disciplina y de orden en la labor creativa. Sabe cuáles son las acciones a tomar, pero no tiene buena disposición y no confía en poder superar la desidia y terminar los trabajos postergados.

En la primera entrada del 11 de mayo de 1975 del III diario, confía a su diario su sorpresa por su fluidez al terminar su conocido cuento “Alienación”:

El incomprendible mecanismo de la creación literaria: durante más de un mes intenté todos los días proseguir mi cuento apenas comenzado “Parábola de Bob”, * sin lograr añadirle una línea, a pesar de mi empeño. Ayer, en que no tenía ganas de hacer nada, cojo el manuscrito, con la intención sólo de releer lo avanzado y, sin proponérmelo ni darme cuenta, lo concluyo. ¿Por qué? Nada estaba previsto ni preparado. La historia me fluyó como dictada, alguien dentro de mí la había estado escribiendo sin consultarme y aprovechó un momento de descuido para hacerla visible.

*“Alienación”. (Ribeyro 1995: 25)

Momento de plenitud e inspiración que lo llena de satisfacción y alegría, ya que no le ocurre con tanta facilidad.

En la tercera entrada del 11 de mayo de 1975, medita sobre su pasión por escribir:

Cuando no estoy frente a mi máquina de escribir me aburro, no sé qué hacer, la vida me parece desperdiciada, el tiempo insoportable. Que lo que haga tenga valor o no es secundario. Lo importante es que escribir es mi manera de ser, que nada reemplazará. Cuando imagino una vida afortunada, millonaria, veo siempre el lugar donde pueda seguir escribiendo. Si no fuera necesario comer, dormir, trabajar, no abandonaría este sitio, donde nada me incomoda, donde gozo del más completo albedrío, donde soy dueño del mundo, de mi mundo, sus fabulaciones, hazañas, torpezas, locuras, el mundo irreal de la creación, al lado del cual no hay nada comparable. (Ribeyro 1995: 26)

Escribir es la razón de su vida, así logra liberarse de lo que logra hacerlo sentir aburrido, hastiado, desadaptado, sin saber cómo ocupar el tiempo.

Cuando Ribeyro escribe en su diario lo hace sin tapujos, así él relata su fastidio al ordenar su escritorio en la entrada del 3 de agosto de 1975:

Nada me agota ni me enerva más que ordenar mi escritorio. Es una tarea que me impongo sólo cada tres o cuatro meses, cuando ya sus cajones no cierran. Esta mañana de domingo los abrí y comencé a sacar los papeles a puñados y los fui tirando sobre la alfombra. Luego empezó el trabajo de clasificar esa montaña. ¿Por dónde empezar? Los grupos se fueron haciendo cada vez más numerosos: cartas de editores, cartas familiares, cartas de oficina, cartas de amigos, de conocidos, de desconocidos y naturalmente las que estaban ya contestadas o sin contestar o contestadas a medias. [...] Y como siempre también, abandono el trabajo a la mitad, metiendo en sus cartapacios lo que he logrado agrupar y regresando todo el resto a los cajones del escritorio, como venga y como caiga, hasta dentro de unos meses. (Ribeyro 1995: 40-1)

Admitiendo su costumbre de no completar un trabajo empezado, anota en su diario que no termina de ordenar el escritorio y que guarda otra vez todo, hasta la siguiente oportunidad.

La costumbre de procrastinar contamina el espíritu del escritor con pereza, inacción, dejadez y abulia, perjudicando sus buenos propósitos.

La inacción y pereza invaden el espíritu del diarista en la entrada del 12 de agosto de 1975:

Desde hace muchos días desánimo para escribir. Paso mis horas libres idiotamente, mirando por el balcón, leyendo un periódico, encendiendo la tele, durmiendo, hojeando un libro ya conocido. Por lo menos media docena de cuentos comenzados esperan el impulso final, lo mismo que varios artículos para diarios. Falta de ganas, de estímulos internos y externos. Mi imaginación sin embargo trabaja, pero no con la suficiente energía como para sentir la necesidad de darle forma a lo pensado. (Ribeyro 1995: 42)

En plena crisis, poseído por el espíritu de la inactividad, no desea escribir, no tiene impulso para hacer nada útil, ni agradable ni molesto. Se justifica afirmando que su imaginación trabaja mientras recobra la energía o la inspiración para retomar su labor literaria.

En la entrada del 9 de diciembre de 1975 se autoexamina y se muestra preocupado por su conducta al reconocer sus fallas:

Yo soy literalmente un “hombre sin cualidades”. En mi vida todo es resta o división, no hay el menor signo positivo. Carezco de voluntad (pues si la tuviera no habría fumado ni bebido durante años para librarme del mal que me mata), de ambición (pues habría aprovechado situaciones privilegiadas para sacar ventaja de ellas), de coraje (pues me habría ido a las guerrillas en 1964), de lealtad (pues debería haber renunciado *públicamente* a mi cargo cuando cayó Velasco), de previsión (pues debería poner orden en mi vida ahora que me estoy yendo de ella y de mujer e hijo). En suma, soy el mal ejemplo, lo que debe descartarse. Lo único que puede redimirme es quizás mi lucidez para juzgar mi situación, mi tenacidad en seguir escribiendo a pesar de obstáculos naturales y accidentales y esa especie de irradiación interior (salud moral, la llamo, a falta de otro término) que me permite pasar sobre mis adversidades cotidianas para seguir viviendo, basado en el principio de que siempre tenemos algo que hacer, por poco que hagamos. (Ribeyro 1995: 54-5)

Decepcionado de sí mismo, no se considera ni ejemplar ni recomendable. A pesar de criticarse duramente, rescata como aspectos positivos la lucidez para analizar sus defectos y flaquezas y el tesón y perseverancia para continuar en la lucha diaria contra la adversidad.

El aburrimiento y el tedio de la vida se manifiestan en la entrada del 25 de noviembre de 1976: “La desolación cotidiana de sentarse frente a la máquina de escribir. Sin ganas de hacer nada. De esto hace ya semanas. Todo me parece estúpido, banal, trillado, sin interés, perecedero. Deseo de hacer otra cosa que lo previsto, de abandonar la ruta para tomar el atajo. Así me conduzca al páramo”. (Ribeyro 1995: 93). La frustración que experimenta al estar totalmente abúlico le hace ver la vida sin sentido, sin valor, debido al hastío que paraliza sus acciones, hace decaer su ánimo y le quita toda energía.

En una entrada de diciembre de 1976, sin fechar, declara estar presente físicamente en un lugar, pero ausente espiritualmente:

Hoy mientras asistía a la inauguración de la Asamblea Ordinaria del Comité Oceanográfico Internacional, en la Unesco, tomé viva conciencia de que estaba completamente ausente del lugar y desinteresado del asunto. Como lo estoy casi siempre en cualquier lugar que me encuentre. En general estoy donde no está mi cuerpo, pero tampoco completamente fuera, digamos con un pie en el plato y otro a su costado. Es como una especie de desfase o de *decolage* entre mis actos y mi

pensamiento. En mí hay una resistencia a asumir completamente la realidad o a responsabilizarme por mi conducta. Prefiero desde el comienzo y por principio establecer una distancia. (Ribeyro 1995: 93-4)

No vive las situaciones rutinarias, ni laborales, otros pensamientos se instalan en su mente y se sitúan creando irrealidades.

En la entrada del 28 de mayo de 1977 se presenta deseoso de escribir, pero no siente inspiración:

Tentativas vanas hoy por reanudar mi autobiografía. Escribí cuatro páginas, pero luego noté que eran inútiles, carecían de todo interés, banalidades. No veo la razón de continuar este libro. No ha tomado punto y en consecuencia es ridículo seguir moviendo la cuchara. Me pregunto entonces qué debo escribir ahora que tengo tiempo y deseos de hacer algo. Nada se perfila dentro de mí. Presiento un largo período de silencio. Antes los he conocido y fueron generalmente fructuosos. Pero era más joven y estaba sano. (Ribeyro 1995: 120)

Esta decisión de no continuar el libro se debe al ánimo decaído que mina su entusiasmo haciéndolo desistir, sin ideas e inactivo. A esta situación la considera esperanzado, como un período de silencio que será fructuoso.

En la entrada del 5 de junio de 1977 revela que en soledad reflexiona al mismo tiempo que sufre: “Atardecer sobre el mar inmóvil. A través de las mamparas del gran bar observo la playa desierta. ¡Qué desperdicio de espacio, de paz y de silencio! Nadie más que yo para apreciarlo. La pena, el dolor, solo. Pero el gozo, sólo compartido”. (Ribeyro 1995: 126).

El escritor vacaciona en Carboneras, playa cercana a Almería, donde visita a su amigo Emilio Rodríguez Larraín, artista establecido temporalmente ahí con su familia. Al contemplar el atardecer sobre el mar desde el hotel disfruta de la soledad y silencio que lo llevan a reflexionar y concluir que estando solo es libre para sufrir y sentir la profunda tristeza de su existencia debido a su enfermedad y a sus frustraciones, pero que en compañía se permite compartir el gozo de vivir por la presencia de sus seres queridos.

En la entrada del 1º de julio de 1977 confiesa cómo espera la llegada de la inspiración:

Desde hace días espero inútilmente el aerolito, el aluvión, como quiera que se llame aquello que irrumpe en nuestro mundo y nos incita a escribir. Pero la verdad es que yo no favorezco esta irrupción, no hago lo suficiente de mi parte para preparar el terreno. Pienso que me llegará al azar de una lectura, de una conversación, pero no dirijo las primeras ni pongo mucha atención en las segundas. Mis lecturas siguen siendo impenitentemente dispersas, sin coherencia ni continuidad y puramente hedonísticas. Salto de un libro a otro, muchas veces sin terminarlo en ese momento. (Ribeyro 1995: 136)

Espera que la inspiración le llegue de manera milagrosa sin hacer ningún esfuerzo de su parte. La inacción, la flojedad y la atonía, en el fondo. Solo encuentra pretextos para postergar la decisión de ponerse a trabajar en su obra.

En la entrada del 18 de julio de 1977 se siente agobiado por la inestabilidad de su estado de ánimo y de su salud:

Este ping-pong entre el bienestar y el malestar, entre el entusiasmo y el abandono, entre la vida y la muerte comienza a parecerme estúpido, subalterno. Una semana de excelente estado, trabajando en mis asuntos, sobre todo en el guión para “Fénix” y de pronto, sin motivo aparente, se me atraca una sopa en la boca, no puedo pasarla y me quedo sin almorzar, deprimido, inquieto, taconeando desesperadamente en el fondo del más sombrío presagio. ¿Quién puede aguantar este vaivén? Ese cuento de Gogol o de Andreiev, o tal vez otro autor ruso, en el cual prometen o mejor dicho amenazan con matar a alguien, pero sin decirle qué día o año. Pasa su vida en el peor de los infiernos. Lo mismo yo. (Ribeyro 1995: 142-3)

La intranquilidad y la inseguridad que experimenta en la vida diaria debido a las sorpresivas crisis de su enfermedad minan su estado de ánimo y lo angustian y deprimen perdiendo el entusiasmo y la energía que necesita para seguir luchando por vivir. En esta misma entrada, después de reflexionar y recordar que debe seguir trabajando reacciona y supera este triste momento con valentía: “Total: afeitarse, poner buena cara, hacerse el disimulado y tratar de mostrarse sereno. No alocarse, sobre todo, ni dejarse impresionar. Todavía creo en la existencia de la zona en la cual nuestra voluntad tiene cierto poder sobre

toda forma de amenaza. Estoy bien, me siento perfectamente, puedo seguir adelante”.

(Ribeyro 1995: 143).

Se muestra bastante retraído en la entrada del 7 de agosto de 1977. Pasa por un período de depresión, busca la soledad y se aísla para vivir en un mundo de encierro, casi escondido:

Qué significación tiene esta vida, me pregunto. Días sin salir de casa, salvo en las mañanas para la oficina. No veo a nadie, no hablo con nadie, no busco a nadie. Mi minúscula casa me abastece de todo lo que necesito. Libros, comida, música... De todos modos, no entiendo por qué me encierro, me escondo. No es sólo cuestión de salud o de dinero. En otros veranos solitarios me encontraba igual o peor que ahora y sin embargo salía a los bulevares, iba a los cines, invitaba a una amiga o un amigo a compartir mi soledad. Ahora ningún interés. Apenas llego de la oficina a mediodía me pongo pijama y clausuro la jornada, en lo que al exterior se refiere. Vivo en un mundo irreal, entre lo que ya no existe, rodeado de fantasmas. Me pregunto si no será el comienzo de alguna forma de locura. No olvidar la predicción de mi amigo Perucho: “Mi amigo Julio enloqueció al anochecer”. (Ribeyro 1995: 151)

El 20 de agosto de 1977, deprimido súbitamente, abre su interioridad:

Escribí dos cartas, salí a comprar algo para la comida, puse una cantata de Bach en el tocadiscos, tomé un vaso de vino, encendí un cigarrillo, me asomé al balcón para ver el atardecer y de pronto sentí caer sobre mí toda la tristeza del mundo. ¿Qué hacía allí, Dios mío, en ese final de sábado, solo, mirando la plaza mutilada, con tan pocas ganas de vivir? ¿Dónde el cálido amor, la jubilosa amistad, el goce duradero? Pronto 48 años y sigo hablando conmigo mismo, dando vueltas en torno de mi efigie doblegada, roído por el orín del tiempo y la desilusión. Helado, seco, hueco, como una lápida olvidada en el más minúsculo cementerio serrano, mi propia lápida. (Ribeyro 1995: 163)

La soledad lo afecta, una tristeza muy profunda ensombrece su existencia y le quita valor a la vida.

Reflexiona sobre su actitud con respecto a su vida literaria en la entrada del 30 de diciembre de 1977:

Me pregunto a veces por qué no terminé las cosas comenzadas y que ahora otros realizan y se presentan como novedad. Esa novela de la cual existen tantos fragmentos y que presenta en forma alusiva o a veces directa la historia de mis amores juveniles. O la novela histórica o inspirada en la historia (*Atusparia*) abandonada hace una docena de años. Incluso *Cambio de guardia*, de haberse publicado en 1966, hubiera merecido otra lectura. Intuí nuevos caminos, pero no tuve el entusiasmo para recorrerlos o la fe o el estímulo. Perdida la ocasión, ya no me queda nada por hacer, que no sea o parezca imitación o influencia. Y mis otros proyectos -policial, ciencia ficción, etc.- correrán la misma suerte, seguirán siendo un borrador, menos, una intuición, cuando ya los otros los hayan realizado. El arte literario, fatalmente, excluye los bosquejos y sólo acepta las realizaciones. (Ribeyro 1995: 185)

Acepta que debido a su costumbre de procrastinar se le pasan las oportunidades de acertar y sorprender a sus lectores con innovaciones. Identificar esta actitud es una invitación permanente para que se active y manifieste el desaliento y pesimismo. La atonía y la astenia invaden el ánimo impidiéndole demostrar su energía, genialidad y vitalidad en su trabajo literario.

Repetidas veces escribe detalladamente los sucesos en el diario y se autoanaliza para superar la tristeza crónica que lo invade y como en un diálogo imaginario con su consciencia, se ordena y recobra la paz y el equilibrio emocional. En otras ocasiones, toma consciencia de su estado anímico y se refugia en su diario para evitar la acción negativa de la soledad, la inacción o el desaliento, buscando salidas o soluciones.

El mundo interior del escritor se altera cuando reflexiona sobre la monotonía de su vida y la carencia de éxitos profesionales. Momentos de debilidad, tristeza, desgano, que le hacen pensar que “hay algo malo en él que lo hace inepto para la felicidad”. (Ribeyro 1992: 32).

El diario es para el escritor un apoyo moral porque al escribir en él recupera fuerzas y se autoalienta, funcionando como un director espiritual que guía sus momentos difíciles de tristeza, soledad y frustración que lo derrumban y lo hacen sentir desesperanzado.

CUARTO CAPÍTULO: EL *ENNUI* EN EL MUNDO EXTERIOR DE JULIO RAMÓN RIBEYRO

En este cuarto capítulo analizo la influencia que ejerce el *ennui* en las relaciones con el mundo exterior descrito en La Tentación del Fracaso. He escogido las entradas más representativas de las situaciones en las que consigna su lucha contra la adversidad, con las penurias económicas, con la frágil salud que pierde dolorosamente, con las incomodidades e incomprensiones producidas por las personas de su entorno, con su tendencia antisocial y su dificultad para relacionarse con los demás, además de considerar las situaciones en las que, abatido hasta el extremo, sufre por carecer de inspiración para su obra literaria debido al desorden y caos que él mismo provoca al sucumbir y entregarse a la vida bohemia y disipada.

El enfoque de este capítulo está dirigido a descubrir la presencia nociva del *ennui* en el encuentro de Ribeyro con el mundo exterior y cómo desalienta y deprime su ánimo minando su fuerza física y espiritual, inundando de tristeza, dudas y pesadumbre su vida personal y su creación artística.

Ribeyro avanza en su carrera de derecho luchando contra su naturaleza de gustos refinados, por la lectura, la música y la creación literaria, pero su tendencia a la vida bohemia lo hace cometer excesos de los que siempre se arrepiente. El 11 de marzo de 1951, en su Primer Diario Limeño:

Estoy asqueado de la bohemia. Ayer me he codeado con la hez de la vida nocturna, he conocido de cerca al hampa de la ciudad. Camilo y yo salimos con cuatrocientos soles y los dilapidamos en un abrir y cerrar de ojos. No es en la carne donde está el absoluto, no en el dinero, ni en los amigos, ni en la alegría, ni en el licor. Tal vez esté en los viajes que aún no he realizado, en el amor que todavía no he conocido, en la gloria que es mi ambición íntima o en Dios, a quien creo haber

perdido. He de probar esos caminos, para ver si al fin puedo hacer algo que no me hastíe y de lo cual no tenga que arrepentirme. Para ello sin embargo es necesario seleccionar mis amistades, ordenar mis hábitos, trabajar con método, creer en el futuro. Tendré que cambiar. Evitaré las traspasadas, ahorraré, seré más amoroso con los míos. La memoria de mi padre será mi estímulo. En ella encontraré fuerzas para enderezar esta vida. (Ribeyro 1992: 20-1)

El autor busca algo grande que llene el vacío que siente dentro de sí, no lo encuentra en placeres, ni en dinero, ni en amigos, ni en la alegría, ni en el licor, intuye que la felicidad no la encontrará por ese camino de perdición que le hastía. Él tiene la voluntad de cambiar y desea poseer el ímpetu para tomar decisiones y cambiar el rumbo de su vida hacia la escritura, pero no actúa y el malestar que obviamente lo aqueja evidencia la enfermedad del alma propia del *ennui*. Alexander Lowen explica este complejo proceso:

La persona deprimida está presa por las barreras inconscientes del “se debería” y “no se debería”, que la aíslan, la limitan y pueden incluso aplastar su espíritu. Mientras vive en esta prisión, la persona devana fantasías de libertad, trama planes para su fuga y sueña un mundo en que la vida será diferente. Estos sueños, como todas las fantasías, le sirven para mantener su espíritu, pero también le impiden confrontar de una manera realista las fuerzas internas que le atan. Antes o después se derrumba la ilusión, el sueño se desvanece, el plan falla y se encuentra cara a cara con la realidad. Cuando esto sucede, el individuo se deprime y se siente desesperado. (Lowen, 21-2)

Ribeyro se traslada a Madrid con mucho entusiasmo y ahí empieza su Diario Madrileño el 24 de Enero de 1955, pero muy pronto se siente desadaptado: “Nuevamente en Madrid. Reencuentro con Alberto Escobar. Impresión provinciana e irrisoria de la ciudad. Añoranza de París. Desadaptación. Ausencia de mis antiguos camaradas del Colegio Guadalupe. Necesidad de construir nuevamente mi vida, de tela de araña. Preocupaciones de dinero. Fetidez de la prensa española. Deseos de escribir”. (Ribeyro 1992: 67). Hace prácticamente una lista de situaciones casi todas incómodas y experimenta un desaliento y desencanto permanentes. Son demasiados factores a los que tiene que sobreponerse para vencer el ánimo enfermizo y lograr escribir.

Descubre su faceta sentimental y deja ver que sufre la nostalgia de un amor que creyó haber encontrado, pero que ahora comprende que se le escurrió de las manos. Este asunto amoroso lo mantiene en una situación de añoranza que le impide abrirse a nuevas experiencias amorosas. En la entrada del 11 de abril de 1955 del Diario Madrileño confiesa:

Es extraño: he notado desde hace algún tiempo que he perdido mi capacidad para enamorarme. En otras circunstancias Silvia, mi simpática vecina de pensión, me hubiera trastornado [sic]. Ahora sin embargo la dejo deambular por las habitaciones, sola y aburrida, mientras encerrado en mi cuarto medito sobre cosas útiles e inútiles, solo también y también aburrido. De vez en cuando echo una ojeada por la ventana y observo su frágil, sugestiva belleza. Luego me curvo sobre mi pupitre y escucho sólo el rumor de sus pasos. Aún le debo ser fiel a C. o la seguridad de contar con su afecto me impide acercarme a otras mujeres. (Ribeyro 1992: 74)

La actitud negativa es fruto del pesimismo que no le permite proponerse buscar la felicidad.

Diagnostica que ha perdido su capacidad para enamorarse. No se permite una nueva oportunidad. Se justifica aduciendo fidelidad a C. y sublimiza la situación.

En la misma entrada, exterioriza un comportamiento algo cínico, contrario a lo que acaba de manifestar. Ahora busca esparcimiento y diversión a cualquier precio⁸: “Mis apetitos sin embargo no han disminuido. La primavera ha comenzado y las mujeres, como especie, continúan siendo una de mis grandes preocupaciones y mis más delicados placeres. Pero sólo busco llegar a ellas por vías expeditivas, evitando las complicaciones del sentimiento”. (Ribeyro 1992: 74). De manera práctica da rienda suelta a la acción tratando de salir del aburrimiento y tedio, pero no busca el amor y la felicidad verdadera, sino el placer que dan las mujeres “como especie”. Se expresa peyorativamente sobre las mujeres de esa condición.

En París inicia el Segundo Diario Parisino el 10 de Julio de 1955:

⁸ Referirse a la cita a Anton Zijdervelt en la pag. 50 de este trabajo. Spacks 19

Me parece mentira: otra vez en 15' rue de la Harpe. La fatiga del viaje y la emoción de la llegada me cortan el aliento. Reencuentro con algunos viejos amigos. ¿Las ciudades nos gustan por sí mismas o por quienes las habitan? Deseos de ponerme inmediatamente a trabajar, de no perder esta vez ni un solo minuto. “Entre Francia y España”, bonito tema para un artículo. No puedo negar el haber sentido al atravesar, quizás por última vez, los roquedales de Castilla, la nostalgia del fugitivo que huye de aquello que ama. (Ribeyro 1992: 91)

Su entusiasmo es intenso. Esta situación de optimismo dura poco, a los ocho días, en la entrada del 18 de Julio de 1955, presenta un sin número de inconvenientes y problemas que desestabilizan su ánimo:

De mi casa me dicen con la mayor naturalidad que no podrán enviarme dinero hasta mi cumpleaños, es decir hasta el 31 del mes próximo... ¿Qué hacer en estos cuarenta días que tengo por delante? Mi proyecto de crónicas regulares para “El Comercio” tendré que aplazarlo. No tengo libros, ni revistas, ni papel, ni dinero para estampillas. Así no se puede trabajar. La única solución que entreveo es el trabajo físico. Le diré a mi amigo Milton Zapata que me consiga una plaza de pintor –de paredes, se entiende– en la construcción donde él esta enrolado. (Ribeyro 1992: 91)

La mala situación económica lo paraliza y se derrumban sus ilusiones y planes. Tiene que aplazar su proyecto de crónicas regulares para “El Comercio”. Estas situaciones externas le causan desesperanza, impotencia y sufrimiento, ya que desea realizar su trabajo literario y tropieza con muchos impedimentos que no se lo permiten y que favorecen su espíritu proclive al desánimo y el hastío. Su opinión respecto al mundo exterior la declara en “Ancestros”: “Siempre he mirado el mundo de una manera implacable y lo he visto tal como es, mezquino, sórdido, deleznable, ridículo y cruel. Si hay algo de poesía en lo que voy a relatar es un añadido de mi memoria, que metamorfosea la realidad y la embellece y fruto también de una educación literaria que formó o deformó mi sensibilidad.” (Ribeyro

1996b: 21). Tal estado anímico lo observa Patricia Meyer Spacks al comentar la opinión de Otto Fenichel⁹:

Even the kind of boredom Fenichel declares pathological, the kind that depends on anxiety and repression and links itself to depression and loneliness, sounds inevitable in his formulation. Given that one has little control over the experience of anxiety or the mechanisms of repression, the sufferer from pathological boredom simply exemplifies a particular form of civilization's discontent. (Spacks 1995: 5)

El 6 de setiembre de 1955 en el Segundo Diario Parisino, está en crisis e imposibilitado para la acción:

Los días pasan sin que me resuelva por nada útil. No escribo, leo poco, paso los días de un lado al otro, buscando un desayuno por acá, una cena por allá. El ver la novela de Paco Pinilla copiada a máquina, lista para el concurso Mejía Baca, me ha producido una viva desazón. No es envidia lo que siento porque quiero a Paco, admiro su talento y he sido el primero en defenderlo y propagarlo. Lo que siento es la humillación de la infecundidad, la ausencia de fuerza creadora. La causa de todo esto es la vacilación permanente en que vivo, la pulverización de mis energías entre diversas sollicitaciones. En este momento, frente a mí, tengo por lo menos diez cuadernos comenzados. En uno está mi novela, en otro algunos cuentos, más allá un estudio sobre Thomas Mann, unos apuntes sobre los diarios íntimos, los “cuadernos de Juan Tontín”, las obras de teatro, etc. (Ribeyro 1992: 94)

La fecundidad de otros escritores le hace ver que su trabajo está paralizado. Tal constatación lo humilla y ahonda la sensación de fracaso.

Ribeyro obtiene una beca de un año en Munich y parte el 6 de noviembre de 1955. Tres días después de su llegada, el 9 de noviembre, abre su Diario Muniqueño, sólo registra la fecha para explicar que no le apetece decir nada más y que se propone vivir hacia el exterior. Recién llegado a Munich, experimenta un ímpetu de trabajo e inspiración inusual sintiendo que ha vuelto a recobrar su perdida vena creadora, el escritor se muestra

⁹ Referencia al ensayo de Otto Fenichel “The Psychology of Boredom” (1934) mencionado en las pgs. 10-11 de este trabajo.

trabajador, entusiasta y empeñoso. Al pasar los días en la entrada del 23 de noviembre de 1955 del Diario Muniquense presiente un inminente desajuste:

Todo confluye para que estas primeras jornadas en Munich resulten provechosas en lo que a mi labor literaria se refiere. Vivo lo suficientemente aislado (Freimann) como para sufrir la visita de personas inoportunas. Mi habitación es grande, cómoda, abrigada. La casa está la mayor parte del día silenciosa. Desde las tres de la tarde, en que regreso del centro, dispongo completamente de mi tiempo. El frío engendra en mi cerebro una saturación de ideas. Sin embargo, llegado el momento, sufro una parálisis de mis recursos intelectuales. Quedo con la pluma en la mano tratando de encontrar un lugar vulnerable en el torbellino de mis solicitudes. En realidad mi espíritu se asemeja a un carrusel al cual debo “subir al vuelo”. Su velocidad me lo impide y de tanto esperar pierdo la paciencia. Esto demuestra hasta qué punto yo no me identifico con mis ideas. (Ribeyro 1992: 106-7)

Con todo a su favor para trabajar, no puede hacer lo que desea, no puede actuar. No atina a pensar ordenadamente y siente que pierde el dominio de su intelecto. Nuevamente cae en la impaciencia, en el hartazgo y el fastidio de no ser dueño de sí mismo, de su voluntad y de sus decisiones. Patricia Meyer Spacks dice sobre el aburrimiento y el deseo: “In its nature, as we have seen before, boredom opposes desire. More precisely than repulsión, the negative form of desire, it constitutes desire’s antithesis, assuring its victim of the utter impossibility of wishing for anything at all. The sufferer from boredom finds it imposible to invest fully in any action, to believe any action worth the effort of involvement”. (Spacks 1995: 259).

A fines del mes de setiembre de 1956 parte rumbo a París con la esperanza de viajar a Bélgica para mejorar en algo su situación económica. Después de una pequeña pausa reinicia la escritura de su diario en la entrada del 7 de octubre de 1956 en su Tercer Diario Parisino resaltando las penurias por las que tiene que pasar, viéndose obligado a aceptar cualquier clase de trabajo para subsistir:

Fatigado por mis dos jornadas de trabajo en la Gare de Payol. Ocho horas diarias llevando bultos de un lugar a otro en una extraña carretilla que los franceses llaman *diable*. Si no fuera por el buen humor de mis camaradas no soportaría este trabajo. Ayer salí de la Gare con dos horas de anticipación, pues estaba a punto de desplomarme de cansancio. Le decía a Eduardo Gutiérrez que lo que más me molesta en este trabajo no es sólo el esfuerzo muscular que exige sino la calificación social y moral que implica. Haber estudiado doce años de colegio, siete de universidad en Lima, uno en la Sorbona, uno en Munich, 21 años de lecturas para terminar haciendo el trabajo de un cargador analfabeto. (Ribeyro 1992: 135)

Esta situación en la que se encuentra lo destroza moralmente. El rechazo y malestar que experimenta tienen que ver con el sentimiento de superioridad basado en su condición de escritor.

Continúa consignando en su diario su dificultad para vivir feliz, intenta ganarse el sustento diario y desea resolver el problema económico, pero un poder más fuerte que su voluntad le impide trabajar. La entrada del 4 de diciembre de 1956 del Tercer Diario Parisino dice:

Por tercera vez consecutiva aplazo mi viaje a la Gare de Payol para reanudar el trabajo. Me despierto con la intención de hacerlo, me visto con entusiasmo, pero al salir a la calle me doy cuenta de que no puedo tomar desayuno, de que no tengo cigarrillos, de que es necesario buscar treinta francos para el metro...en fin, de que la mañana está brumosa y triste. Dando media vuelta regreso a mi habitación y me encierro con la esperanza de poder escribir algo importante. Paso las horas sin hacer nada o escribiendo cartas que no podré despachar. Termino el día agobiado de pereza, de culpa, de una especie de agotamiento moral. Vendo un par de libros en Gibert y me acuesto con un cigarrillo y un café. (Ribeyro 1992: 141)

Deprimido y acongojado, no puede ver claro que está en un callejón sin salida, ya que primero debe procurarse el sustento para después poder tratar de escribir en paz y tranquilidad. El estado de abandono de sí mismo y la inacción que se permite durante horas perdidas agobian su ánimo atrapado por la pereza, el hastío.

En la entrada del 29 de diciembre de 1956 del Tercer Diario Parisino, detalla las actividades de su desorganizada manera de vivir:

Suspendido el diario por falta de lapicero. Hace diez días que vivo en el más profundo desorden de ideas y de sentimientos. Duermo dos o tres veces durante el día. Salgo hacia el atardecer. Veo a Françoise a determinadas horas y luego busco a Carmen. Lo curioso es que ninguna de estas dos mujeres me interesa. Puedo decir más bien que me aburren. Estas entrevistas me agotan desde todo punto de vista y me entristecen. Bebo con regularidad, pero sin exceso. Hace cuatro días que tengo media botella de whisky sobre la mesa y no me decido a tocarla. Esto demuestra que no amo la bebida en sí sino la decoración que la rodea: un bar, amigos, música, azares de la noche. Me encuentro, además, en la imposibilidad de realizar un esfuerzo intelectual serio. Cierta tedio por la lectura, terror por la escritura y una resistencia feroz para emitir una opinión. Lo que siento en el fondo es pereza de razonar. No sé qué hacer. Hace tres años que conocí a C., de quien hoy recibí postal amorosa. Crisis de fin de año. (Ribeyro 1992: 143-4)

El desorden que padece abarca su mundo interior y exterior, por lo tanto cuerpo y alma sufren una descompensación imposible de equilibrar. Actúa motivado por impulsos sin reflexionar que es el aburrimiento lo que lo lleva a vivir una vida sin sentido. Al respecto Patricia Meyer Spacks opina:

Fenichel calls attention to the apparent paradox that one might expect “lack of impulse” to be pleasurable condition. Boredom, however, includes as component the “need for intense mental activity,” a need that in the bored person cannot find gratification by generating its own impulse but seeks “incitements” from the outside world as a means of decreasing tensión. Fenichel concludes, Boredom must be a state of instinctual tensión in which the instinctual aims are repressed but in which the tensión as such is felt, and therefore one turns to the external world for help in the struggle against repression. The person who is bored can be compared to someone who has forgotten a name and inquires about it from others. (Spacks 1995: 4)

La penúltima entrada del Tercer Diario Parisino del 28 de febrero de 1957 está cargada de nostalgia. Reflexiona sobre sus emociones cuando caminó por primera vez por las calles de París:

El sol de esta mañana sobre el boulevard Saint-Germain me trasladó de una sola impulsión a la primavera de 1954. Me sentí joven, lleno de entusiasmo. Esperaba ver a cada momento la figura de M. en la terraza de un café, la silueta de C. surgiendo del metro. Si hubiera entrado a un bar, habría sentido el sabor del vino antiguo, de mis primeros vinos. Ingresé un largo momento a lo que podría llamarse “la esfera de las presencias fantasmagóricas”.

Al llegar a la plaza Odeón mi encantamiento desapareció. Me di cuenta de que mi ropa estaba gastada, mis manos amarillas de nicotina. La decoración cobró su tinte gris habitual. Caminaba por el presente, tres años más tarde, en el mundo de lo tangible. Pesadumbre. (Ribeyro 1992: 149-50)

Todo el encanto del recuerdo provocado por el paisaje se desvanece para dejarlo golpeado por la dura realidad de la pobreza, de su poca fuerza de voluntad y del estéril paso de los años.

El escritor sufre profundamente al considerar el tiempo transcurrido en Europa, lo estima infructuoso, además la soledad lo abruma ahondando su depresión. Entrada del 20 de marzo de 1958 del Diario de Berlín:

Ayer por la noche mi estado de depresión nerviosa alcanzó el paroxismo. Efecto tardío de las cuatro tazas de café bebidas en el almuerzo. A las diez de la noche sentí algo así como la proximidad de la locura. Nadie con quien conversar. Vertiginosa salida hacia los bares. Reflexiones sobre la soledad. ¿Qué hacía yo caminando por las calles de Berlín? En una esquina me aposté en un mostrador para beber una cerveza. Mi expresión debía ser tan atormentada que un hombre que bebía a mi lado me preguntó: “*Warum sind Sie so nervös?*”¹⁰. Y luego me comenzó a hablar, incluso me dio consejos, me entretuvo. Era un obrero. Lo dejé hacer. A la media hora, con el esfuerzo que había hecho para comprenderlo, mi intranquilidad había desaparecido. Salí reconfortado por este pequeño, incompleto pero invaluable contacto humano. Así basta a veces una palabra, un gesto, un mínimo ademán de comprensión para darnos cuenta de que no estamos solos, de que a pesar de todo, el hombre se interesa por el hombre. ¿Hasta qué punto? He allí lo grave. Como dice La Bruyère: “Ninguna persona gana en ser profundizada”. Los amigos que más estimo son aquellos que no conozco completamente, es decir, que no he querido conocer hasta el revés de la figura. La amistad tiene una frontera natural que nunca debíamos sobrepasar: más allá de ella el contacto se convierte en colisión. (Ribeyro 1992: 197-8)

Ribeyro pasa por un estado de ánimo desesperado, de una angustia incontrolable y busca en el licor algún paliativo; un hombre cualquiera, un obrero se empeña en darle consuelo y compañía recibiendo este gesto como un bálsamo para su adolorido espíritu enfermo de soledad y frustraciones. Al escribir en su diario reflexiona sobre la necesidad y la

¹⁰ Traducción libre: ¿Por qué estás tan nervioso?

importancia de interesarnos por el prójimo, ya que la lección dada por el obrero que lo socorre espiritualmente lo lleva a la conclusión de que cualquier hombre que se interese por otro ya es un amigo, sin la necesidad de conocerlo profundamente ni de que sea intelectualmente cultivado.

En las últimas entradas del Diario de Berlín consigna en su diario reflexiones variadas sobre el idioma, la prosperidad y dominación yanqui en la ciudad, la carestía de la vida, las personas como la mujer bella considerada como objeto y el alemán fascista, patrón del hotel y lo insólito de su amor por los pájaros. Dedicó también algunas entradas a reflexionar sobre el arte de escribir en las que confiesa su manera de entender la esencia de un escritor y de cómo este debe tener un equilibrio para expresarse.

En la tercera entrada del mes de julio de 1958 del Segundo Diario Limeño medita sobre su vida y descubre su ánimo apesadumbrado:

Todo trabajo en el cual no tenga que ejercitar mi inteligencia y donde este ejercicio no signifique un enriquecimiento de mi inteligencia es indigno de mí y me entristece.

-- Es triste llegar a los treinta años sin tener un solo enemigo.

-- El día en que pueda liberarme de la mujer, pero no de esta o de aquella sino de la mujer como especie, ese día podré tomar resoluciones verdaderamente irrevocables. Ahora vegeto a la sombra de un gran amor desgraciado, sufro y me pudro el espíritu reinventando recuerdos que no me aportan ningún consuelo o trazando proyectos — miles— que no tengo el coraje de realizar. Indeciso, extraviado entre mi apetito de poder —indispensable para organizar mi vida sentimental— y mi inclinación al ocio — que reclama mi vocación de escritor— parto todas las noches en direcciones opuestas y me desgarró como una hoja de papel. Busco en vano coherencia, la unidad y no sé en torno de qué pasión, de qué vicio, de qué terrible virtud ella terminará por cristalizar. (Ribeyro 1992: 208-9)

No quiere seguir desperdiciando su vida, se siente desubicado, desea librarse de ataduras, tiene el ánimo decaído y el espíritu golpeado por tanto sufrimiento y frustración y como consecuencia sigue perdido, sin rumbo, confía vislumbrar la luz que lo hará triunfar a pesar

de todas las dificultades que su temperamento y las flaquezas de su carácter se lo impiden.

Es por todo este conglomerado de virtudes y de vicios que se le presenta la vida tan difícil de ser gobernada. Al respecto, opina Alexander Lowen:

El poder no nos ha dejado ver la realidad de nuestra existencia. Vemos al mundo como algo sometido a nuestra voluntad y a nuestro esfuerzo consciente, olvidando por completo el hecho de que dependemos de esta tierra para nuestro bienestar y para nuestra existencia, y hemos adoptado la misma actitud respecto a nuestros cuerpos. Miramos el cuerpo como algo sometido a la voluntad y a la mente, olvidando otra vez la realidad de que nuestra voluntad y nuestra mente dependen absolutamente del funcionamiento sano y natural del cuerpo. Cuando estas ilusiones se derrumban, como les pasa a las personas depresivas, la impotencia de la voluntad y la dependencia del cuerpo se tornan realidades evidentes. (Lowen 2010: 215)

En este Segundo Diario Limeño, anota que la vida de excesos ha caído en intensidad y también añora permanentemente el amor de C. La salud se resiente al hacer crisis su úlcera y debe pasar días recluido hasta recuperarse. El 26 de enero de 1959 escribe una dolorosa reflexión relativa a su situación económica, emocional y física:

Probablemente mi úlcera no es sino un expediente creado por mi naturaleza para protestar contra el trabajo y sustraerse a todo tipo de responsabilidad. He observado que me basta acercarme o pasar por mi antigua oficina para sentir un vago malestar que se acentúa para convertirse en angustia y finalmente en el dolor típico del ulceroso. En estas condiciones vivo, desde mi convalecencia, en un estado de pereza forzosa. Hace ya más de un mes que, en medio de la protesta general, vago por todas las habitaciones de la casa, muchas veces en pijama, sin hacer otra cosa que releer los periódicos, hojear mis libros, apuntar pequeñas ideas en mis cuadernos o contemplar el verano y sus productos por encima del muro familiar. Si no hubiera escrito en dos semanas de entusiasmo mi obra de teatro me consideraría maldito entre los malditos. Sea buena o mala, aquella obra me ha devuelto confianza en mi capacidad de trabajo y me ha reconfortado un poco desde el punto de vista moral. Sin embargo, la visión de mis amigos y colegas, tanto de colegio como de universidad y viajes, amigos todos que prosperan, procrean, gastan y se multiplican, me atormenta. No hay uno solo, creo, que se encuentre en peor situación que yo, es decir, sin trabajo, sin renta, sin independencia. Todo esto es inexplicable, dado que pocos han tenido tantas oportunidades como yo. He hecho universidades, he viajado, he aprendido lenguas, pero todo aquello de nada me sirve en la vida práctica. Ni siquiera mi oficio técnico de experto en tricromía y selección

de colores. Todos estos aprendizajes se estorban y se neutralizan. Embarazado de posibilidades vivo en la más lamentable inactividad. (Ribeyro 1992: 217-8)

Convaleciente, descorazonado al percatarse de que él es el único entre sus amigos que no tiene buena situación, que no tiene trabajo ni independencia, experimenta la paradoja de vivir en inactividad en medio de todo tipo de posibilidades. Josefina Aldecoa en su artículo “Convalecencia y creación” escribe:

Convalecencia y creación tienen muchos puntos en común. Al menos en mi caso siempre he sido consciente de la afinidad entre el estado psíquico de mis convalecencias y una situación personal que viene dada por la propia naturaleza del fenómeno literario: hipersensibilidad respecto de las propias sensaciones y sentimientos, desprendimiento de otras preocupaciones habituales y una inmersión profunda en esa zona brumosa en la que habita la memoria. Todo ello teñido de melancolía. La melancolía entendida más como languidez que como tristeza, más como olvido de lo sensorial inmediato que como abatimiento. Más como goce de la soledad que como añoranza de la compañía.

Es decir, si yo tuviera que expresar con una sola palabra la situación personal que me incita a escribir, diría: la melancolía. Por eso creo que el estado de melancolía que produce la convalecencia tiene mucho que ver con la falsa convalecencia en que se sumerge el escritor. (Aldecoa 2001: 26)

En la entrada del 30 de agosto de 1959 del Segundo Diario Limeño, analiza su vida a punto de cumplir treinta años:

Cuando era más joven me decía: “Antes de cumplir los 30 años debo hacer algo importante”. Mañana los cumpla y no he realizado nada que valga la pena. Otros han hecho dinero o se han casado. Yo no he hecho sino gastar el dinero y perder o renunciar a las mujeres (C. se ha casado en Estados Unidos con un médico italiano y Mimí espera en Amberes desde hace mes y medio una importantísima respuesta mía que todos los días aplazo). Todo esto es el precio de una carrera literaria, en este pobre país. ¡Si por lo menos me dieran el premio de teatro! Sería suficiente para justificar todo mi último año de vagancia, de mala noche, de enfermedad y de despilfarro. Con su importe podría también incrementar mi ya escuálido capital y tentar el regreso a Europa. Pero pasan los días y nada, nada, nada. Interrumpido mi relato “Al pie del acantilado”. La casa a punto de alquilarse y no sé dónde iré a vivir. Hay algo que cruje en medio de todo esto, algo que va a derrumbarse. Hace dos noches con Hernando Cortés en un bar sentimos pesar nuestro desánimo y nos dijimos que ya no teníamos juventud. (Ribeyro 1992: 226-7)

Su tendencia al desorden es el principal enemigo que tiene y que lleva como una pesada carga. Sabe en teoría cuál debería ser su actitud, pero la falta de entusiasmo da como resultado un escritor abúlico, apático y desalentado que no toma la decisión de poner manos a la obra y adoptar una posición juiciosa y optimista que desarraigue el *ennui* de dentro de sí.

Viaja a Ayacucho para dirigir el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Huamanga a fines de setiembre de 1959. A estas entradas de su diario se refiere como “Interludio Ayacuchano”, el que se cierra antes de Navidad, el 23 de diciembre del mismo año, fecha en que retorna a Lima. A su llegada a Ayacucho escribe las primeras entradas de su diario recordando con nostalgia sus principales amores: C. y Mimí. En la entrada del 26 de octubre de 1959, se interroga:

¿Por qué esa tendencia a huir o evitar lo que me conviene? Ni entré al Ministerio de Relaciones Exteriores cuando tenía 16 años ni me recibí de abogado, ni hice estudios regulares en Europa —lo que me representaría estar ahora en San Marcos como profesor *full-time*— ni perseveraré en Duplotécnica... Ahora, Huamanga me ofrece la oportunidad de reintegrarme a la comunidad, no solo desde el punto de vista académico. Aquí puedo no solamente trabajar sino ahorrar y aun hasta casarme. Hay una candidata lugareña, bastante bonita, quizás la única de toda la ciudad, afortunada además aunque un poco gris de temperamento, a quien cortejé en un bautizo. Cualquier hombre razonable echaría aquí el ancla. En mis escasos momentos de pragmatismo me digo: “Es la oportunidad”. Pero siempre ese horror a las raíces, esa fobia por el sedentarismo. Sé que dentro de tres meses me iré de esta universidad, gastaré mis mil dólares en viajar a Europa, perderé —una vez más— a esta simpática regnícola. ¿Para qué? Para vagar por el Barrio Latino, sabe Dios en busca de qué amores, de qué escrituras, de qué recuerdos fantasmales. Mimí me espera, es verdad, y los hoteles donde viví con C. Pero, ¿qué significa esto desde el punto de vista positivo? Diríase que busco furiosamente la frustración, el anquilamiento. (Ribeyro 1992: 229-30)

Parece desear y saber que regresará a París a pasear por el Barrio Latino, nuevamente rumbo al agotamiento y al abandono de sí mismo y de sus sueños.

Ribeyro hace una pausa en la escritura del diario en el mes de marzo de 1960 y la reanuda para informar de su calamitosa situación. En la entrada de 5 de mayo de 1960 del Segundo Diario Limeño dice:

Días desarreglados, viviendo en dos casas, amando aquí y allá, estúpidamente, perdiendo la salud en los bares, en las caminatas, pasando entre las charlas de mis amigos —dejar a uno para ver a otro y luego a otro y así...— como una tea que se consume. Todo a causa de la ausencia de convicciones, de maestros espirituales y de un estilo de vida por elegir. Y como ha venido la niebla me ahogo bárbaramente por las noches. (Ribeyro 1992: 236)

El desorden en la vida del escritor se agudiza, deambula cayendo de bar en bar y minando su precaria salud. Sus dudas y equivocadas decisiones, explican su vida sin sentido de trascendencia. Justifica su condición a partir de causas externas e internas.

Confiesa en la entrada del 11 de mayo de 1961 de su II diario, que disfruta beber mientras escribe, como una forma de estímulo, pero el escritor se excede hasta terminar ebrio.

Concluye que esta situación es muy común entre los escritores y curiosamente se justifica aduciendo que: “La bebida me es necesaria durante el acto, no sólo porque aumenta mi inventiva gramatical, sino porque suprime la fatiga, o mejor dicho, la va guardando para más tarde. Además no creo que beber sea una rareza entre los escritores. Creo que es la ley, por el contrario (Flaubert, Faulkner, Hemingway, Steinbeck, Beckett, etc.)”. (Ribeyro 1993: 24)

Disfruta de una buena época, tiene trabajo bien remunerado y la vida le sonrío en muchos aspectos, pero a pesar de ello en la entrada del 8 de julio de 1961 revela lo siguiente:

He creado todas las condiciones para llevar, provisionalmente, una vida soportable. Sin embargo, me aburro, me canso y, secretamente, sufro. No sé qué cosa espero. Quizás, como dice René, soy de aquellos que no pueden vivir sin un “pozo de angustia.

Más tarde

De pronto el luminoso domingo se oscureció y mi cuarto se llenó de esas sombras espesas, de esa densidad de penumbra que sólo he visto — ¿por qué sólo allí?, qué extraña asociación— en las horas de tempestad serrana en las viejas casas de hacienda hundidas bajo el aguacero. ¡Qué poderosa nostalgia, qué ansiedad por revivir mi niñez! Caserones de Tarma o de Tulpo, hacinados de muebles antiguos, como mi cuarto de ahora. (Ribeyro 1993: 25)

Parece no darse permiso para ser feliz, esta milagrosa bonanza lo asusta, su físico frágil y enfermizo lo hace sentir cansado y sin la energía para vivir alegre y agradecido con la oportunidad que debe aprovechar. La suma de estos factores, incluyendo las variaciones del clima, influye en su temperamento sensible, envolviéndolo de nostalgia y tristeza al oscurecerse el día.

Ribeyro es usualmente muy parco al describir a sus amigos en su diario, pero en el II diario en la entrada del 9 de noviembre de 1961 hace un agradecido y sentido homenaje a sus más cercanos amigos:

En estos días de enfermedad (hemorragia):
 Jacqueline me obsequió huevos frescos
 Alida me preparó un flan de chocolate
 Coco Meneses me trajo leche
 Pablo Macera me cocinó el pollo
 Yolanda Macera lavó la vajilla
 René Rodríguez me conversó por la noche
 Mario Vargas Llosa me relató su viaje a Brujas
 Pablo Paredes me devolvió una camisa negra
 El agrónomo González me regaló su silencio
 y los pintores Quintanilla y Orellana tocaron y cantaron huainos de Cusco y Jauja.
 ¿Puedo quejarme acaso de la amistad? (Ribeyro 1993: 38)

La continuidad de las noches de vida disipada y bohemia hace mella en la frágil constitución física del escritor, quien cayendo enfermo, es atendido por sus amigos más cercanos.

En la entrada del 7 de junio de 1964, declara que vive cerca del cementerio de Père

Lachaise y que antojadizamente se encamina a recorrerlo:

Deslumbrado. Un portero me entrega por un franco un planito y me señala con el dedo las tumbas de Balzac, Molière, Chopin, Edith Piaf, etc. Al poco rato renuncio a buscar las sepulturas ilustres y prefiero perderme por los caminitos estrechos que bordean los mausoleos. Paz. Descubro a una vieja sentada en una tumba, tejiendo. Leo inscripciones: “Acuérdate que eres polvo y en polvo te convertirás”. [...] En la tumba de Edith Piaf, que encuentro al azar, no hay nadie. Un moscardón me pica en el cuello. El cielo se nubla y silban los árboles agitados por el viento. Senderos y tumbas. Me extravió. Me aburro entre tanto cadáver. Salgo al fin, tranquilo, pero con la saliva espesa, la boca llena de un sabor a muerto. (Ribeyro 1993: 76)

Inicia este paseo por un impulso de curiosidad, quedando deslumbrado con la primera impresión. Es extraño que disfrute el caminar entre las tumbas y que le produzca un sentimiento de paz, además el silencio sepulcral del lugar contribuye a que lo perciba así, comprensible en un temperamento sombrío como el suyo. Conforme avanza en su recorrido va tomando conciencia de la realidad y del significado de cada leyenda alusiva a la muerte. Es al llegar a la tumba de Edith Piaf que se percata de la interminable soledad de los muertos. Sale tranquilo, pero eso no impide que reconozca el malestar orgánico que le ha causado la caminata.

Anota en su diario sólo una entrada en el mes de Agosto de 1964, sin fechar, y otra semejante en setiembre de 1964 en la que expone de manera humorística observaciones sobre sí mismo que realmente le causan pánico:

Esta mañana en la peluquería, mientras el marica se ocupaba en encontrar las leyes que rigen mi peinado, me di cuenta de que ya no era tan joven. Este espejo no podía mentir. Ojeras verdaderamente siniestras. Mi expresión me asustó. Los 35 años cumplidos hace poco estaban allí, innegables. Época de madurez. Y sin embargo, sin espejos, me siento aún inmaduro. Pienso que estoy justamente en la mitad de mi vida. Tal vez esto sea sólo una coartada de mi subconsciencia, una defensa ante el sentimiento envolvente del fracaso. ¿Cuándo escribiré un gran libro? Antes decía: a los 30 años. Ahora pienso que tal vez mi salvación esté en la década de los cuarenta. Si en ella no me realizo como escritor —al menos como eso, pues en los demás terrenos no tengo esperanzas— creo sinceramente que me pegaré un tiro. (Ribeyro 1993: 78)

Él mismo se pone un ultimátum si no se realiza como escritor, porque piensa que de lo contrario no valdría la pena vivir. Pensar en el suicidio es característico de almas melancólicas.

En el mes de noviembre de 1964, también sin fechar, habla de haber presentado su novela Los Geniecillos Dominicales al concurso del diario Expreso, lo cual le causa un extraño vacío e intranquilidad al desconocer la suerte que esta corra. Informa estar trabajando en una pieza teatral sobre Oblitas Paz y de su costumbre de deambular por las librerías de París en su interminable búsqueda de libros que contengan los secretos de los grandes escritores para su propio perfeccionamiento.

Entre sus variadas reflexiones, literarias, históricas o políticas también redacta una muy sentida sobre las enseñanzas del dolor físico y sus efectos filosóficos y morales, en una entrada del mes de diciembre de 1965 sin fechar:

Hay días en que lo único que pido es que por amor de Dios no me vaya a doler la úlcera. Ya no pido encontrar buenas noticias en los diarios o en las cartas que recibo o poder escribir algo honorable, ni siquiera recibir dinero de algún lugar, sólo que se me ahorre ese dolor tenaz, renovado, artero, que en el metro, en la oficina, en casa o en la calle con amigos me demacra en pocos segundos y me deprime moralmente hasta la misantropía. Ese dolor, sin embargo, me autoriza a meditar un vez más sobre las enseñanzas del dolor físico y sus efectos filosóficos y morales. El dolor físico es el gran regulador de nuestras pasiones y ambiciones. Su presencia neutraliza de inmediato todo otro deseo que no sea la desaparición del dolor. Esa vida que recusamos porque nos parece chata, injusta, mediocre o absurda cobra de inmediato un valor inapreciable: la aceptamos en bloque, con todos sus defectos, con tal de que se nos dé sin su forma de vileza más baja que es el dolor. Porque éste nos recuerda nuestra más miserable condición animal: la del perro atropellado, la de la res en manos del matarife. Sólo cuando se va el dolor nos volvemos exigentes y empezamos a encontrarle peros a la vida. Pero el dolor regresa. (Ribeyro 1993: 100)

El tema del dolor es uno del que Ribeyro puede tocar con mucha autoridad debido a su experiencia personal.

En las anotaciones sin fechar del diario, correspondientes al año 1965, está registrada una curiosa y reveladora entrada que delata su preocupación por cómo es visto por los demás:

Hay días extraños en los que, no sé por qué motivo, la gente me mira. Hoy, por ejemplo, en el metro, en el café, en el jardín del Palais Royal, me bastó penetrar dentro del campo visual de una persona, fuera hombre, mujer, niño, viejo, para ser observado. Como no soy guapo, debo pensar que soy horriblemente feo. Pero esto tampoco es cierto. En el espejo del café traté de mirarme objetivamente y me pareció notar que —hoy día— tenía una expresión anormal, atormentada tal vez o más bien inquietante. Sobre todo lo que me sorprende es que, cuando esto sucede, doy la impresión de no estar “donde debería estar”. En el metro, para poner un caso, que uso todos los días maquinalmente, descubro a veces miradas que se resisten un poco a asimilar mi presencia. No son miradas hostiles, pero sí un poco asombradas. Y sin embargo, visto con discreción, siempre de gris, de modo que no cabe explicar el fenómeno de alguna extravagancia vestimentaria. En el fondo creo que todo esto se debe a que, a veces, doy la impresión de extremada fragilidad. (Ribeyro 1993: 106-7)

Siempre le gustó pasar inadvertido y al percibir que es observado se inquieta e incomoda.

Las miradas son como un espejo que le devuelve la imagen de su apariencia frágil.

En la entrada del diario del 1º de abril de 1966 se descubre muy nostálgico escuchando música de Louis Armstrong, los Saint Louis Blues que lo hacen evocar los últimos diez años de su juventud:

Viviendo hace tres años al lado del cementerio de Père Lachaise, me digo que la verdad esencial de mi vida es que ahora me encuentro aquí, pero que dentro de diez, veinte o treinta años, tenga que estar al otro lado del muro. ¿Por qué? Porque, como vulgarmente se dice, “nadie quiere hacerse del muerto”. Enojosa presencia, por consiguiente el exilio de la ciudad de los vivos. Todo esto, claro está, porque escucho *Saint Louis Blues* tocado por Louis Armstrong (versión de 1954, en homenaje a Handy) y es como desenrollar las bobinas de mis últimos diez años de juventud. Escuchado en París, Amberes, Berlín, Lima, Ayacucho, Chosica, nuevamente París. Cada surco, cada gemido de la trompeta hace surgir vaharadas de recuerdos, de viejas ilusiones, episodios en tropel, impertinentes casi, que exigen el derecho de ser pasados en revista. “Baraja de cartas postales sentimentales y grises” dignas de ser echadas a una fosa, donde ni un sepulturero borracho querrá recogerlas. Hoy acá, mañana allá. El hoy y el mañana convergen cada vez más hacia el solsticio del cual el tiempo está excluido. Y entretanto, el tiempo que nos habita, acelera, fatigado ya de durar, pidiendo el retorno al manantial. (Ribeyro 1993: 114-5)

El hecho de habitar cerca del cementerio lo hace proclive a reflexionar sobre el paso de los años, la realidad y proximidad de la muerte, la fugacidad de la vida.

La primera entrada que registra en su diario el año 1967 es la del mes de febrero, sin fechar.

Pone al descubierto su ánimo abatido al identificar sus carencias:

Hasta ahora me considero como un hombre que ha sido aplazado en todas las pruebas de la vida. Me acerco a los 40 años sin gloria, sin dinero, sin salud, sin influencia, sin tranquilidad, sin perspectivas. Pasar revista a mis compañeros de estudios me empavorece. [...] ¿Qué hago lejos de mi país, en una ciudad donde tengo sólo dos o tres amigos, obligando a mi mujer a una vida de encierro, en dos piezas con goteras y cucarachas, desempeñando un trabajo mecánico y subalterno? ¿Quién me ha exilado y por qué? ¿Qué busco? ¿Qué aguardo? Me sorprende a veces que pueda sobrellevar esta vida sin caer en la depresión o sin pegarme un tiro. (Ribeyro 1993: 123)

En medio de una vida sin éxito, culpable por haberse rezagado, experimenta el dolor moral del fracaso. Las interrogantes apuntan a las causas que han originado esta situación. La respuesta está en su propio diario.

En la entrada del mes de julio de 1968, sin fechar, toca temas personales, profesionales y familiares:

Las condiciones en que trabajo (sentarse ante la máquina de escribir lo que deseo) son inhumanas. Antes era encontrar las horas necesarias en el día. Ahora son a la semana, a veces al mes. [...] Ahora para poder escribir (Alida fue a almorzar a la casa de C.G.) tuve que encargarme del bebe desde las doce del día: almuerzo, paseo a un jardín, juego, baño, comida, nuevamente juego y luego 45 minutos, exactamente por reloj, 45 minutos de mecida en mis brazos, ya cansados para que se duerma. Y cuando al fin puedo venir a mi mesa lo hago agotado, casi contra mi voluntad, sin ningún entusiasmo, lleno de cólera, de desasosiego. Si a esto se añade el trabajo en la AFP, las deudas, la angustia de no tener ninguna posibilidad de regresar al Perú (a mi casita de Miraflores, que tanto extraño) me siento desgraciado, sí, chancado, pisoteado. ¿Es esto una excusa? ¿Estoy tratando de justificar algún fracaso? Nada de eso. Mi fracaso, si ocurre, se debe también a otros factores. Pero apunto uno, objetivamente. (Ribeyro 1993: 135-6)

Todo confluye para hacer más dificultoso su trabajo literario. Cierra esta protesta mencionando la presencia objetiva de un factor como el de sus tareas domésticas que lo alejan de su trabajo como escritor.

En el II diario en la entrada del 24 de agosto de 1968, piensa en su vida bohemia y su vida matrimonial durante una temporada en que Alida ha viajado:

La soledad me descarría, me corrompe. El bohemio que hay en mí y que coexiste con este otro hombre en tantas cosas incorruptible, sale de bambalinas y ocupa la escena. Trasnocadas, bebederas sin medida, una desesperada búsqueda de aventuras, todo alternado con la escritura, es cierto, pero una escritura discontinua y de resultados aleatorios. En este sentido el matrimonio y la compañía de A. han sido para mí un seguro de vida. Mi actividad literaria se ha reducido desde entonces y en épocas se ha vuelto nula, pero mis inclinaciones al desorden han sido frenadas, mi autodestrucción contenida y mi frenética inmersión en el mundo, en la vida, recuperada hacia mi vida doméstica, hogareña y paradigmática. (Ribeyro 1993: 136)

Detalles alrededor de cambios en su vida y costumbres debido a su matrimonio, permiten aclarar porqué sus anotaciones en el diario escasean y su actividad literaria se reduce.

En la entrada del 31 de octubre de 1969 da cuenta del fastidio y el aburrimiento por el que está pasando:

Días feos, antipáticos, agripado (la tercera gripe en cinco meses), con cólicos, mi derrame sinovial (¿) en la muñeca izquierda, horriblemente pelucón, (seis meses sin ir al peluquero), gastando plata en libros que no leeré, en copetines para matar el tiempo, pensando en mi mujer, en mi hijo, detestando escribir hasta cartas, renegando de lo que he hecho, renunciando a lo que debo hacer, horas íntegras en un sillón mirándome el pulgar, pensando en algo impreciso o quimérico (en qué ciudad me compraría una casa si gano la lotería), odiando la oficina, descontento, aburrido, o para resumirlo en una palabra, amolado. (Ribeyro 1993: 152)

Es totalmente consciente de que no hace ningún intento por poner manos a la obra, confesándose totalmente abúlico y hastiado, sin voluntad para la acción.

Hay otro largo silencio en el diario desde noviembre de 1969 hasta reiniciarlo el 4 de abril de 1970, para presentar el caos en el que se encuentra:

Revisando mis papeles en esta mañana de primavera tardía. Certidumbre de que si quiero proseguir mi carrera literaria sin caer en un período de receso o quizás de clausura tengo que darle forma a lo informe. Miles de hojas dobladas, tarjadas, mezcladas. Su lectura atenta exigiría meses de trabajo. Y su selección y copia en limpio uno, dos años. Hasta ahora sólo he logrado recopiar una cincuentena de páginas de notas, bajo el título de *Prosas apátridas*. Pero quedan centenares de notas más, y de páginas de diario, y de cuentos y de artículos. Nunca sé a qué darle prioridad. Y todo se va enmohecendo. Gran error no haber publicado *Cambio de guardia* cuando la terminé hace ya cuatro años. Me vería más libre ahora para emprender otras cosas. De todos modos, este año sólo quisiera hacer tres tareas: pasar en limpio mi veintena de cuentos inéditos, hacer una nueva copia al día de la novela y añadir a *Prosas apátridas* cincuenta páginas más. Con eso me sentiría satisfecho y probablemente optimista. (Ribeyro 1993: 159)

Estas revelaciones permiten apreciar que está consciente del retraso en su trabajo literario debido a la indolencia con que deja siempre inconclusos sus escritos. Aunque, al mismo tiempo, señala la enorme cantidad de páginas escritas sobre diversos temas. Aparece, una vez más, la recurrente costumbre de posponer el trabajo pendiente y reemplazarlo por nuevos planes y proyectos que tampoco cumple.

Después de una larga pausa de más de un año, registra la primera entrada del mes de mayo, sin fechar, en 1971:

Los árboles de la Plaza Falguière han reverdecido, una vez más. Sólo ahora, asomado al balcón, lo noto. Bella tarde de primavera, pero alicaído, tristón, con un poco de temperatura, en bata, sin ganas de salir. Bebí un poco de whisky aguado para reconfortarme, no me hizo efecto. Mujer e hijo en España (al acabar de escribir la última línea suena el teléfono y es mi mujer que llama de España: telepatía flagrante). Languidez, ni siquiera me atrae la perspectiva de ir a un café para sentarme en la terraza y ver los frutos de la estación, pequeños *shorts*, largas piernas. Será tal vez por lo que pensaba anoche, la rápida iluminación de una novela por escribir cuyo armazón vi y luego desarrollé. Algo más bien deprimente que apuntaré otro día, pues todo anda aún en mi cabeza, abandonado a su propia germinación. (Ribeyro 1993: 165)

Está pasando por otra época de crisis. La ausencia de su familia lo afecta profundamente, porque la soledad lo deprime anulando en él toda iniciativa o entusiasmo ya sea para el trabajo o para la diversión. La elaboración de un proyecto para una nueva novela va también teñida de pesimismo y postergación.

En el año 1971 escribe poco en el diario y en la entrada del mes de agosto, sin fechar, consigna que está en Lima.

Otra larga pausa de ocho meses y nuevamente en París, en la entrada del 23 de abril de 1972, cuenta importantes cambios en su vida: ha sido nombrado Agregado Cultural en París y Delegado adjunto ante la UNESCO, lo que le permite acceder al Comité Especial del Consejo Ejecutivo de esa institución, alternando con eminencias de todas partes del mundo. Esta posición alcanzada no lo llena de orgullo ni de satisfacción. Su actitud es bastante desabrida:

En mi caso, solo, librado a mis propias luces, tengo que coger las cosas al vuelo e improvisar. Todo en realidad es una farsa. Aquí más que en otra parte. Y por lo mismo no saco de esto ni partido ni gloria. Me aburro. Añoro estar en otro lugar. Un cuartito de hotel. Un pueblo perdido del Perú donde sea maestro. Una playa. No tengo nada que ver con estos señores, por brillantes que sean. Soy opaco a su brillo. (Ribeyro 1993: 169-70)

El clima influye en su ánimo y el hecho de pasar ese invierno en Europa, hospitalizado, víctima de una dolorosa enfermedad, ciertamente lo afecta. En la entrada del 21 de marzo de 1973, anota:

En vano espío por la ventana, en este primer día de primavera, la eclosión de las primeras hojas en los árboles de la Place Falguière. El frío de los últimos días ha retrasado el proceso. Pero no será por mucho tiempo pues bajo las ramas secas la savia bulle y al primer descuido brotarán los sarmientos. [...]. Entre mi conciencia y la realidad ha surgido una pantalla que me aleja de los objetos, los petrifica y los enfría. Y esta pantalla no puede ser otra que mi cuerpo enfermo, convaleciente, sometido a un régimen que ha alterado sus costumbres y sus hábitos, al punto que

podría hablar de muda o de castración psicológica. Privado de cigarrillo, de alcohol, de condimentos, vivo en una especie de letargia, que me impide un contacto intenso y lúcido con el mundo. Estos estimulantes eran mi manera de insertarme en él. Su carencia me aparta de la vida o más bien me da de ésta una imagen que yo no reconozco. (Ribeyro 1993: 178-9)

Percibe un desdoblamiento de su espíritu y de su cuerpo que lo alejan del mundo, ya que la disciplina que tendrá que observar para su recuperación lo priva de todos los placeres dañinos con los que él mismo minó su salud. El alcohol y el tabaco, estimulantes de los que abusó eran un paliativo para su ánimo decaído, siempre tendiente a la depresión y a la tristeza.

En la entrada del 6 de junio de 1973, al tener que someterse a una segunda operación, está desconcertado y abatido porque creyó que estaba recuperando su salud:

Sé que esta nueva prueba será tan terrible como la primera, pero confío en que saldré adelante, por un puro esfuerzo de mi voluntad. Por no dejarle a mi mujer y a mi hijo otra cosa que deudas y porque ya es tiempo realmente de que escriba lo que debo escribir. A pesar de mi tenaz optimismo, me siento a veces enervado, inquieto porque sé que mis próximas semanas de sufrimiento repercuten en mi contorno. Mi mujer se adelgaza, mi hijo se traumatiza con estadas en el hospital, mi madre sigue invocando a sus dioses y su fe vacila, todo ello por culpa mía, por esta naturaleza indócil que cometió el error de abrirle un día las puertas a la enfermedad. Y sabemos que esta, como toda desgracia, cuando entra se instala y no queda sino expulsarla, con todos los recursos que tenemos a nuestro alcance. (Ribeyro 1993: 184-5)

Es sorprendente la disposición de ánimo con que afronta esta situación. Con valentía, lucidez y un sentido de responsabilidad admirable se propone enfrentar la enfermedad.

En la entrada del 15 de setiembre de 1973 proporciona detalles de su verdadero estado de salud y de ánimo:

Qué pocas fuerzas tengo y qué poco ánimo para hacer algo por Chile y mis amigos chilenos ahora presos, prófugos o fusilados. Un año atrás, sólo uno, ya habría corrido a la Embajada de Chile para ver en qué podía ayudar, ya hubiera entrado en contacto con escritores para redactar y difundir el sempiterno manifiesto

de repudio tan banal pero a veces tan eficaz. Ahora, encerrado en casa, sólo utilizo el teléfono para entablar algunos contactos, aportar enmiendas al manifiesto, dar nombres y direcciones de posibles firmantes. Eso es todo. (Ribeyro 1993:187)

Disminuido físicamente y sin fuerzas para ayudar a sus amigos en Chile que pasan por la difícil situación política del momento, se duele profundamente por no poder actuar de manera más amplia demostrando su solidaridad.

En la entrada del 21 de marzo de 1974, en el cuarto apartado, el escritor identifica el decaimiento por el que atraviesa, como depresión:

Quinto día consecutivo de lluvia. Depresión. Incapaz de liberarme de la influencia del clima e invocar como Pascal “el buen tiempo interior”. Pobre plaza Falguière encharcada, pobres árboles secos aún, a pesar de que hoy empieza la primavera. Y pobre de mí, sin ganas de hacer nada, ni leer, ni escribir, apenas garabatos coloreados en un cuaderno de dibujo. Ciclo de marasmo, tal vez, después de intensos días de creación, ya pasados y olvidados. (Ribeyro 1993: 202)

Se compadece de sí mismo por la astenia y postración que experimenta intentando creer que su estado anímico abatido se debe a un agotamiento que sigue a un ciclo de intensa creación literaria.

En el II diario descubre algunos secretos de su personalidad en la entrada del 10 de julio de 1974:

Me pregunto si un hombre, hecho como yo para el tormento, podría sobrevivir en un escenario como este, donde solo cabe el regalo, el reposo y el placer. He hojeado en la biblioteca preciosos libros de arte, he dado un paseo matinal por la huerta, he respirado el aire tonificante de la colina, he tomado un café delicioso cerca de mediodía, he fumado varios cigarrillos tendido en una hamaca, me he zambullido en la piscina. Y ya siento caer sobre mí esa especie de ansiedad, de fastidio, el traje mojado del aburrimiento. ¿Qué añoro, en suma? No creo que el bullicio de la Place Falguière, ni mis dolencias, ni mis preocupaciones de oficina. Busco quizás cierto riesgo, cierta incertidumbre, sin los que la vida me parece insulsa. Y aquello solo pueden dármelo las grandes ciudades, porque mi espíritu necesita del movimiento, de la metamorfosis, para funcionar, no del tiempo detenido ni del espacio inerte. Puedo sacar de mí muchas cosas, pero siempre gracias a la presión exterior, que aquí no existe. Aquí sopla un aire virginal,

arcádico, que me condenan a la contemplación, a una especie de sabiduría silenciosa. (Ribeyro 1993: 211)

Concluye que su sitio para vivir es una gran ciudad, con su propio bullicio, incluyendo lo cotidiano lleno de incertidumbre por sus propias dolencias y por el peso de las preocupaciones de toda índole que lleva a cuestras. Este es el tipo de influencia externa que necesita.

En la entrada del 31 de agosto de 1974 reporta cómo pasa su cumpleaños, solitario y triste:

Un cumpleaños más. Anoche, sin ganas de salir ni de hacer nada, lo recibí en la cama, leyendo un libro sobre los Borgia y comiendo un *hot-dog* que yo mismo me preparé. [...] Decidí ir a almorzar a casa del Cónsul, donde se homenajeaba a un amigo y donde apenas comí y me aburrí espantosamente. Ahora nuevamente en casa, atardece y no haré tampoco nada, no quiero festejos ni regalos. Xavier Domingo me había ofrecido venir a casa para cocinar un conejo con mostaza, pero decliné su oferta. Me gusta pasar mis cumpleaños completamente solo, sin otra compañía ahora que mi gato. Ya bastante ha sido haber recibido carta de mamá —la única— y llamada telefónica esta mañana de mi mujer, desde Capri. ¿Qué más? (Ribeyro 1993: 217-8)

De esta forma facilita la acción de la soledad en su ánimo, ya que la añoranza de sus seres queridos le provoca una tristeza muy honda.

El 31 de octubre de 1974, se dirige en vocativo a la Place Falguière, humanizándola:

Pobre Place Falguière, ni te veo ya cuando te miro, fatigado como estoy ahora, la mente ganada por estériles ocupaciones —ponencias que presentar, informes que redactar, proyectos que defender, etc. —, la vista incapaz de hacer el menor esfuerzo de aprehensión y la sensibilidad mellada por la rutina. Pero sé que tus árboles han perdido sus hojas, que continúan demoliendo tus viejas casas y que este invierno, con la primera nevada, cuando en fin, en un momento de lucidez, pueda observarte, advertiré la fealdad que te ha venido y tu insoportable tristeza. (Ribeyro 1993: 222-3)

Alude a sí mismo comparándose con el desamparo de la plaza.

El 16 de enero de 1975 (3 de la tarde), el escritor anota que se ha enterado que su mal es el cáncer:

Debo recordar esta fecha: hoy me enteré de que fue de *cáncer* de lo que me operaron dos veces en 1973. [...] Desde hoy todo cambia para mí, pues el malestar que he sentido en los últimos meses —hematuria, náuseas, acidez, bilis— se inscribe en la más sombría de las perspectivas: la reaparición de este mal y probablemente en varios lugares. Así, pues, más fregado de lo que suponía, condenado en verdad. ¿Qué hacer? Supongo que nada, al menos por ahora. Será cuestión de pensar en estos días si, ante esta nueva situación, cabe adoptar una línea de conducta, más acorde con quien sabe ya que la fiesta va a terminar y que es necesario prepararse para abandonar dignamente la escena. (Ribeyro 1995: 13)

Enfrenta una realidad que lo entristece y lo deja sin la esperanza de recobrar la salud. Solo queda prepararse y cambiar de actitud frente a la vida que le será arrebatada por la enfermedad.

El 21 de abril de 1975, describe desgarradoramente su desadaptación con el entorno paseando en un día primaveral por el Barrio Latino en París:

Interrumpí mi paseo en el Barrio Latino porque no me sentí a la altura de este espléndido día de primavera. Entre él y yo no había diálogo posible. Demasiado luminoso para mi abatimiento, demasiado deportivo para mi elegancia, demasiado tentador para mi cansancio, demasiado juvenil para mi cuarentena. Digamos más bien que el día me cerró todas sus puertas y no pude introducirme en él por ningún intersticio. De este modo, refugiado en casa, sin otra alternativa que mirarlo de cuando en cuando por la ventana, mientras prosigo la historia de Bob. (Ribeyro 1995: 18)

Se siente incompatible con el mundo en que vive, su naturaleza tan susceptible al clima no hace concierto con la esplendorosa luz del sol, ni el esperanzador mensaje del que es portadora la primavera logran hacer renacer en él, cansado y enfermo, la ilusión de vivir. Sabiamente se refugia en la escritura de un cuento que desea terminar. Ricardo González Vigil acertadamente comenta:

Los lectores de *Prosas apátridas*, *La Caza sutil*, *Dichos de Luder* y *La tentación del fracaso* volvemos a constatar que Ribeyro poseía dos facetas como escritor: la del fabulador, capaz de retratar la vida con gran sutileza en sus cuentos y en los mejores momentos de sus novelas y piezas teatrales; un formidable testigo de la condición humana. A esa faceta sumaba la del hombre reflexivo, en continua actitud sapiencial que se entrega a la escritura como una búsqueda de la verdad, de

la sabiduría; agudo e hipercrítico, implacable autocrítico hasta padecer la “tentación del fracaso”, gusta de la Filosofía (tomo I, p. 76) y admite haber acariciado, entre sus proyectos juveniles, el de fundar “en el Perú la crítica literaria” (tomo I, p. 127). (González Vigil 2008: 117)

En el III diario, en la entrada del 7 de mayo de 1975 el clima lluvioso hace decaer su ánimo:

Anoche cena en un restorán carísimo con Jorge Eduardo Eielson y esta mañana no me levanté porque la lluvia que comenzó ayer continúa y ya son las siete de la noche y no tiene trazas de acabar nunca. Día horrible que pasé casi todo en cama, leyendo periódicos, revistas, mirando por momentos programas para niños en la TV y meditando sobre la enfermedad del *cangrejo*, que luego de una pausa prosigue su trabajo tenaz, implacable, sin encontrar en mí más que indiferencia, una falta total de ganas de ir donde el médico. ¿Para qué? Comprobará lo que sucede y ordenará los insoportables exámenes, radios, biopsias, tubos que a uno le meten por la boca, y decidirá tal vez una nueva operación, si cree que aún vale la pena, lo que aparte de endeudarme aún más, me hará bajar otros diez kilos y prolongará un tiempo más una vida que no me interesa vivir. (Ribeyro 1995: 23-4)

La abulia invade a Ribeyro, deprimido por la enfermedad y el tiempo lluvioso.

Revela su tendencia a la soledad y a reflexionar en la segunda entrada del 11 de mayo de 1975:

Sigo soñando con mi departamento con vista al mar, al mar de mi infancia, pero me pregunto si no seré poblado, acosado por imprevistas presencias, reales o imaginarias, que me impidan estar dentro de mí, como ahora lo estoy. Y entonces ¿qué hacer? Pues el retorno a Lima sería sin boleto de vuelta. Es posible, claro, que luego de tanteos y ensayos logre recrear allá el clima propicio a mi manera de ser. Pero ello costará meses, quizás años de esfuerzos y yo no puedo girar ni un solo cheque sobre el porvenir. (Ribeyro 1995: 25-6)

La añoranza por volver a su tierra natal no se presenta con frecuencia, pero sí es muy auténtica cuando se manifiesta. Es la esperanza de renovarse cambiando de ambiente.

Registra un momento de crisis en su enfermedad que lo entristece profundamente el 16 de mayo de 1975:

Hoy, mientras almorzaba, obstrucción del esófago, lo que no me ocurría desde hacía meses. Media hora de indescriptible malestar, tratando de remediar el mal bebiendo agua y vomitando. Menos mal que estaba solo en casa y nadie pudo percatarse de lo ocurrido. Accidente que ensombrece más un porvenir ya de por sí sombrío. Aparte de ello cansancio y pérdida del kilo que tan laboriosamente había ganado desde comienzos de año. Hago lo posible por no tomar las cosas a lo trágico, pero a veces no puedo evitar sentirme verdaderamente triste. (Ribeyro 1995: 27)

El 4 de agosto de 1975, desesperado, se lamenta sobre su precaria situación económica:

Que no tenga salud, pasa: es una maldición que no me podré quitar nunca de encima, pero que además de ello tenga que torturarme por asuntos económicos, es demasiado. ¡O una u otra cosa, pero las dos juntas, por favor, potencias infernales o celestes! En vano reflexiono, escruto, indago, viendo de dónde podré procurarme el dinero que necesito. Y, como otras veces, sólo veo como solución mi trabajo literario. Yo, que siempre he detestado y hecho lo posible por no vincular creación literaria y ganancia, me veo constreñido a eso. Tener que fabricar para la venta (artículos de periódico, lo que sea) o tener que vender lo que no estaba destinado originalmente a ello (novela inédita, cuentos) me pone de pésimo humor y me aflige. (Ribeyro 1995: 41-2)

Un factor externo como el de los problemas económicos contribuye a deprimirlo, debido a que no concibe tener que comerciar con su obra para resolver problemas financieros.

En la entrada del 2 de octubre de 1975 Ribeyro escribe sobre el fuerte impacto que le causa ver su imagen en el espejo:

Pero ahora, al encender bruscamente la luz del baño con la intención de buscar un remedio, me encontré con un rostro amarillo, escuálido, agobiado, surcado por arrugas no de vejez sino de sufrimiento, que me impresionó porque me di cuenta que es el verdadero, el que los otros ven y que yo me negaba a reconocer como el mío. Ese rostro no miente, y expresa todo lo que padezco y todo lo que me espera. La extinción lenta y, por ahora, sin dolor. Pues reconozco que este mal tiene al menos la delicadeza de irnos quitando suavemente la vida, cada día unos gramos menos de peso, un deseo menos de comer, un poco más de náuseas o de cansancio, un rasgo ligeramente acentuado hacia el dominio de la amargura, una dificultad para tal esfuerzo o tal alegría. (Ribeyro 1995: 50-1)

No destaca la vejez, sino el sufrimiento, marcado por la enfermedad y la debilidad consecuencia de ella.

El 6 de mayo de 1976, la información negativa que ha recibido vinculada a su país, causa una nueva depresión:

El tiempo primaveral, que tanto se hizo esperar, llegó hoy sorpresivamente y me encuentra seco como un tronco otoñal, sin savia ni fuerza, mirando desganadamente los árboles floridos de la plaza y las luces del día que se va. Quizás todo se deba a las revistas que me dejó ayer una viajera peruana y que hoy leí y que me deprimieron tanto. En todas ellas, sean de derecha o de izquierda, para utilizar puntos de referencia, solo vi envidia, fanatismo, mala fe, embuste, maldad, falsedad, interés, vulgaridad y mal gusto. (Ribeyro 1995: 70)

En la entrada del 14 de noviembre de 1976 las opiniones de la crítica lo desencantan:

“Escritor discreto, tímido, laborioso, honesto, ejemplar, marginal, intimista, pulcro, lúcido: he allí algunos calificativos que me ha dado la crítica. Nadie me ha llamado nunca un gran escritor. Porque seguramente no soy un gran escritor”. (Ribeyro 1995: 91).

En la última entrada fechada el 17 de abril de 1977 se muestra muy decepcionado de sí mismo:

Dentro de unos meses se cumplirán diez años que vivimos en la Place Falguière. Diez años es mucho en una vida. Me pregunto cómo he soportado este lugar tan feo, cómo he podido infligirle a mi familia, en particular a mi hijo, este barrio sin alma, este departamento minúsculo y cómo he podido además encontrar aquí alicientes para escribir y sobrevivir. No comprendo. [...] Estoy físicamente liquidado e intelectualmente en declive para pensar que las cosas puedan cambiar. Esto es mi cima, estas tres piezas atestadas de libros, este balcón sobre una plaza inclemente, este edificio sin ascensor, este barrio de peones árabes, africanos y portugueses. (Ribeyro 1995: 107)

El escritor exterioriza un sentimiento de culpa y una gran tristeza por haber arrastrado a su familia a sufrir tantas y penosas incomodidades. El remordimiento por su falta de ambición y de sentido de superación lo desmoraliza, sintiéndose derrotado y sin ninguna esperanza de cambio o mejora.

Días después de su regreso de Carboneras el autor hace notar que recopia el diario escrito en la playa en la entrada del 21 de junio de 1977:

Ayer y hoy copié el diario de Carboneras, suprimiendo muchas cosas, corrigiendo otras. Magro resultado. Estas notas me aburren. Nada comparable al verdadero trabajo inventivo, para el que me siento últimamente tan poco dispuesto. Mientras tanto, hábiles obreros municipales derriban los árboles de la Place Falguière, lo único fresco, hermoso que quedaba de ella. De los nueve (¿olmos?) han quedado cuatro. ¿Hasta cuándo? (Ribeyro 1995: 132)

Escribir en el diario cotidianamente es síntoma de no avanzar en el trabajo ficcional. Una idea recurrente, pese a que hace mucho que ha identificado la importancia y calidad de sus diarios.

En la entrada del 9 de enero de 1978 el escritor registra su buena disposición para esperar que llegue un momento creativo:

Alida en el Japón, el embajador en América del Sur, un mes de libertad en casa y en la oficina. Libertad no es quizás la palabra apropiada, pero en todo caso me siento más disponible y menos tenso. Lo que repercute sobre mi rendimiento. Por ahora sólo poner en orden mis papeles, hacer la gran *lessive* anual, mientras espero que de un momento a otro surja el esperado y ya verdaderamente utópico impulso creador. (Ribeyro 1995: 191-2)

El 3 de agosto de 1978, la tristeza lo sorprende al mismo tiempo que se descompone el clima en una tarde de verano:

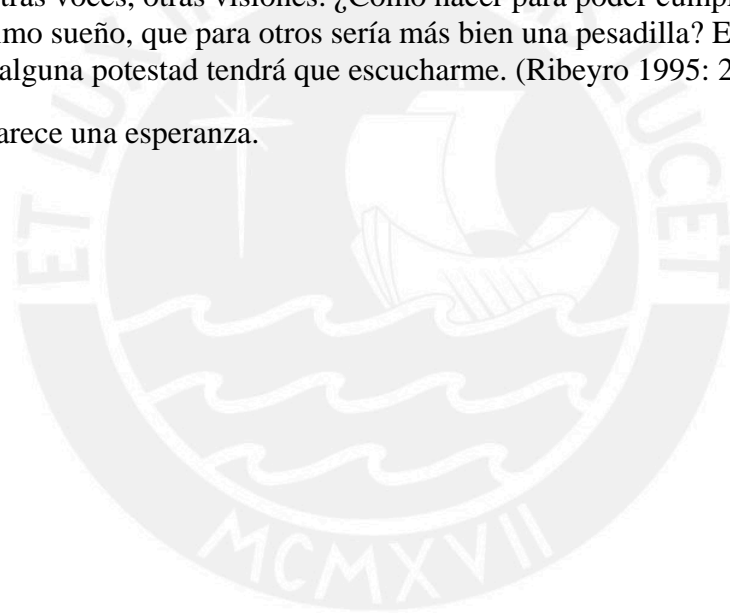
Después de dos días de esplendoroso sol, el verano nuevamente se descompone y esta tarde recio aguacero sobre París y sobre mi ánimo hundido en una tristeza sin fondo. Tristeza que me vino así, al estar solo en casa, escuchando mis viejos discos de música barroca y mirando la Place Falguière ensombrecida por los nubarrones. Es la inactividad lo que me entristece, probablemente. Sin ganas de corregir lo escrito ni de leer ni de salir, la lluvia me cogió indefenso y me anegó dejando al desnudo mis fundamentos. (Ribeyro 1995: 225)

La inactividad en que se encuentra lo descorazona en este momento de abatimiento que domina su espíritu.

Desanimado y sin inspiración, hace un balance de su inactividad creadora en la entrada del 25 de octubre de 1978:

He perdido contacto desde hace tiempo con mi yo creador y sido despedido por alguna fuerza centrípeta [sic] o movimiento ondulatorio hacia una tierra desierta donde no encuentro ni ánimo ni recursos para escribir ni inventar. ¿Cuál es la causa? ¿cuál la coyuntura? Lo ignoro, pero creo en todo caso que debo buscar otro campo por donde tirar mi arado. Europa, Francia, París, Place Falguière, son ya diez años de repetición de los mismos movimientos físicos y mentales y de observación, desde el mismo minúsculo mirador. Sé lo que me conviene ahora, cambiar de ubicación y por ende de disposición. Cierta estabilidad, incluso de rutina, han sido para mí siempre necesarios. Pero ello tiene sus límites y hay momentos en que la rutina confina con el anquilosamiento y la esterilidad. No ceso de soñar con mi casa en malecón mirafloresino o playa peruana: otro clima, otro paisaje, otras voces, otras visiones. ¿Cómo hacer para poder cumplir este modestísimo sueño, que para otros sería más bien una pesadilla? Es tan poco lo que pido que alguna potestad tendrá que escucharme. (Ribeyro 1995: 253)

Volver a Lima parece una esperanza.



QUINTO CAPÍTULO: EL *ENNUI* EN EL MUNDO ARTÍSTICO DE JULIO RAMÓN RIBEYRO

El *ennui* presente en el ánimo de Julio Ramón Ribeyro influye notoriamente en todos los aspectos de su vida artística. Esta influencia repercute en los períodos de inspiración de su producción literaria, tanto la ficcional como la del diario. Su obra ficcional está teñida de escepticismo, desaliento y pesadumbre; poblada de personajes que cargan el peso del desencanto, la tristeza de la derrota. En La Tentación del Fracaso el *ennui* repercute en los períodos llamados de sequedad por el mismo autor, aunque al mismo tiempo se refugia en el diario que contiene vivencias e historias personales, verdad interior, desalientos, tristezas y agónicos esfuerzos para no fracasar como escritor.

Ribeyro asume su obra literaria como un arte, como algo sagrado con lo cual no quiere comerciar. Detalle que lo incomoda, resistiéndose a la exhibición personal y al lucimiento como propaganda de sus libros.

Examinó reflexiones del escritor que revelan su manera de enfocar distintos aspectos que se relacionan con la creación artística y la difusión de su obra literaria, en consonancia con su ánimo depresivo.

En el Primer Diario Parisino del 5 de octubre de 1954, su creación literaria fluye al margen del *ennui* :

Tengo la impresión de que “Los gallinazos sin plumas” es el mejor cuento que he escrito hasta ahora. Tal vez “Mientras arde la vela” sea más redondo, técnicamente más acabado, pero no tiene la vitalidad ni la fuerza del otro. Facilidad con que puedo sentir un estado de ánimo ajeno, de la forma como me posesiono de mis personajes o, en otras palabras, de la forma como ellos me poseen. Frente a mí, en el café Petit Cluny donde escribía, había un espejo. Me sorprendí haciendo muecas de cólera, de asco, de frío, según el curso de lo que escribía. Los mozos me miraban. La anécdota de Flaubert sintiendo el sabor del arsénico cuando moría

Madame Bovary me parece verídica. La potencia creadora reside, creo, en la capacidad de impresionarse con estímulos imaginarios. (Ribeyro 1992: 51-2)

Es un momento de gloria, ya que para su creación ha tenido que vencer la abulia, la inacción, el tedio y la sensación de frustración que mayormente lo acompañan. Peter

Elmore opina sobre la vocación literaria de Ribeyro:

La tentación del fracaso no es pródigo en episodios de la biografía del autor, aunque los tomos de los diarios consignan —por lo general de modo sumario— relaciones amorosas, vínculos de amistad, percances financieros, vaivenes laborales y problemas de salud. Son los asuntos de la literatura los que dominan las anotaciones, porque de lo se trata fundamentalmente en los cuadernos es de dar cuenta de la vocación como de la formación del escritor. De ahí que para Ribeyro, en *La tentación del fracaso*, la actividad más deseable y plena, aquella que le confiere sentido a su existencia, sea justamente la de entregarse a la escritura: “Cuando no estoy frente a mi máquina de escribir, no sé que hacer —observa el 11 de mayo de 1975—, la vida me parece desperdiciada, el tiempo insoportable. Que lo que haga tenga valor o no es secundario. Lo importante es que escribir es mi manera de ser, que nada reemplazará” (III, 26). (Elmore 2002: 145-6)

El 11 de noviembre de 1955 en el Diario Muniqueño, a pesar de sentirse golpeado moralmente por su falta de inspiración debido al tedio, a la pereza y a la abulia, hace un balance sobre su labor como escritor. Insatisfecho, considera la posibilidad de ser crítico literario, pero después de reflexionar concluye:

El meollo del asunto reside en que un crítico está expuesto siempre a ser contradicho o superado. La obra crítica se juzga por su coeficiente de verdad. La escala verdad-error en cambio no se aplica jamás a los creadores. Los creadores jamás se equivocan. Ellos solamente fracasan. Ser un mal creador sería para mí mucho más estimable que ser un buen crítico. El dilema sigue en pie y soy yo solamente quien debe resolverlo. (Ribeyro 1992: 105)

En el Diario Antwerpense consigna su aventura amorosa con Mimí, el rompimiento de la relación, el asedio de Ana, la madre de Mimí, y su decisión de escribir, trabajar, leer. Esta etapa en Amberes es bastante inquieta y quizá por eso no se le aprecia tan abatido hasta que en la entrada del 9 de setiembre de 1957 registra problemas, ya que declara que no puede escribir:

Ayer y hoy vanas tentativas por escribir. Interrumpí tres relatos a las pocas líneas. Impedimento de siempre: dificultad de abordar el tema con una actitud tal que me permita un estilo denso, rico en materia verbal. Voluntad de eliminar el diálogo para evitar teatralidad. Proyecto irrealizable de un relato largo donde no sobre una palabra y tan inatacable que su existencia aparezca como necesaria. (Ribeyro 1992: 182-3)

Trasluce rasgos de inseguridad e imposibilidad de acción, abrumado por este bloqueo transitorio que lo paraliza.

El 4 de noviembre de 1958 del Segundo Diario Limeño analiza su novela Crónica de San Gabriel y con espíritu pesimista calcula el impacto que ésta producirá al ser publicada:

A punto de terminar mi novela (*Crónica de San Gabriel*). Me faltan apenas cuatro o cinco páginas. Avanzo a una réplica por día. Escribo fríamente, como si se tratara de concluir una obra ajena. Hay algo en esta novela —mucho tal vez— que no me pertenece. Leticia es un personaje viviente. Es el único que desde el comienzo no me ha obedecido y ha hecho de mí un servil perseguidor de sus antojos. ¿Consistirá en eso el secreto de la creación novelística? Mis dudas acerca del éxito de esta novela me atormentan. Creo que habrá un público para ella, pero desgraciadamente será un pequeño público. Desde ahora preveo las críticas más agrias: desconocimiento del ambiente, ignorancia de los problemas sociales, exceso de fantasía, etc. Pero a mí, esta vez, no me interesa más que el juicio de los literatos. Los sociólogos y los etnólogos me demolerán. Si deseo que triunfe es solamente para justificar ante mí tanto tiempo, tantas ocasiones perdidas. El “reino perdido” no es en realidad el que figura en la novela: es el tiempo del escritor, los innumerables días de belleza que sacrifiqué por imaginar esas historias.

He encontrado en Montaigne una frase que me puede servir de epígrafe: “No enseño nada, cuento...”. (Ribeyro 1992: 212-3)

Esta obra ha sido largo tiempo un reto en el que trabajaba con muchas postergaciones, desalientos e interrupciones. El escritor ya había explicado este punto en la entrada del 6 de abril de 1958, Sábado de Gloria [sic] del Diario de Berlín:

Escribir no es un acto continuo. Generalmente va acompañado de largos intervalos de distracción durante los cuales se hace dibujitos al margen del papel, se enciende un cigarrillo, se mira por la ventana, se piensa en cosas que no tienen nada que ver con la literatura. Por esta razón, si a las ocho de la mañana nos sentamos en nuestra mesa de trabajo y a los ocho de la noche hemos escrito una página, no puede

decirse que hemos tardado doce horas en escribirla. Es necesario deducir de este tiempo todas las pausas enunciadas. (Ribeyro 1992: 201-2)

En los días subsiguientes escribe una sincera y lúcida reflexión sobre su potencial como escritor, en la entrada fechada como 18, 19 ó 20 de enero de 1960 del Segundo Diario

Limeño:

A veces pienso que podría hacer temblar al mundo desde esta miserable covacha si, liberándome de todas las ataduras, escribiera brutalmente, como sé que puedo hacerlo. Pero me detiene el pudor, un exquisito amor por las formas y la cobardía de todos los escritores que sienten interponerse entre ellos y la vida, una biblioteca y veinte años de lecturas. Sin embargo, llegaré quizás algún día a tal grado de comprensión que estallarán mis ligamentos y saldrán disparadas las palabras como piedras. (Ribeyro 1992: 234)

Pasa por una buena etapa, tiene el ánimo entusiasta y no se menosprecia. Consciente de su talento, no se subestima. Sabe que lo único que lo salvaría de la situación de mediocridad y atascamiento es romper con lo que lo detiene.

El 23 de mayo de 1961 formula anotaciones sobre una técnica literaria ideal:

Larga interrupción del diario. Pérdida del sentido de lo pintoresco. Búsqueda de lo esencial. Inquietud. Esperanza de realizar algo importante. Buscar la tensión, en la que brotan chispas del lenguaje. Imaginar el lenguaje como un material forjable, el cual bajo el efecto de una temperatura determinada, entra en incandescencia y cambia de naturaleza. Muy pocas veces he conseguido ese estado, poquísimos ejemplos entre las miles de frases que he escrito. Imagino un libro o aunque sea un relato, que constituya una alineación de períodos tensos. Pero eso debe ser quizás la poesía. (Ribeyro 1993: 19)

Esta técnica abarca el estilo, la forma y el lenguaje. Está obsesionado en descubrir el secreto de la creación literaria que lo pueda hacer producir una obra maestra que lo consagre definitivamente.

El 11 de octubre de 1961, preocupado por la próxima la visita de Mimí:

En vísperas de la llegada de Mimí y mi casa llena de moscas. Mosca:
Símbolo de la ruina.

No puedo hablar de miseria, ni de pobreza, puesto que duermo entre cojines y por allí rueda todavía una botella de coñac. Pero me alimento de té y de tostadas y no puedo exterminar a las moscas. Es decir, estoy arruinado.

El premio nacional de novela (Crónica de San Gabriel) que acabo de ganar en Lima me aliviaría sin duda (son 300 dólares), pero sé que se tardan en pagarlo y llegará como siempre ha llegado lo que necesito: fuera de oportunidad. (Ribeyro 1993: 37-8)

La queja porque lo que él necesita o desea siempre llega fuera de oportunidad, se repite a lo largo del diario.

Una vez recuperada la salud de la crisis de los primeros días de noviembre de 1961, Ribeyro vuelve a su labor literaria y logra avanzar “El chaco”, cuento que lo entusiasma y termina finalmente según su relato del 20 de diciembre de 1961:

Paseo matinal por las calles heladas. El frío me expulsó de las márgenes del Sena y tuve que regresar a casa, casi corriendo, frotándome las orejas. Bebí media botella de vino y amparado por los buenos espíritus terminé mi cuento “El chaco”, comenzado hace un mes. Lo terminé en un bello *rush*, pero no sé cómo habrá quedado. Cuarenta y un misteriosas páginas que no sé qué cosa contienen. (Ribeyro 1993: 40)

Termina de escribir el cuento estimulado por unas copas de vino. No se atreve a hacer una evaluación de su obra quizá por la emoción de haber recibido la inspiración o porque él no quiere ser su severo y propio juez una vez más.

El 2 de octubre de 1963, muestra claramente su predilección por formas tradicionales:

¡Felices los tiempos aquellos —hace cincuenta o setenta años— en que un novelista podía contar ordenadamente una historia, con veracidad y estilo, en que un pintor podía copiar un paisaje o hacer un retrato con sensibilidad y talento, en que un músico podía inventar una melodía, llevarla al papel pautado y orquestrarla! ¿Qué cosa ha pasado ahora? En nuestro tiempo todo lo mentado carece de sentido. Vinieron hombres que se llamaron Joyce, Picasso, Bartok y todo cambió. ¿Cambió porque era necesario o cambió por azar? Lo que tomamos ahora como “la evolución natural del arte”, ¿no será otra cosa que el capricho de un artista determinado? ¿No seremos las víctimas inocentes de algunas cuantas personalidades extravagantes? (Ribeyro 1993: 64)

Cuestiona los cambios vigentes, que serían hasta carentes de sentido y de lógica. La obligación de experimentar con la técnica, es algo que no lo atrae. Al escribir Los Geniecillos Dominicales, percibía que iba contra la corriente. Encontramos su sentir al respecto en la entrada del 23 de octubre de 1963:

¿A dónde va mi novela? Veo que sólo será el frágil reflejo de una amplísima intuición. A las cien páginas, Ludo no ha salido de un verano agitado. Pirulo apenas se dibuja. Armando es una sombra y los demás personajes nombres apenas. Terminaré por cortarla, naturalmente, por hacer de ella una “entrega”. Y lo que quiero decir se me escamotea, huye de las palabras o no se deja apresar por ellas. Después de todo, ¿eso no es escribir? Tratar de darle caza, escribiendo, a una idea siempre fugitiva. (Ribeyro 1993: 65)

En el mes de noviembre de 1964, también sin fechar, Ribeyro anota haber presentado su novela Los Geniecillos Dominicales al concurso del diario Expreso, lo cual le causa un extraño vacío e intranquilidad al desconocer la suerte que esta corra. El 26 de noviembre de 1964 informa estar trabajando en una pieza teatral sobre Oblitas Paz y de su costumbre de deambular por las librerías de París en su interminable búsqueda de libros que contengan los secretos de los grandes escritores para su propio perfeccionamiento:

¿En manos de quién estará mi novela? Me pregunto esto ahora con cierta curiosidad, pero sin mucha inquietud. Debo admitir que tengo el defecto de desinteresarme pronto de lo que escribo. Mi novela me parece pertenecer ya a una época inmemorial. Su autor fue un JRR que me es casi ajeno. ¡Y hace sólo unos meses que la terminé! Ahora me preocupa más mi pieza de teatro sobre Oblitas, salga bien o mal. Rehago sus primeras escenas. Veo que tiene alguna semejanza de atmósfera con las cosas que escribe Arrabal, quizás porque somos de la misma edad.

Imposibilidad de concentrar mi interés en algo determinado. Ahora pasé por varias librerías y vacilé entre los siguientes libros: Un manual de economía política editado en Moscú, un tratado de Pavlov sobre los reflejos, las confesiones de San Agustín, *Artículos literarios* de Michel Butor y una historia de la Revolución francesa. Al final de cuentas compré un libro de cuentos de un autor checo, Ludvik Azkenazy, porque tenía bonitas ilustraciones. (Ribeyro 1993: 79-80)

En el año 1964, consigna como anotaciones sin fechar, ideas interesantes para sus cuentos, estando presente su preocupación literaria sobre autores y da una definición de novela:

“Una novela no es como una flor que crece sino como un ciprés que se talla. Ella no debe adquirir su forma a partir de un núcleo, de una semilla, por adición o floración, sino a partir de un volumen herbóreo, por corte o sustracción”. (Ribeyro 1993: 89)

Al empezar el año 1965 hay menos pausas en el diario, a pesar de sólo contar trece entradas, lo que es síntoma de que no está apegado al diario, sin descuidar hacer anotaciones para él muy importantes. El 5 de enero de 1965, manifiesta su satisfacción por lo fructuoso que ha sido para él el año de 1964 y, refiriéndose a su obra literaria, enumera publicaciones de sus libros, algunos de ellos traducidos al alemán y al francés, además menciona una propuesta interesante de la televisión francesa para llevar a la pantalla chica el cuento “Al pie del acantilado”. Todos estos éxitos no lo satisfacen realmente y escribe lo siguiente al terminar la entrada mencionada: “Esto bastaría para contentar a un hombre menos exigente que yo. Pero lo que a mí me fascina es la otra cara de la medalla: lo que he dejado de hacer, lo que salió mal, lo que no tuvo eco, lo que fracasó. Todas las realizaciones citadas tienen su lado lúgubre”. (Ribeyro 1993: 93). No está feliz. No considera que ser tan exigente le impide disfrutar de sus logros como escritor y ser agradecido a la vida porque su esfuerzo empieza a ser apreciado y valorado. El aspecto negativo de su personalidad aflora en la forma de una crítica destructiva y pesimista que busca defectos y carencias. Es difícil aceptar que el escritor parece disfrutar más bien de esta faceta lúgubre que atrae sobre sí mismo depresión y desaliento.

Ribeyro también registra comentarios sobre literatura latinoamericana en el diario el año 1970 en una entrada sin fechar, sobre la nueva técnica narrativa en boga: “La modernidad no reside en los recursos que se emplean para escribir, sino en la forma como se aprehende la realidad. Un escritor que sigue pensando como hace cincuenta años será un escritor

caduco aunque eche mano a todos los recursos inventados por Joyce, Faulkner y Robbe Grillet juntos”. (Ribeyro 1993: 160). Podría concluir que el autor se considera un escritor moderno, ya que sus criterios no son antiguos, pero rechaza utilizar recursos y técnicas modernos por sí mismos.

El 9 de enero de 1973 del diario, el escritor ya internado en el hospital Saint Louis comenta su estado de ánimo maltratado y su incomodidad:

Como siempre, me hago traer un *carnet* al hospital con la intención de escribir, pero termino por no hacerlo. Para escribir yo necesito mi marco habitual — cigarrillos, vino, un sillón cómodo, a veces música, una ventana a la calle—. De otro modo me es imposible hacerlo. Se diría que las ideas no brotan de mí espontáneamente, por una operación subterránea de mi espíritu, sino que son extraídas de mi contorno por un fenómeno de ósmosis. Además de todo esto, es casi indecente escribir en un hospital. Todo es tan terrible y al mismo tiempo tan banal. Un vecino que se muere, una comida que nos llega fría. Todo se da en el mismo nivel. (Ribeyro 1993: 177)

Ribeyro está tratando de aprovechar el tiempo para escribir al estar hospitalizado, pero tiene el gran inconveniente del ambiente que anula en él toda inspiración, también reconoce que no es el aspecto subjetivo o su interioridad lo que lo motiva a escribir sino la realidad exterior. En esta situación, como paciente internado en un hospital, el codearse con otros enfermos y con la muerte son circunstancias que funcionan adversamente para que el autor pueda avanzar su obra. Es importante destacar aquí que al refugiarse en la escritura de su diario está siendo productivo literariamente para La Tentación del Fracaso.

Después de una estadía de cuatro semanas en Lima, a su regreso a París, el 31 de diciembre de 1973 hace una evaluación de su viaje:

Mi viaje a Lima, de donde regresé hace dos días, ¿glorificación o suicidio? Por un lado, claro, los agasajos, el reconocimiento, la consideración, el afecto, los elogios tardíos pero casi unánimes, las invitaciones, ofertas, promesas y pagos... Pero por otro, físicamente, ¿no es acaso un acto de demencia haber entregado mi

pobre cuerpo a un trajín intolerable el mismo año en que he estado dos veces al borde de la muerte? Tragos, comilonas, conferencias, entrevistas. Y moralmente, sensación de haber sido quizás en el fondo manipulado, puesto en el mercado como un producto cualquiera, envilecido por la publicidad y maculado por la propaganda. (Ribeyro 1993: 191-2)

Enfoca tres aspectos, el grato se refiere a la glorificación, que es el reconocimiento a su obra, logro tan anhelado que lo llena de satisfacción, aunque recalcando “los elogios tardíos” con algo de resentimiento por la angustiosa demora durante su vida esperando este feliz suceso. El aspecto ingrato sería “el suicidio” por el tremendo esfuerzo exigido a su físico frágil y convaleciente de dos operaciones. Menciona el aspecto moral, refiriéndose a sus sentimientos íntimos y a su disgusto por el lucimiento al que se ha expuesto, manipulado como un “producto cualquiera”. El precio de la fama le parece muy alto y no compatible con su personalidad. A continuación el final de la cita anterior:

En este sentido la lección de humildad que fue para mí la conversación de una hora con Lucho Loayza en Miraflores, que llegó también a Lima y sin aspavientos. En él me vi yo mismo, perfeccionado e invulnerable. Reencontrar en París la oscuridad y el aislamiento. Más feliz, más decente ahora, aquí, escribiendo esta página, escuchando a Bach y oyendo jugar a mi hijo, que aplaudido, obsequiado, prostituido en Lima. (Ribeyro 1993: 192)

Inicia el III tomo de La Tentación del Fracaso registrando la entrada del 6 de enero de 1975. En el segundo apartado de la mencionada entrada, anota reflexiones, opiniones y puntos de vista personales:

Soy algo relativamente precioso y frágil, quiero decir un objeto que ha sido duro y costoso de fabricar —estudios, viajes, lecturas, trabajos, enfermedades— y por ello lamentaría que este objeto no tenga la posibilidad de dar todo su rendimiento. Hacer una adquisición y luego tirarla por la borda es insensato. Yo me siento cada vez menos mío y más propiedad de los otros, de quienes me han hecho con su protección, su afecto, su tolerancia e incluso con su desdén. Es por ellos por lo que quiero vivir y crear, así aparentemente no escriba sino para mí, pues estoy convencido de que si hay finalmente un beneficiario no seré yo, para quien solo la tumba es cierta, sino los aún inexistentes y seguramente pocos pero leales lectores del mañana. (Ribeyro 1995: 11-2)

Ribeyro sabe que su vida no ha sido fácil y que la adversidad ha estado siempre presente. Está convencido de que su devoción profesional es sinónimo de lealtad para con sus lectores futuros. En esta entrada puede entenderse que nos hace entrega de su obra como legado. Al respecto Irene Cabrejos opina:

No siempre un escritor formula en forma explícita o implícita lo que él anhelaría dejar como legado literario para sus lectores, pero creo que en el caso de Julio Ramón Ribeyro puede decirse que sí. En él, ir preparando poco a poco, casi en secreto, una herencia, constituye un plan: día a día va construyendo una persona literaria, muy semejante a sí mismo mediante la redacción pausada y lenta de sus diarios de escritor. De este plan jamás habló en entrevistas antes del momento oportuno, más logra leerse de manera indirecta, no obstante, en sus escritos de no ficción. El deseo va tomando cuerpo a lo largo de los años, pero tuvo sus raíces en la niñez. (Cabrejos 2005: 171)

El 8 de enero de 1976, trata de asuntos externos relacionados con su próximo viaje a Lima, con la intención de publicar su novela inédita y temores respecto a una posible recaída de su enfermedad:

Como el año pasado para esta época, a punto de viajar nuevamente a Lima, esta vez con Julito. Puedo hacerlo gracias a la gentileza de Lalo Justo Caballero, quien pone los pasajes a mi disposición, con una generosidad que rebasa ampliamente los favores que yo pueda haberle hecho. Mi objetivo es arreglar con Carlos Milla la publicación de mi novela inédita, a fin de poder con su importe pagar deudas y empezar el año sin deberle a nadie. Aparte de ello ver a familiares y amigos, tomar un poco de sol, descansar si es posible. En días pasados tuve una terrible advertencia: una pequeña hemorragia digestiva, lo que no me ocurría desde el año 1972. (Ribeyro 1995: 61)

Se trasluce que los problemas que debe afrontar no son fáciles de resolver. Poco a poco la inquietud y la angustia por solucionarlos va golpeando su espíritu y su frágil naturaleza.

El 11 de marzo de 1976, refleja un desacostumbrado entusiasmo: “En estos días placer de escribir, dos cuentos en una semana, ideas que traje de Lima y que desarrollé rápidamente, sin entrar en sutilezas. Cuentos simples, a mi vieja manera, en los cuales lo importante es contar una historia. Bajo este impulso quisiera escribir tres o cuatro más y dejar al fin

terminado el tercer volumen de *La palabra del mudo*. (Ribeyro 1995: 63-4). Está pasando por un período importante en su vida profesional.

En la entrada del 2 de agosto de 1976 deja constancia del esfuerzo que pone para terminar su trabajo pendiente:

A pesar de lo mal que me siento, insisto en sentarme todos los días en mi escritorio para sacar adelante tantas cosas comenzadas o abandonadas. Ayer empecé por quincuagésima vez mi cuento “Silvio en El Rosedal” y no pasé de dos páginas. Hoy pasé en limpio algunas nuevas prosas apátridas, archivadas desde hace meses en un cartapacio. Siento que la vida se me escapa, y con ello prácticamente todo por hacer. Pero quizás este “por hacer” sea lo que me mantiene en vida. Si todo estuviera ya hecho no haría el menor esfuerzo por vivir. (Ribeyro 1995: 80-1)

Al superar el inmenso dolor físico y moral que sufre, se sobrepone al desánimo que le resta fuerzas.

En la entrada del 8 de setiembre de 1976, explica por qué no le gusta su novela Cambio de Guardia:

Se trata de una novela completamente ratée y ahora me explico por qué vacilé tanto en publicarla, diez años de postergaciones. Si lo hice fue tal vez por los 200, 000 soles que me pagó Milla en enero pasado y que en realidad se fueron en pagar deudas. [...] Trato de comprender por qué y cómo escribí esta novela en mi buhardilla de la rue de la Réunion. Y a la distancia creo comprender la razón que me movió a hacerlo y el clima espiritual en que vivía: era la época de las guerrillas peruanas, muchos amigos míos fueron masacrados en ellas, curas, militares y oligarcas formaron un bloque indisoluble para contrarrestar ese peligro. Yo vivía entonces indignado y angustiado por el fracaso de esa tentativa, en la que sin sentido de la realidad tantos pusimos vanas esperanzas y quería expresar en alguna forma mi cólera y desencanto. No vi nada mejor que burlarme y zaherir a curas, banqueros y generales. [...] El libro no salió de mi trasfondo, como algunos de mis cuentos, “Silvio en El Rosedal”, por ejemplo, sino de un estado de ánimo. Por ello no pienso defenderlo, pero tampoco atacarlo. Que corra su suerte y sucumba, si es necesario. O que alguien le encuentre algún mérito, si le parece. (Ribeyro 1995: 85-6)

No se alegra al ver un ejemplar de su novela recién publicada, rechaza el formato y el contenido. Una vez más se encuentra incómodo e insatisfecho, ya que decidió publicarla sólo por razones económicas.

Ribeyro declara estar aburrido en la entrada del 7 de mayo de 1977:

Enviado el manuscrito del tercer tomo de *La palabra del mudo* a mi editor, me doy cuenta de que ya no tengo nada que hacer, me sobra el tiempo, me aburro. Varias tardes en que me siento frente a la máquina y lo único que hago es fumar. Mi *Autobiografía*, comenzada hace dos o tres años, me interesa un pito y no tengo el menor deseo de proseguirla. Las nuevas Prosas apátridas están prácticamente terminadas y no me provoca añadir una más. ¿Más cuentos? Ni hablar. Veinte o treinta comenzados o en borrador, pero que abandono sin ningún pesar. ¿Otra novela? No, sobre todo eso no: ya perdí tanto tiempo en *Cambio de guardia* para resultados tan lamentables. Debo buscar otra cosa, no sé qué, tal vez por el lado de la historia, algún episodio que me subyugue y me incite a revivirlo, a recrearlo o algo más particular, algo absurdo, un libro de poemas, digamos, o un diccionario de personajes conocidos o ficticios o una recopilación idiota sobre un asunto idiota. Lo cierto es que debo por lo menos intentar algo, pues la inactividad literaria me mata. (Ribeyro 1995: 112-3)

El desgano lo abruma y pensando no tener nada que hacer, se siente abúlico y paralizado como consecuencia de estar poseído por el aburrimiento y hartazgo.

El 28 de octubre de 1977 observa cómo sus contemporáneos han escrito novelas cumbres y él no ha producido nada igual:

Todos o casi todos los escritores de mi generación han escrito su gran libro narrativo, que condensa su saber, su experiencia, su técnica, su concepción del mundo y la literatura. [...]. Sólo yo no he producido un libro equivalente y a los 48 años no creo que lo pueda producir. La obra vasta y compleja, densa y sinfónica, está fuera de mis posibilidades. Quizás en *Cambio de guardia* perdí la ocasión de hacerlo, si en lugar de la síntesis y el estilo administrativo hubiera desarrollado cada secuencia y ahondado más en los personajes. Pero entonces estaba yo obcecado por la entreverada sucesión de cortísimas escenas... En suma, nada importante he hecho, tres novelitas, cada vez menos convincentes, casi un centenar de cuentos y otras cosas menores. Nada de eso me permitirá permanecer, durar. Jugador de tercera división, algunos me vieron alguna vez hacer una jugada maestra y meter un magnífico gol. Algunos, luego me olvidaron. (Ribeyro 1995: 171-2)

En esta cita está latente la tentación del fracaso que siempre amenazó a Ribeyro.

Apesadumbrado e impotente al imaginarse en situación de inferioridad y desventaja con respecto a los escritores del boom. Le es muy doloroso pensar que nada importante ha hecho literariamente y que sus escritos no perdurarán.

En la entrada del 24 de enero de 1978, al reflexionar sobre asuntos literarios y sobre poetas, afirma:

No excluyo que alguien pueda “quebrar el muro de lo efímero” con una obra minúscula, que se reduce a una treintena de poemas, escritos además en su juventud. Son casos raros. Pero el importante —y con esto veo que llevo agua a mi molino— es el escritor de la segunda etapa, el de la madurez, que no se deja amilanar por nada, ni siquiera por la propia opinión que tiene de sí mismo, y sigue escribiendo hasta reventar. (Ribeyro 1995: 195)

Siente que se encuentra en la segunda etapa de su creación literaria, ya maduro. Se propone ser tenaz. A pesar de sus desánimos y subvaloración, seguirá escribiendo hasta el fin de sus días.

Al sentir que su enfermedad avanza el escritor compone el primer verso de su epitafio y lo transcribe en la entrada del 6 de noviembre de 1974 en el II diario:

Como barco que sale en busca del naufragio
Levo anclas cada día para hacerme a la vida
No temo ni avería mar brava o mal presagio
Otros antes jugaron semejante partida
Mi arrojo no demuestra más que el arte del plagio
Si zozobro qué importa en mi tumba perdida
Que pongan vino rojo el aire de un adagio
Una pluma quebrada y el verso de un suicida (Ribeyro 1993: 223)

El escritor influenciado por el “otoño frío” asocia esta estación del año a la proximidad de la muerte que él ya imagina cercana, debido al pésimo estado de salud por el que atraviesa.

Imagina que al igual que el barco que sale en busca del naufragio, de la misma manera él

mismo se arroja a la vida diaria hacia su propia destrucción. El malestar físico y anímico denota un abatimiento intenso, al extremo de componer su propio epitafio.

Ribeyro necesita de ciertas condiciones especiales para escribir: la atmósfera y el entorno adecuado, conjuntamente con la inspiración y fluidez. La fortuna no siempre le es favorable. Frecuentemente las dificultades personales, factores de orden interno y externo adversos unidos a los períodos en los que el *ennui* se posesiona del espíritu del escritor le causan bloqueos literarios, desgano y apatía, frustrando el avance de su obra literaria, lo que resta al escritor seguridad en sí mismo y le genera dudas sobre su competencia.



CONCLUSIONES

1. El *ennui* es un estado de ánimo explicado como aburrimiento, tedio o vacío existencial, el cual se instala en personas de sensibilidad muy especial. Este mal invade a los personajes de la literatura del siglo XIX e influye con variantes históricas en los escritores y lectores del siglo XX. El *ennui* se explica como un estado moral, como una condición psíquica y también como un mal social que afecta a personas causando malestar, disfunciones y hasta la muerte.
2. Julio Ramón Ribeyro se revela en La Tentación del Fracaso preso del *ennui* a lo largo de su vida. El concepto de *ennui* no aparece mencionado específicamente en los diarios analizados. El escritor recibe influencia de sus lecturas preferidas, novelas y diarios íntimos, adecuándose su temperamento a la atmósfera de ellos desde muy joven. La personalidad del autor, tendiente a la tristeza y a la depresión, absorbe elementos de los protagonistas de sus lecturas, tales como descontento, desaliento, hastío y desesperanza, permitiendo que habiten en su mente y cuerpo, quitándole interés por la actividad, la vida y el mundo. En Ribeyro se observa dos fuerzas que luchan en su interior, una de ellas mueve su aspecto racional que lo lleva a la acción y la otra fuerza le hace resistencia invisible en su espíritu impidiendo, en la forma de cansancio, fatiga o tedio, generar la energía suficiente para dominar el aburrimiento o *ennui* tan difícil de combatir.
3. Ribeyro descubre su mundo interior en su diario y permite apreciar sus sentimientos, pensamientos, reflexiones, sufrimientos, angustias y frustraciones, descritos con una sinceridad y honestidad inigualables, dejando al descubierto cómo enfoca su vida y su percepción de ella marcada por la influencia del desánimo. El escritor toma consciencia de su estado anímico alterado y se refugia en su diario para evitar la acción negativa de la soledad, la inacción o el desaliento, buscando salidas y soluciones.

4. Ribeyro registra en su diario cómo se enfrenta al mundo exterior, consignando su lucha contra una adversidad acentuada dentro de sí. El escritor padece una situación muy penosa por las dificultades económicas, la pérdida de su frágil salud, incomodidades e incomprendimientos con las personas de su entorno y la carencia de inspiración literaria que se agudiza debido a la indisciplina, desorden y caos que él mismo provoca al entregarse a la vida bohemia y disipada. Estos momentos de su vida se tornan muy difíciles debido a que su ánimo se inunda de tristeza y pesadumbre, ahondando el dolor de su espíritu arrepentido cuando al reflexionar advierte su falta de sentido de responsabilidad, sus fallas y errores.
5. Para Julio Ramón Ribeyro el diario cumple con la función de un amigo y confidente al que le descubre desde su juventud la presencia de un mal que llenándolo de tristeza lo paraliza hundiéndolo en el desaliento. El escritor se autoanaliza y reflexiona sobre los acontecimientos, pensamientos y sentimientos que experimenta para conocerse a sí mismo, reafirmar su identidad, moldear su carácter y procurarse paz y orden en su difícil vida. Además, los períodos de parálisis creativa preocupan a Ribeyro que vuelca en su diario su vivir cotidiano, su interioridad, pensamientos, reflexiones y emociones evidenciando que es el género literario de su preferencia, porque este diálogo imaginario le sirve de desahogo espiritual y consuelo para su tristeza y frustración que socaban generalmente su inicial buena disposición.
6. El escritor encuentra que su diario no sólo formaba parte de su vida, sino de su obra literaria y pasa a considerarlo como un género literario con estilo propio, declarando haber encontrado el estilo del diario íntimo: “un estilo apretado, expresivo que interesa no solamente como testimonio sino como literatura” (Ribeyro 1992: 234). Ribeyro presiente que La Tentación del Fracaso se convertiría en la más importante de sus obras y piensa que

al existir un posible lector de su diario sea este un diario de escritor, como él mismo lo afirma años más tarde.

7. Ribeyro define su diario como un libro informativo y enfatiza que no es formativo porque da cuenta de su vida activa o reflexiva, sin la intención de enseñar, no teniendo ningún fin moralista ni pedagógico, puesto que él no muestra en su vida nada ejemplar ni recomendable. Tampoco pretende servir de modelo en ningún aspecto de su difícil y azarosa vida íntima y profesional.

8. La labor creativa de Julio Ramón Ribeyro ha sido permanente: así, había períodos en que estaba dedicado a sus obras de ficción, observándose pausas en el diario, las que él mismo justifica, y viceversa, cuando él escribía en el diario con más frecuencia, más llenaba “sus tantas hojas inmaculadas” con fragmentos que engrosan La Tentación del Fracaso. La obra literaria de Ribeyro es pues un “continuum” como él la definió en la introducción de su Antología Personal en 1994.

9. Para Julio Ramón Ribeyro la razón de su vida es escribir, necesita de inspiración y estar en plena creación literaria para librarse del estado de ánimo que logra hacerlo sentir hastiado, desadaptado, sin saber cómo ocupar el tiempo. El escritor es realmente feliz en plena creación literaria, en un mundo en el que él vive y domina, de ensoñación y creación artística.

BIBLIOGRAFÍA

Aldecoa, Josefina. “Convalecencia y Creación” en Con otra mirada. Una visión de la enfermedad desde la literatura y el humanismo. España: Taurus Fundación de Ciencias de la Salud. 2001, pgs. 19-30.

Argumedo Bustinza, Doris. Díaz Cerna, Karem. Calderón García, Arturo. Díaz-Morales, Juan Francisco. Ferrari, Joseph R. “Evaluación de la confiabilidad y la estructura factorial de tres escalas de procrastinación crónica” *Revista de Psicología de la Pontificia Universidad Católica del Perú*, Vol. XXIII, 1, 2005, pgs. 113-138.

Ausejo, Lorena. “Protagonistas: Julio Ramón Ribeyro” (1992) en Coaguila, Jorge. Julio Ramón Ribeyro Las respuestas del mudo (Entrevistas). Lima: Jaime Campodónico/Editor, 1998, pgs. 253-273.

Baudelaire, Charles. Las flores del mal. Edición Bilingüe de Alain Verjat y Luis Martínez de Merlo. Madrid: Ediciones Cátedra, 2007, pgs. 98-99.

Cabrejos, Irene. “El Legado Literario de Ribeyro (A propósito de La Tentación del Fracaso)”. *Hueso húmero*, N° 47 Noviembre 2005, pgs. 171-187.

Denegri, Francesca. El Abanico y la Cigarrera. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2004.

Elmore, Peter. El perfil de la palabra La obra de Julio Ramón Ribeyro. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial, 2002.

Esparza, Cecilia. El Perú en la Memoria. Sujeto y Nación en la Escritura Autobiográfica. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2006.

García Marengo, Sebastián Andrés. Entre la Bohemia y el Crímen: La Identidad Performativa en “El Diario Antuerpense” de Julio Ramón Ribeyro. Tesis para optar el título de Licenciado en Lingüística y Literatura, con mención en Literatura Hispánica. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. 2011.

González Vigil, Ricardo. Años decisivos de la narrativa peruana. Lima: Editorial San Marcos, 2008.

Gutiérrez Correa, Miguel. Ribeyro en dos ensayos. Lima: Editorial San Marcos, 1999.

Leopardi, Giacomo. Cantos. Granada: Editorial Comares, 1998.

Lowen, Alexander. La depresión y el cuerpo. Madrid: Alianza Editorial, S.A. 2010.

Márquez, Ismael P. y Ferreira, César. Asedios a Julio Ramón Ribeyro. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial, 1996.

Niño de Guzmán, Guillermo. “Un escritor al desnudo: Cuatro décadas de confesiones escritas a sangre y fuego” en Márquez, Ismael P. y Ferreira, César. Asedios a Julio Ramón Ribeyro. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial, 1996, pgs. 307-310.

Núñez Puente, Sonia. “El gran *ennui* o la monotonía de lo insignificante”. *Espéculo*. *Revista de estudios literarios* N° 14, Universidad Complutense de Madrid, 2000, pgs. 1-19.
http://www.ucm.es/info/especulo/numero14/g_ennui.html

Oviedo, José Miguel. “La lección de Ribeyro” en Márquez, Ismael P. y Ferreira, Césa., Asedios a Julio Ramón Ribeyro. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial, 1996, pgs. 81-86.

- Ribeyro, Julio Ramón. La caza sutil. (Ensayos y artículos de crítica literaria). Lima: Editorial Milla Batres S.A., 1976.
- La Tentación del Fracaso I. Diario personal 1950-1960. Lima: Jaime Campodónico Editor, 1992.
- La Tentación del Fracaso II. Diario personal 1960-1974. Lima: Jaime Campodónico Editor, 1993.
- Antología Personal. Lima. Fondo de Cultura Económica S.A. de C.V. 1994.
- La Tentación del Fracaso III Diario personal 1975-1978. Lima: Jaime Campodónico Editor, 1995.
- “La Tentación de la Memoria” en Márquez, Ismael P. y Ferreira, César. Asedios a Julio Ramón Ribeyro. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial, 1996a, pgs. 59-64.
- “Ancestros” en Márquez, Ismael P. y Ferreira, César. Asedios a Julio Ramón Ribeyro. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial, 1996b, pgs. 21-29.
- La Tentación del Fracaso. Diario Personal 1950-1978. Barcelona: Editorial Seix Barral, 2003.
- La caza sutil y otros textos. Un desaprensivo paseo entre libros y autores. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2012.

Rosenthal, Alan S. "The theory and poetry of *ennui*: Leopardi and Baudelaire"

Neophilologus. An international journal of modern and mediaeval language and literature.

Volume 60, Issue 3, July 1976, pgs. 342-356. <http://biblioteca.cchs.csic.es/>

Spacks, Patricia Meyer. Boredom The literary history of a state of mind. Chicago: The University of Chicago Press, 1995.

Leopardi, Giacomo. Cantos. Granada: Editorial Comares, 1998.

Zuñiga H., Diego. "En busca de los diarios perdidos de Julio Ramón Ribeyro". *Revista de Libros de El Mercurio*, Domingo 27 de Marzo de 2011. <http://letras.s5.com>: Página chilena al servicio de la cultura.

Weiss, Jason "Entrevista a Julio Ramón Ribeyro" en Márquez, Ismael P. y Ferreira, César. Asedios a Julio Ramón Ribeyro. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial, 1996, pgs. 103-115.